



BANCO DE CREDITO LOCAL DE ESPAÑA

BAJO este título, el diario «La Razón», de La Paz (Bolivia), ha publicado el 15 de octubre de este año el artículo siguiente:

«Por punto general no conocemos de España sino la parte retórica del Día de la Raza y la exaltación romántica de la Madre Patria. Sin embargo, España debe conocerse y «descubrirse» por los hispanoamericanos en sus instituciones seculares de que derivan las nuestras y porque es actualmente el laboratorio más activo y avanzado de Europa en todos los órdenes científicos, culturales y sociales de la vida moderna.

»En materia de bancos, que es el tema a que queremos referirnos, España tiene una organización perfecta y ejemplar. Sus grandes instituciones de crédito, desde el Banco de España y el Hipotecario hasta el más modesto de los numerosos establecimientos regionales, todas ellas responden a las normas de la mayor eficiencia y seguridad en el manejo técnico y provechoso de la banca mundial más exigente.

»El Banco Local de España, poco menos que ignorado entre nosotros, es una creación *sui géneris* que no entra en ninguna de las formas usuales de la actividad bancaria, aunque participa de los caracteres de algunas instituciones corrientes.

»Así, no es propiamente banco del Estado, pero es oficial con derecho al uso del escudo de la Nación y está protegido y fomentado por los poderes públicos.

»Sus capitales son de procedencia privada en un sesenta por ciento y el resto corresponde a instituciones de derecho público, como los ayuntamientos, diputaciones provinciales y mancomunidades y corporaciones regionales. Es típicamente un banco de las provincias, económica y financieramente unidas en un afán de progreso en todos los órdenes de la vida moderna.

»La función fundamental del Banco Local es el fomento de la vida de las poblaciones mediante el uso racional del crédito a largo plazo. Lo que el Banco de España ni el Hipotecario ni los de crédito personal pueden realizar por la rigidez de sus formas legales y porque el crédito provincial no es bancable por los institutos de emisión, de fomento industrial, de hipoteca o de índole comercial, el Banco Local está capacitado a hacerlo por la índole y los fines de su organización.

»En España, como entre nosotros, las provincias y ayuntamientos manejan importantes recursos financieros; pero su empleo directo en obras públicas de largo aliento resulta imposible, porque los presupuestos anuales son insuficientes, dada la magnitud de las obras y porque los servicios ordinarios de la administración comunal dejan poco margen para inversiones en trabajos extraordinarios. Y como los bancos de tipo usual no pueden financiar las obras públicas provinciales, surgió la idea de crear una institución especial destinada a fomentar el progreso local, encauzando y racionalizando los recursos financieros provinciales.

»De esta manera, el Banco Local es un instrumento eficaz con finalidades de gran importancia, como las siguientes:

»Conceder empréstitos a largo plazo con garantía de las rentas provinciales y municipales para construcción de caminos vecinales, obras públicas, urbanismo, casas protegidas, obras sanitarias, captación de aguas potables y de riego, alcantarillas, pavimentación, electrificación, saneamiento e higienización de las comunas, casas de abasto, escuelas, etc., etc.



»Conceder préstamos a corto plazo en calidad de anticipo de rentas presupuestas para la atención de servicios urgentes y gastos extraordinarios en caso de inundaciones, epidemias y otras calamidades públicas.

»Recaudar contribuciones, preparar proyectos y presupuestos de obras públicas y encargarse de su ejecución.

»Los empréstitos no pueden concederse sino por una suma cuyo servicio de interés y amortización no pase del veinticinco por ciento del presupuesto anual de la corporación beneficiaria.

»El Banco Local tiene privilegio de emitir Cédulas del cuatro por ciento de interés anual amortizables en cincuenta años, por el monto de los empréstitos concedidos, cuyo interés será igual al de las Cédulas.

»Los tenedores de Cédulas forman un consorcio que tiene participación en el gobierno del Banco, así como los ayuntamientos, diputaciones provinciales y mancomunidades, que son accionistas de la institución.

»Por estas breves referencias se verá que el Banco Local de España es en realidad el Banco de los municipios y provincias formado por ellos y para ellos. Constituye un instrumento financiero y técnico de primer orden para su mayor desarrollo y creciente progreso.

»Esta institución *sui géneris*, que es una creación típicamente española sin parangón en otros países, fué fundada por la Dictadura de Primo de Rivera; pero su verdadera importancia y la obra trascendental que realiza, sólo datan de hace diez años. Durante este tiempo, el Banco Local ha alcanzado las cifras más altas de empréstitos concedidos con destino a las obras públicas provinciales de mayor importancia en España.

»Los empréstitos y préstamos concedidos a las provincias pasan de 4.300 millones de pesetas.

»El empréstito más cuantioso que acaba de financiar es de 550 millones de pesetas para la terminación de caminos vecinales de la Mancomunidad de Diputaciones de Régimen Común, y la más pequeña es de doce mil pesetas para el saneamiento de las aguas de Bisimbre. Hay operaciones por quince mil pesetas para la unificación de deuda de Benifayó, treinta mil para dos viviendas de maestros en Almargen, cuarenta y un mil para aguas potables y saneamiento de Alcudia de Crespins, cincuenta mil para casa consistorial en Blancafort, otra suma igual para escuelas en Faramontanos de Tábara, veinticinco mil cien para casa consistorial en Agres. No faltan partidas de sesenta millones, cuarenta, treinta y veinticinco millones y muchísimas de diez, cinco, tres, dos, uno, y medio millones para canales de riego, electricidad, alcantarillas, aguas potables, hospitales, saneamiento, maternidades, manicomios, rayos X, viviendas para maestros, cementerios, granjas agrícolas, urbanización, etc., es decir, para cuanto requieren las necesidades urbanas de las provincias en su legítimo anhelo de bienestar y progreso.

»Al informarnos de todos estos detalles en la Memoria de 1948 que el Director-Gerente del Banco Local de España, señor Fariña Ferreño, ha tenido la gentileza de enviarnos y a quien tuvimos oportunidad de conocer y tratar en Madrid, pensamos en la posibilidad de poner en práctica tan interesante institución como un valioso instrumento financiero para el progreso y bienestar de los departamentos, provincias y municipios de Bolivia.



MUNDO HISPANICO

LA REVISTA DE VEINTITRES PAISES
MEXICO - BUENOS AIRES - MADRID

CONSEJO EDITORIAL

PRESIDENTE: ALFREDO SANCHEZ BELLA
VOCALES: JULIO F. GUILLEN - ANGEL ANTONIO LAGO
CARBALLO - PEDRO LAIN ENTRALGO - ERNESTO LA
ORDEN MIRACLE - MANUEL JIMENEZ QUILEZ - MARQUES
DE LAS MARISMAS DEL GUADALQUIVIR - LUIS MARTINEZ
DE FEDUCHI - MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS

DIRECTOR: MANUEL JIMENEZ QUILEZ
REDACTOR JEFE: MANUEL SUAREZ-CASO

AÑO II • DICIEMBRE, 1949 • NUM. 21 • 25 PTAS. EJEMPLAR

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

MADRID - ALCALA GALIANO, 4 - TELEFONO 23 05 26
APARTADO 245 - DIRECCION TELEGRAFICA: MVNISCO

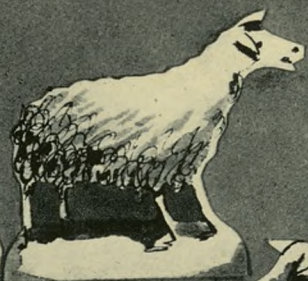
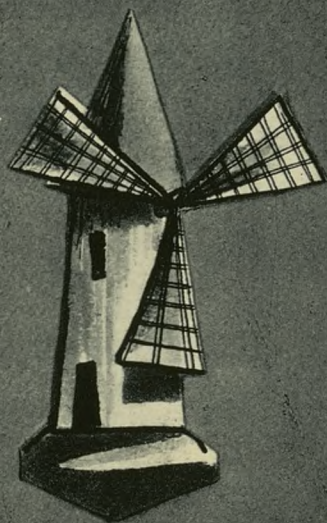
EMPRESA EDITORA:

EDICIONES "MUNDO HISPANICO" ALCALA GALIANO, 4 - MADRID

EMPRESA DISTRIBUIDORA:

EDICIONES IBEROAMERICANAS (E. I. S. A.) - PIZARRO, 18 - MADRID

TIPOGRAFIA Y ENCUADERNACION, BLASS, S. A. (MADRID)—HUE-
COGRABADO, HIJOS DE HERACLIO FOURNIER, S. L. (VITORIA).—
OFFSET, INDUSTRIA GRAFICA VALVERDE, S. A. (SAN SEBASTIAN).
FOTOGRAFADO, LANGE Y FUGUET



I. - PORTADA

Estampas de la Navidad Mexicana.
Por Alejandro Rangel.

II. - REPORTAJES GRAFICOS DE LA NAVIDAD

(Páginas 4 a 10.)
En Querétaro.
En Madrid.
En Buenos Aires.

III. - PLEGOS DE POESIA Y MUSICA

(Páginas 11 a 26.)

«REPRESENTACION DEL NACIMIENTO
DE NUESTRO SEÑOR»
Por
Gómez Manrique.

CANCIONES Y POEMAS DE NAVIDAD
Por

Adriano del Valle. (Ilustra M. Sáez.)
Antonio de Zubiaurre. (Ilustra Bernal.)
Germán Bleiberg. (Ilustra Zaragüeta.)
José Hierro. (Ilustra Eduardo Vicente.)
José García Nieto. (Ilustra Pena.)
Leopoldo Panero. (Ilustra Escassi.)
Pablo Antonio Cuadra. (Ilustra Pedro Bueno.)
Rafael Morales. (Ilustra Goico-Aguirre.)
Villancicos Nicaragüenses. (Ilustra Del Moral.)

VILLANCICO Y MUSICA

Letra, de Gerardo Diego. (Ilustra Luis.)
Música, del maestro Leoz.

«CUATRO NAVIDADES ROMANTICAS»
Por Mariano Rodríguez de Rivas.

IV. - RETABLO DEL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

(Páginas 27 a 46.)

Portada de Liébana.

«EL NIÑO»

Por J. Camón Aznar. (Ilustra Serny.)

«MARIA»

Por I. B. Anzoátegui. (Ilustra F. Sáez.)

«SAN JOSE»

Por Gerardo Diego. (Ilustra Narro.)

«EL ANGEL»

Por Eugenio d'Ors. (Ilustra Labra.)

«LA ESTRELLA»

Por Eugenio Montes. (Ilustra Viladomat.)

«MELCHOR, GASPAS Y BALTASAR»

Por José Ant. Torreblanca. (Ilustra Tauler.)

«EL PASTOR»

Por P. Mourlane Michelena. (Ilustra Freire.)

«LA VACA Y LA MULA»

Por José María Pemán. (Ilustra Gabriel.)

«EL PORTAL»

Por J. R. Massoliver. (Ilustra Caballero.)

«BELEN»

Por Fr. J. Pérez de Urbel. (Ilustra Picó.)
Colofón de A. Valverde.

V. - PLEGOS DE CORDEL

(Páginas 47 a 60.)

CUENTOS Y NARRACIONES

Por

Camilo José Cela. (Ilustra Goñi.)
Carmen Laforet. (Ilustra Redondela.)
Julio F. Guillén. (Ilustra S. del Arbol.)
M. Pombo Angulo. (Ilustra J. Fco. Aguirre.)
M. Sánchez Camargo. (Ilustra Chausa.)
Miguel Delibes. (Ilustra Esplandiú.)
Vicente Escrivá. (Ilustra J. A. Morales.)

VI. - OTROS ARTICULOS Y REPORTAJES

(Páginas 61 a 70.)

«COMO SE ARMA UN BELEN»

«ARTICULO PARA ARMAR UN BELEN»

Por

Victor de la Serna.

EL BELEN DE SALZILLO

(Reportaje gráfico.)

BELEN EN 1949

(Reportaje gráfico.)

«NAVIDAD EN NUEVA YORK»

Por

Carlos Sentís.



CON excepción de los centros turísticos de ambiente cosmopolita —semejantes en todo el mundo—, la Navidad mexicana es hogareña y familiar. Vieja es ya—casi tanto como la Nueva España—la ensalada de Nochebuena que convoca en torno de su multicolor y barroca composición la alegría de la casa. Betabeles y lechugas, cacahuets tibios y jícamas frescas, limones y naranjas, celebran en la ancha fuente de barro o de porcelana un motín de colores y sabores sólo comparable al que la chiquillería hace estallar en el patio de cantera al romper la piñata, o al que forman las macetas florecidas entre los arcos del corredor enlosado. Si quisiera hallarse en la ensalada navideña algún símbolo de estos días, bien podía ser el de un homenaje de la tierra con sus crepúsculos morados, sus cerros de sepia y sus labranzas tan verdes y tan sorprendentemente distribuidas en el paisaje como las hebras de la lechuga en la vidriada cazuela de las ensaladas.

Luego, a la media noche, la gente sale a la «Misa del Gallo». En el limpio frío de la madrugada, los templos, dorados de luz interior y cálidos de oraciones, son más que nunca las casas de Dios, si el grado

es posible. Y a la hora de la elevación nocturna, el blanco Pan de Dios Encarnado, sostenido por la ojiva de los blancos brazos sacerdotales, recoge suavemente la adoración rendida de un pueblo que, como en el verso del mejor de sus poetas, le brinda en la Nochebuena cristiana, amplificado trasunto de la dé Belén, «el bienestar oscuro del rebaño y la dicha radiante de los hombres».

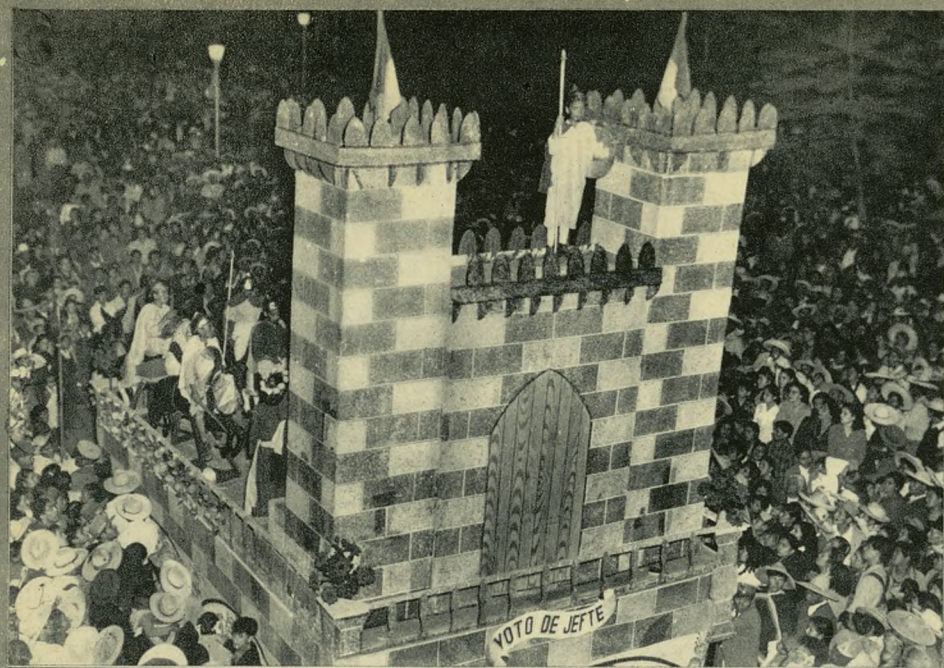
Hay, sin embargo, una ciudad mexicana que deja vacías las mesas de sus comedores y se vuelca íntegra en sus calles para celebrar una Navidad popular. Y no es, ciertamente, una ciudad rebelde la que esto hace: paradójicamente, es, quizás, la más tradicional de todas. Santiago de Queréaro, conventual y recogida, la «ciudad levítica» de México, abandona sus claustros en la noche navideña, cena de carrera

y se entrega a comer en las aceras cañas, cacahuets y buñuelos bañados de miel. Todo para ver pasar sus célebres «carros», cuyo desfile convoca año tras año desde hace siglo y medio, lo mismo a los graves señores de la vieja aristocracia regional que a los rancheros del «valle de San Juan del Río»; o que a los forasteros del Bajío, especie de meseta castellana en el corazón de México.

Los «carros» son cuadros o escenificaciones de pasajes del Viejo y del Nuevo Testamento, representados por los chicos de las escuelas y montados sobre verdaderos carros de hacienda, tirados por troncos de mulas.

De doce a quince escenas ambulantes forman el desfile, iniciado con «El Paraíso», en el que una serpiente de trapo se insinúa a una madre Eva vestida de malla bajo un árbol de papel cortado, hasta el Nacimiento del Señor, en que pastores y zagalas de seis años danzan jubilosamente en torno de la Virgen, San José y el Niño, bajo un espléndido portal de cartón, salpicado de copos de algodones. Los pasajes más gustados en el magnífico desfile suelen ser nada menos que «Elías

Navidad en Queréaro



En la página anterior, de izquierda a derecha: La carroza «Torre de Babel»: ha llegado el momento de la confusión de las lenguas y los artistas tratan de entenderse por señas.— El desfile culmina en el «Nacimiento»: pastores y zagales de seis a diez años celebran con danzas jubilosas el Nacimiento de Jesús.— «Elías, arrebatado en su carro de fuego» es una de las carrozas simbólicas más celebradas durante el desfile bíblico con que se celebra, anualmente, la Navidad en Querétaro.

En esta página, arriba: El imponente «castillo de Jefté» avanza entre la muchedumbre que durante los días navideños llena las calles de Querétaro.—La deliciosa ingenuidad popular de estas representaciones bíblicas se plasma en esta carroza, denominada «El Paraíso»: un coro de ángeles presencia la tentación de la Eva infantil.—En el centro, San José y María cierran el desfile, en el que el alma cristiana de Méjico goza inocentemente con la representación del misterio navideño.

arrebatado en su carro de fuego», «El voto de Jefté», «La huída a Egipto» o «La torre de Babel».

En la noche de Navidad, Santiago de Querétaro se vuelve por unas horas una ciudad encantada. Descendiendo de algún barrio alto, aparece de pronto el Legislador Moisés, en persona, con su luenga barba y sus tablas bajo el brazo, en afanosa búsqueda de sus judíos... y de su carro. Por alguna esquina hundida en sombras brota de pronto la fuerte Judith llevando en su mano, como quien lleva la canasta del «mandado», la cabeza del mismo Holofernes; más allá de aquel

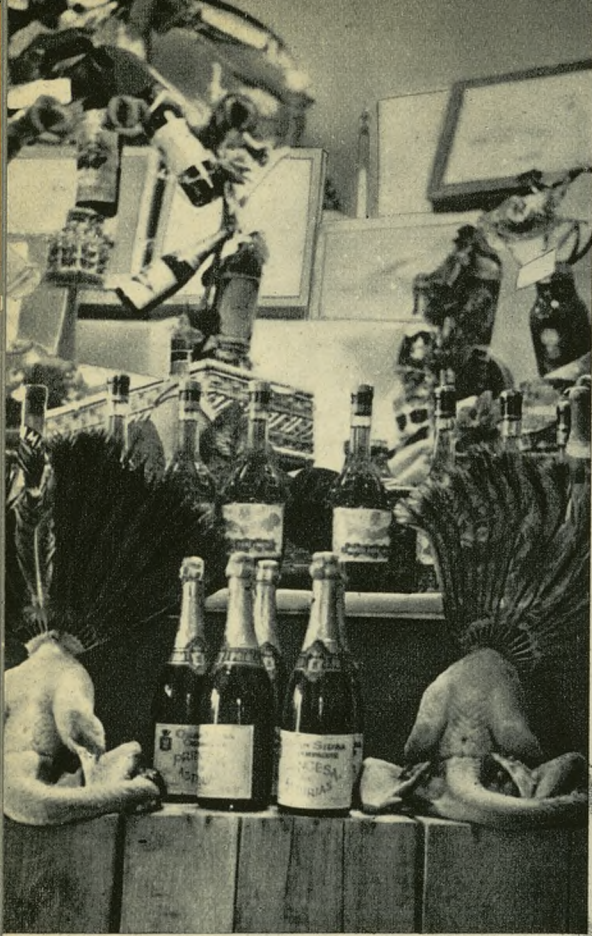
callejón alto y empinado baja un coro de ángeles de blancas alas temblorosas y de pequeñas bocas infantiles retocadas de «rouge». Una fantasía grave e inocente, religiosa y popular, austera y fresca, puebla de bíblicas maravillas las callejas queretanas y, por unas horas, logra borrar la sensación del tiempo y del presente.

Acomodados los personajes en sus carros, se inicia el desfile al toque de la campana mayor de un templo franciscano. Y, entre luces de hachones, cánticos que relatan los episodios y alegre bullir del pueblo, el Viejo Testamento comienza a bogar por las calles empedradas hasta que la multitud se rinde, allá por el filo de la madrugada...

Navidad en Querétaro



...en las calles de Madrid

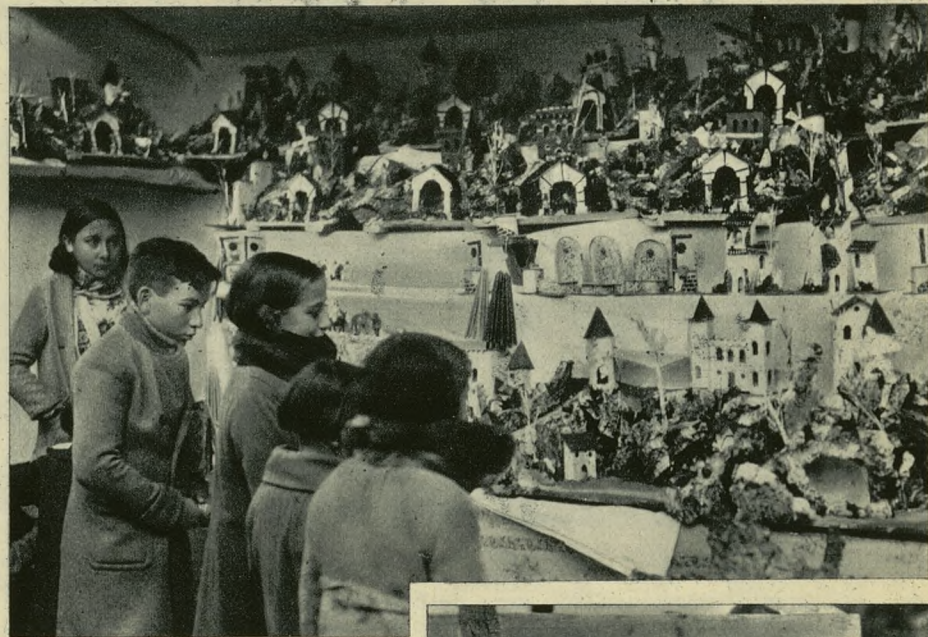
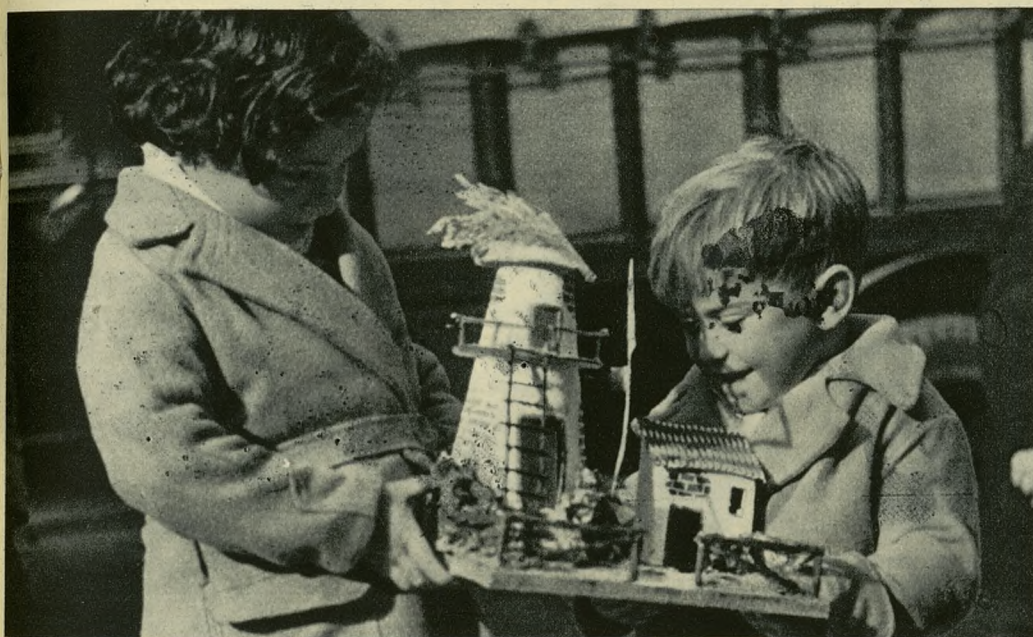


«ESTA NOCHE ES NOCHEBUENA.»—«Y mañana Navidad», continúa la cuarteta callejera, tan popular como poco edificante. Pero uno y otro año la repetirán pequeños y mayores en las calles madrileñas, que cada Navidad llena de una jocunda alegría. Alegría que, a pesar de todo, viene transmitiéndose a lo largo de los siglos, desde aquellos pastores que en los valles de Belén se alegraron con mística y silvestre alegría porque vieron estrellas nuevas y oyeron música de chirimías celestiales. Panderos, zambombas y castañuelas. En los días próximos a la Navidad, los niños madrileños se echan a la calle provistos de las clásicas zambombas, castañuelas y panderos, a cuyos sonos bulliciosos cantan villancicos entre místicos y folklóricos. Suenan a cosa ancestral estos panderos y zambombas, agitados por una alegría ingenua que llega a nuestro asfalto desde la Biblia. Es que el mayor acontecimiento ocurrido en el mundo desde su Creación—el Nacimiento del Niño-Dios—ha producido una popular liturgia.



TODOS MADRID ES YA UN «BELEN».—En la Plaza de Santa Cruz, en la calle de Postas, en otras muchas calles madrileñas, se establece cada año por Navidades el mercado pintoresco, y un poco poético también, de figuras y elementos para construir «Belenes». Se llenan las calles de vendedores, con sus mesas atestadas de figuritas de barro cocido: Sagradas Familias, pastores con sus rebaños, campesinos con su asno o su pareja de vacas, artesanos que llevan a «Belén» su ofrenda. Todo un mundo liliputiense, ingenuo y lleno de ternura y piedad, puebla esa inefable «Palestina» de los «Belenes», deliciosa y graciosamente convencional. Pero no sólo se venden figuras en la Plaza de Santa Cruz. Allí están los elementos forestales y geológicos para la construcción de los «Belenes» caseros y humildes. Hay grandes cantidades de musgo, de carrasacas, de cortezas de alcornoque, de tierra, arena, guijas y otros elementos silvestres para construir la topografía ingeniosa del «Belén». También se venden Portales, Sagradas Grutas, cielos estrellados, pueblos, granjas, palacios de Herodes. Todo Madrid está convertido ya en un enorme «Belén» campesino y poético.

EL TURRON Y SU POESIA.—No todo es música y bullicio en las calles de Madrid, como consecuencia de la Navidad. Hay algo tan tradicional e indispensable en la fiesta como los villancicos, los panderos y las zambombas: el turrón. El de Jijona, clásico, hecho de almendras y miel, o las mil variedades que ha inventado la industria moderna de la confitería, lo cierto es que sin turrón—de mazapán, de Alicante, de Jijona, de yemas, de frutas, de chocolate—no hay verdadera solemnidad navideña en Madrid. Pobre, por pobre que sea, rica o de clase media, en ninguna mesa ha de faltar el turrón para la Nochebuena. Se adquiere en centenares y centenares de puestos establecidos por la ciudad, en todas las tiendas, y hasta se regala. Pues son frecuentes las organizaciones de caridad que se preocupan de que a nadie falte ese día el manjar por antonomasia de la Navidad. Eso es cuando menos. Porque cuando más, lo indicado para la Nochebuena es la «cesta», ese «poema» comestible y bebestible, que tiene desde el jamón en dulce hasta el champaña, desde el turrón variado hasta las frutas confitadas. Esos días las calles se llenan de «cestas», en que a la golosina se une el arte de los papeles de colores y las envolturas de celofán.



PAVOS Y OTRAS VICTIMAS DE LA FIESTA.—Otra nota graciosa y pintoresca de las calles de Madrid en los días navideños son los pavos. Cada rebaño lleva sus paveros, unos hombres del campo con característica indumentaria. En cualquier calle céntrica improvisa el pavero un corralillo para su manada. Allí los pavos, de rizada gorguera, cola de abanico y trompa lacia, se dejan contemplar y sopesar por los posibles compradores, hasta que ya en las proximidades de la fiesta van desapareciendo poco a poco. En los días de Navidad hay en los patios de muchas casas de Madrid un evocador ambiente de granja. Muchos gallos y pollos cantan al amanecer, con notoria inconsciencia, alegrando la vecindad urbana con el mensaje campesino de sus clarines. Los pavos, en cambio, están cada día más silenciosos y tristes. Se diría que, a medida que se acerca la Nochebuena, se les pone a los pavitos «carne de gallina». Y la cosa no es para menos. Sin duda que ellos adivinan su destino. Saben por tradición que ellos son el tópicico culinario y la «víctima de la fiesta» navideña.



...en Buenos Aires



A 35 grados de temperatura media y del noventa al cien por cien de humedad atmosférica, no hay Navidad posible. La Navidad pide nieve y frío y un Belén en el comedor de casa. La alta temperatura de verano de Buenos Aires en esta fecha, convierte la Navidad en una fiesta de vacaciones. No se trabaja, la gente se hace regalos adelantándose a los que vendrán en seguida en Reyes, y los que no se han ido de veraneo sólo esperan que pasen estos días para salir corriendo en busca del mar y la montaña. La calle Florida, la famosa calle Florida, aparece aquí abarrotada de compradores, a los que los almacenes les ofrecen con grandes y llamativos letreros de propaganda sus últimas novedades.

Decir «Gath & Chaves» es casi decir historia moderna de Buenos Aires. Es el almacén que inició la moda de los grandes comercios con muchos pisos, y ascensores, y escaleras mecánicas: esas tiendas donde hay de todo. En «Gath & Chaves», que los porteños pronuncian familiarmente como una palabra, «Gatichaves», compraron los abuelos, los hijos, los nietos. Es una institución ya casi típica.



Se puede asegurar que, en Navidad, los diecinueve millones de habitantes de la República Argentina comen un pedazo de pan dulce. El pan dulce ocupa en la tradición argentina el lugar que en la española tiene el turrón. Y se consume con el acompañamiento de un vaso de sidra. Sidra fría, que es la bebida de la Navidad porteña. En estos días, Buenos Aires es la ciudad del mundo que más sidra consume en veinticuatro horas.



En el escaparate de uno de los principales comercios han puesto una gran novedad, una especie de guiñol divertido, que atrae a la muchedumbre y dificulta el tránsito. Del coloso del Norte, la América del Sur ha aprendido el arte de la publicidad y la Navidad brinda una excelente ocasión para demostrar el ingenio publicitario.



Los regalos... Decir Navidad en Buenos Aires, es decir regalos. En las tiendas no dan abasto. Los papás cargan con los paquetes, porque a las tiendas les resulta imposible, en estos días, servir a domicilio los pedidos. Algunos miran para aquí y para allá: «¡Si encontráramos un taxi...!» Otro, aun se detiene ante un árbol de Noel, cargado de chucherías, que le incita a comprar todavía un último regalo para los niños que le esperan.



PLIEGOS
de
POE-
SIA
y
Música

*Representación del Nacimiento de Nuestro Señor
por Gómez Manrique
Villancico de Gerardo Diego con música del maestro León
Villancicos de Nicaragua
Cuatro Navidades románticas, por Mariano Rodríguez de Liva*

*Versos de:
Adriano del Valle
Leopoldo Panero
Pablo Antonio Cuadra
José Hierro
German Bleiberig
José García Nieto
Antonio de Zubizarre y
Rafael Morales*

*Ilustran:
Eduardo Vicente
Escasí
Pedro Bueno
Goico Aguirre
Rafael Pena
M. Saek
Bernal
Zaragüeta
del Moral
Leus y
Liebana*

LA REPRESENTACION DEL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR

a instancia de Doña Maria Manrique,
Viçaria enel Monasterio de Calabaçanos, hermana suya
D GOMEZ MANRRRIQUE

Lo que dice Josepe, sospechando de nuestra Señora.

¡O viejo desventurado!
Negra dicha fué la mia
en casar me con Maria
por quien fuese desonrrado.
Yo la veo bien preñada,
no se de quien, nin de quanto;
dizen que d'espíritu santo,
más yo desto non se nada.

La oración que hace la Gloriosa.

¡Mi solo Dios verdadero,
cuyo ser es inmovible,
a quien es todo posible,
facil e bien hazederol
Tu que sabes la pureza
dela mi virginidad,
alumbra la ceguedad
de Josepe e su simpleza.

El angel a Josepe.

¡O viejo de muchos dias,
en el seso de muy pocos,
el principal de los focos,
¿tu no sabes que Ysayas
dixo: Virgen parira
lo qual escrivio por esta
donzella gentil, onesta,
cuy' par nunca será!

La que representa ala Gloriosa quando le dieron el niño.

Adoróte rey del cielo,
verdadero Dios e ombre,
adoro tu santo nombre,
mi salvación e consuelo;
adoróte hijo e padre,
a quien sin dolor pari,
por que quisiste de mi
fazer de sierva tu madre.
Bien podrá dezir aquí
aquel salmo glorioso
que dices, fides precioso
quando yo te consuevi
que mi amara, angustia dege
y tú, mi solo salvador.

Más este mi gran placer
en dolor sera tornado
pues tu eres enviado
para muerte padecer
por salvar los pecadores,
enla qual yo pasare,
non menguandome la fe,
y numerables dolores.

Pero mi precioso prez,
hijo mio muy querido,
da me tu claro sentido
para tratar tu niñez
con devota reverencia,
e para que tu pasión
mi femenil coraçon
sufra con mucha paciencia.

La denunciaçión del angel a los pastores.

Yo vos denaungo, pastores,
qu'en Belen es oy nacido
el señor de los señores,
sin pecado concebido,
e por que non lo dudedes,
y d al presébre del buey,
donde çierto fallaredes
al prometido en la ley.

El vn pastor.

Dime tu, hermano, di
si oyste alguna cosa,
ó si viste lo que vi.

El segundo.

Vna gran boz me semeja
de vn angel, reluziente
que sono en mi oreja.

El tercero.

Mis oydos an oydo
en Belen ser esta noche
nuestro salvador nacido;
por ande dexar devenimos
nuestros ganados e yr
por ver si lo fallaremos.

Los pastores reverendo al glorioso Niño.

Este es el niño eçelente
que nos tiene de salvar;
ermanos, muy õmilmente
le llaguemos adorar.

La adoración del primero.

Dios te salve, glorioso
ynfrante santificado,
por rédemir enbiado
este mundo trabajoso;
damos te grandes loores
por te querer demostrar
a nos, miseros pastores.

Del segundo.

Salve te Dios, niño santo,
enbiado por Dios padre,
conçebido por tu madre
con amor e con espanto;
alabamos tu grandeza
qu'en el pueblo d'israel
escoçió nuestra simpleza.

Del tercero.

Dios te salve, salvador,
ombre que ser Dios creemos;
muchas gracias te facemos
por que quisiste, señor,
la nuestra carne vestir
enla qual muy cruda muerte
as por nos de reçibir.

Los angeles.

Gloria al Dios soberano
que reyna sobre los cielos,
e paz al linaje vmano.

San Gabriel.

Dios te salve, gloriosa
de los maytimes estrella,
e antes de madre donzella,
yo soy venido, señora,
tu leal anbazador,
para ser tu servidor
en aquesta santa ora.

San Miguel.

Yo Micael que vengo
las huestes luciferales
que son en torno de mi,
por mandato de Dios padre
vengo tener compaña
a ti, beata Maria,
de tan santo niño madre.

San Rafael.

Yo, el angel Rafael,
capitan destas quadrillas,
dexando las altas sillias,
vengo a ser tu donzel;
e por fazerte plazer,
pues tan bien los pereçiste,
¡O Maria, mater criste,
bendicha entre las mugeres!

¡O santo niño nacido
para nuestra redención!
Este caliz dolorido
dela tu cruda pasión
es necesario que beva
tu sagrada magestad,
por salvar la umanidad
que fué perdida por Eva.

El astelo e la sogá.

E sera en este astelo
tu cuerpo glorificado,
poderoso rey del cielo,
con estas sogas atado.

Los açoles.

Con estos açoles crudos
romperan los tus costados
los sayones muy sanudos
por lavar nuestros pecados.

La corona.

E despues de tu persona
herida con deceplinas,
te porman esta corona
de dolorosas espinas.

La cruz.

En aquesta santa cruz
el tu cuerpo se porná;
ala ora no avra luz
y el templo caera.

Los clavos.

Con estos clavos, señor,
te clavarán pies e manos;
grande pasaras dolor
por los miseros umanos.

La lança.

Con esta lança tan cruda
foradaran tu costado,
e será claro sin duda
lo que fué profetizado.

(Con cantos, dase fin.)

LAVS DEO

NOTA.—Este drama litúrgico—que fué compuesto por Gómez Manrique (1412-90), natural de Amusco (Palencia), a ruego de su hermana D.^a Maria Manrique, vicaria en el monasterio de monjas de Calabaçanos, cerca de Palencia—forma, con el "Auto de la Huida a Egipto" (cursivo manuscrito recién hallado en la Biblioteca Nacional de Madrid) y con el "Misterio o Auto de los Reyes Magos", la ejemplar trilogía de la que arranca la historia del teatro religioso español.

En esta "Representación"—toda ella ternura—, construida con un arte primitivo de arquitectura teatral, perficdo en su orden, está tratado el drama litúrgico con toda la sencilla emotividad que el tema requiere y sin las irreverencias de los Misterios franceses.—L. G. R.

Villancicos del jinete iluso

POR LEOPOLDO PANERO



1

A ti sentado en mis rodillas,
viejo camino de Belén,
te contaré las maravillas
que a lo lejos mis ojos ven.

La lavandera que arrodillas
junto al cristal, el musgo bien
desparramado en las orillas,
el verde manso y a cercén...

Te contaré lo que no he visto:
los peces hondos de la mar,
que aún el vaivén tiene de Cristo,

y hacia Belén al caminar
te contaré por qué yo existo
y por qué es tan viejo tu hogar.

y 4

CORRE, jinete iluso,
corre dormido,
que está la noche oscura
que está el rocío.

Que están mis ojos lejos
y el cielo limpio,
y la bola del mundo,
rueda sin ruido.

2

TE contaré desde mis años,
desde el estupor de mi edad
(y te contaré sin engaños,
y lañando mi soledad

con tu risa), tiempos extraños,
aun con vaivén de Navidad,
aun con pastores y rebaños
bajo mi caída bondad.

Te contaré en la lontananza
(entre mi rodilla y mi pie)
la luz que el hombre a ver alcanza

desde sus ojos y su fe,
y en caravana cómo avanza
mi alma sola, te contaré.

Corre, jinete iluso,
corre, mi niño,
¡y el agua helada y rota
por los caminos!

¡Y los mares y montes
muertos de frío!
Corre, jinete iluso,
corre conmigo.

Galopa en mis rodillas
hacia el prodigio,

que hoy en mi pecho tengo
fiebre de nido.

Que te lleno y me llenas
hacia mí mismo,
y en la hierba bailando
mi pie perdido.

Corre, jinete iluso,
rubí sombrío,
corazón con ovejas
entre los trigos.

3

JINETE iluso de tu risa,
desbocado por tu reír,
te contaré la lenta prisa,
la humana fiebre del vivir,

y las campanas de la misa
de San Silvestre te haré oír
entre la nieve y en la brisa
del año muerto y por venir.

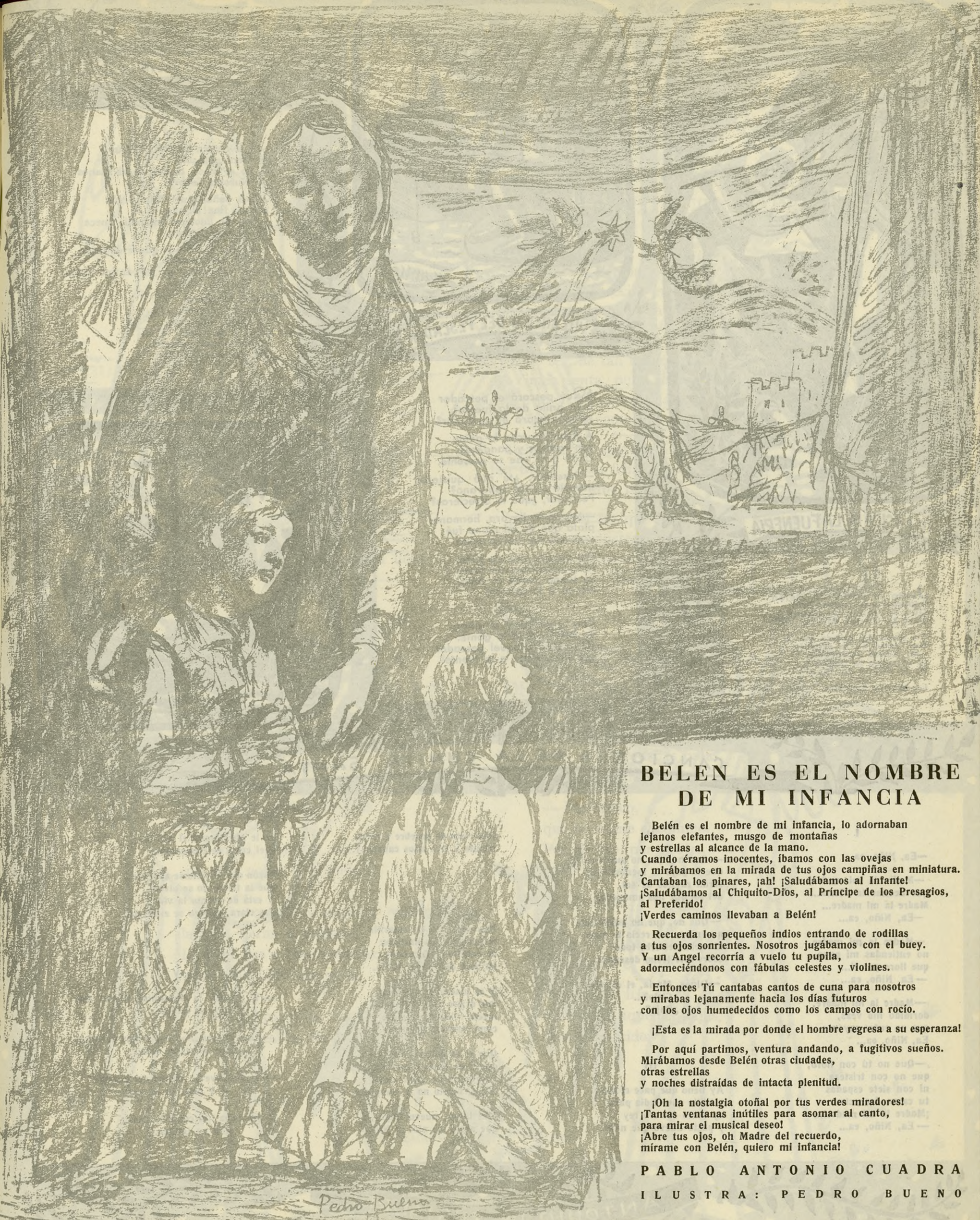
Jinete iluso, copo nuevo,
sobre el viejo, viejo montón
de amargos copos... Tu agua bebo,

late por ti mi corazón,
riendas mis brazos, yo te llevo,
yo te mezo y eres mi son.

Que ya ha nacido lejos,
que ya ha nacido
la estrella que conduce
tu pie y el mío.

Que aún la vida te espera
que no has vivido,
corre, jinete iluso,
corre dormido...

ILUSTRACION DE ESCASSI



BELEN ES EL NOMBRE DE MI INFANCIA

Belén es el nombre de mi infancia, lo adornaban
lejanos elefantes, musgo de montañas
y estrellas al alcance de la mano.
Cuando éramos inocentes, íbamos con las ovejas
y mirábamos en la mirada de tus ojos campiñas en miniatura.
Cantaban los pinares, ¡ah! ¡Saludábamos al Infante!
¡Saludábamos al Chiquito-Dios, al Príncipe de los Presagios,
al Preferido!
¡Verdes caminos llevaban a Belén!

Recuerda los pequeños indios entrando de rodillas
a tus ojos sonrientes. Nosotros jugábamos con el buey.
Y un Angel recorría a vuelo tu pupila,
adormeciéndonos con fábulas celestes y violines.

Entonces Tú cantabas cantos de cuna para nosotros
y mirabas lejanamente hacia los días futuros
con los ojos humedecidos como los campos con rocío.

¡Esta es la mirada por donde el hombre regresa a su esperanza!

Por aquí partimos, ventura andando, a fugitivos sueños.
Mirábamos desde Belén otras ciudades,
otras estrellas
y noches distraídas de intacta plenitud.

¡Oh la nostalgia otoñal por tus verdes miradores!
¡Tantas ventanas inútiles para asomar al canto,
para mirar el musical deseo!
¡Abre tus ojos, oh Madre del recuerdo,
mírame con Belén, quiero mi infancia!

PABLO ANTONIO CUADRA
ILUSTRACIÓN: PEDRO BUENO



VILLANCICO DE LA FUENFRIA

Junto al portal de Belén
brotaba una fuente fría.
Que se volvió de tisana
para la Virgen María.

En vaso de pobre barro
San José se la ofrecía.
—Mi Reina soberana,
te ofrezco la tisana
de la buena fontana.

La Madre sonreía.



VILLANCICO DEL PESCADOR

¿Qué pescará el pescador
a la orilla de la fuente?
¿Qué pescará el pescador?

A Belén marcha la gente
con rabeles y panderas.
Cada cual trae su presente.

—Pescador, ¿tú qué quisieras
llevarle a Dios soberano?
Pescador, ¿qué le ofrecieras?

—Mucho le llevara, hermano:
plata que en mi mano fué
y se me fué de la mano.

Era un pez que yo soñé,
todo escamicas de luna.
Lo sueño desde la cuna...
No sé si lo pescaré

.....
Con la gracia y el amor,
de Belén torna la gente.
¿Qué tendrá aquel pescador
que llora junto a la fuente?

VILLANCICO DEL MILAGRERO

—La cunica del Niño Jesús
se mece ella sola.
—No se mece, la mecen las manos
de Nuestra Señora.

—Los pañales del Niño Jesús
son de fina blonda.
—Son de lino que hilara la rueca
de Nuestra Señora.

—Porque el Niño se quede dormido
arrulla una tórtola.
—No es arrullo, que es cántico dulce
de Nuestra Señora

Calla, milagrero,
coge la zampona,
no digas romances,
toca, toca toca.
¿Quieres más milagro
que Nuestra Señora?



CANCIONES DE LA CUNITA SANTA

I
—Ea, Niño, ea.

—Madre la mi madre,
que acunas la Tierra...
Madre la mi madre...

—Ea, Niño, ea...

—Madre la mi madre,
no entiendas mi pena,
que lloro por ti...

—Ea, Niño, ea...

—Madre la mi madre,
dormido me veas,
que no entre sayones...
Ea, Niño, ea...

—Que no tú con lloro,
que no con tristeza,
ni con siete espadas
tu carne deshecha
¡Madre la mi madre!...
—Ea, Niño, ea...

II
—Que no, que no puede ser,
que la paja es menos leve;
serán rayitos de sol,
del sol que nos amanece.

—Que no, que no puede ser,
que no es tan recia la paja;
la rueda del orbe todo
sobre este lecho descansa.

—Dinos, María, el misterio:
¿Cielo?...
¿Paja?...

III
Ay heno que pacé el buey
y brillo que el día pace,
ay brillo del oro rey
y pasto nuevo que nace.

(Que van de pesebre a mesa
treinta y tres años cabales.)

IV

Hoy se cuajó en amarillo
el ápice de los mundos:
de cabellos rubicundos
en paja del mayor brillo.

Y es maravilla del cielo
que el oro que se le debe
luzca, reluzca, se eleve
como brotado del suelo.

Que si es paloma que posa,
que si es cordero que nace...
Preguntas de cada cosa,
que el viento no le complace.

Mas luego, nuevo fulgor,
que abrió los ojos el Niño,

se le alumbraba el armiño
y el cetro de emperador.

Sazón que el cielo se aprende,
que la tierra no se olvida.
Y está de pronto la vida
tan clara, que ya se entiende.

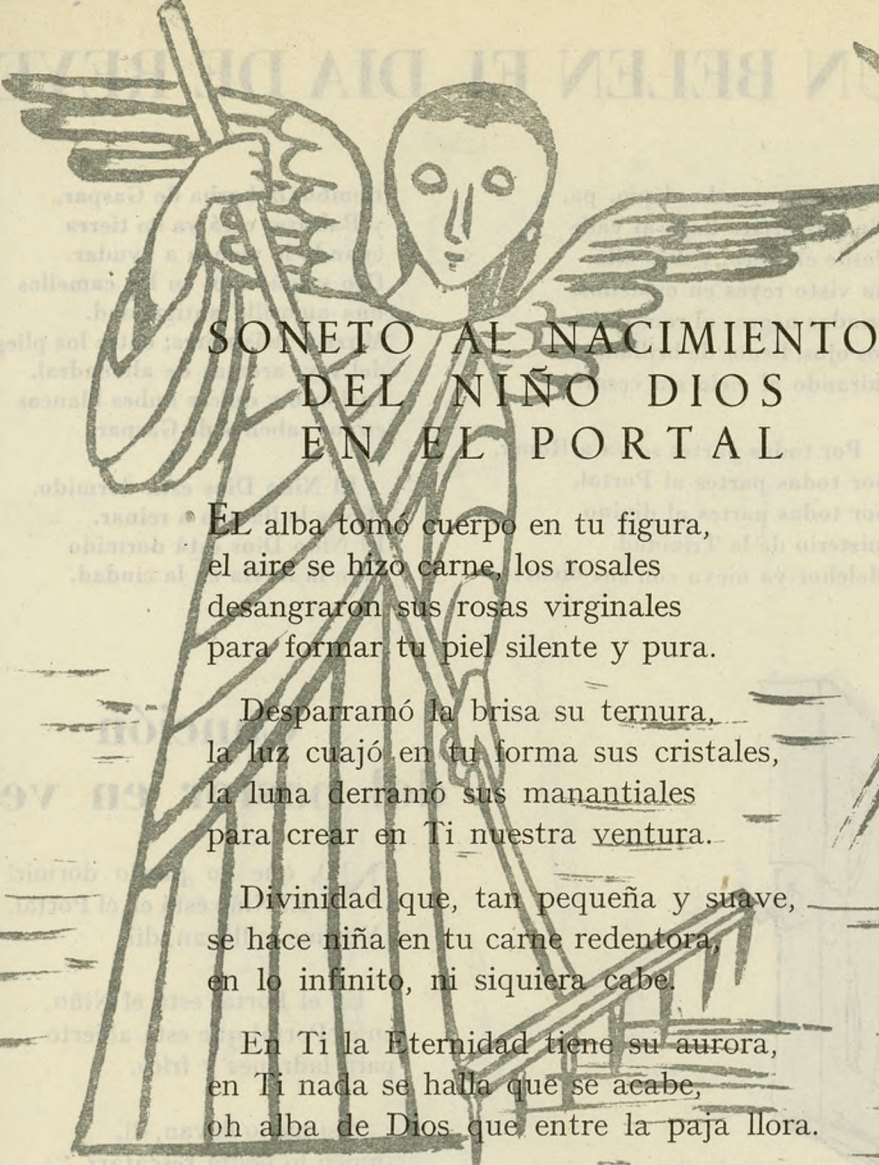
V

—Y ¿atracó la barquilla? Si, al fin;
allá en Galilea.

—Bien bogara... — Por ondas de luna,
por mares de seda.

— Y ¿fue leve al arrimo del puerto?
— Y posó en la arena.

Y era cuna, ¡la cuna de Dios!,
allá en Galilea.



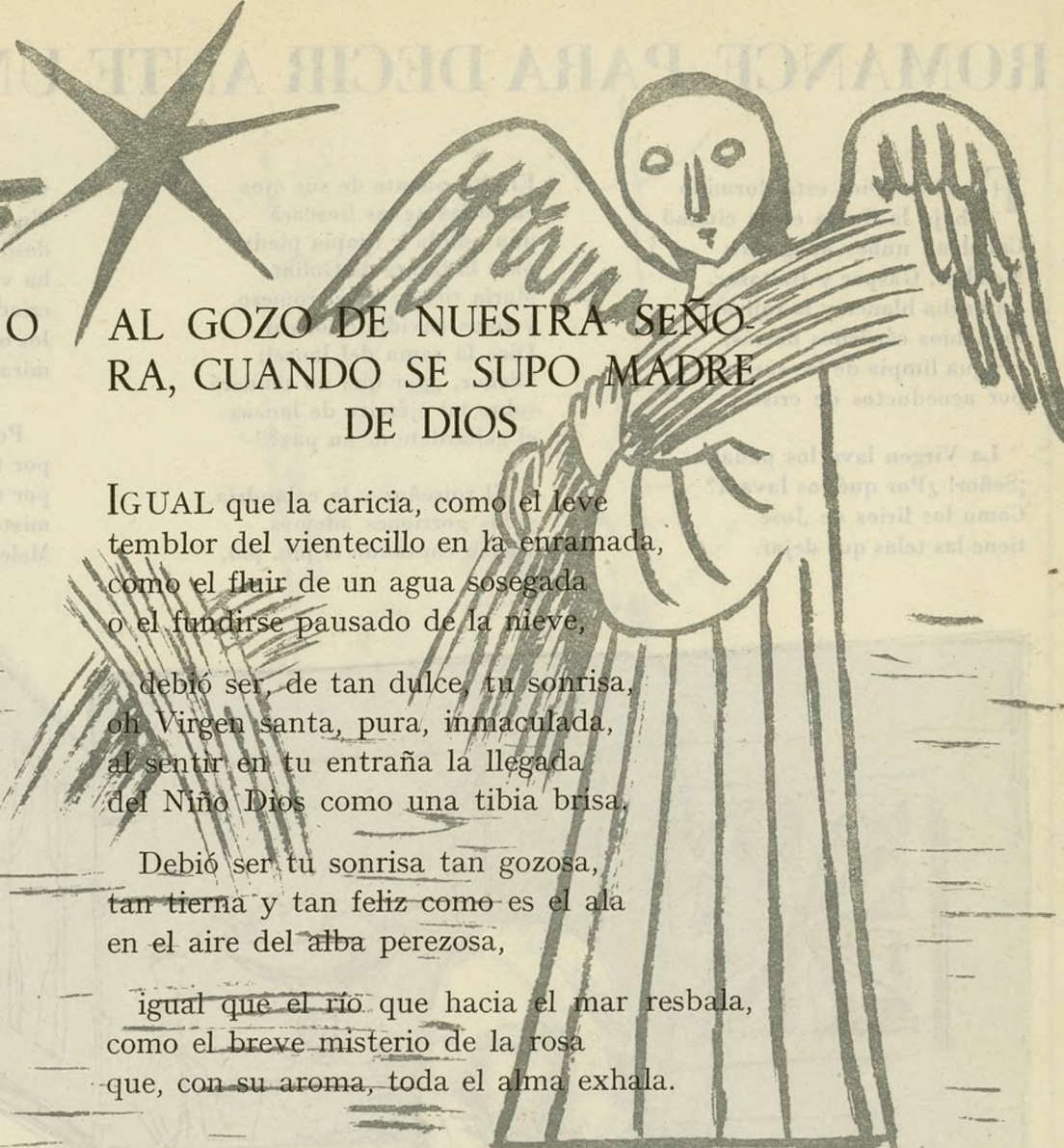
SONETO AL NACIMIENTO
DEL NIÑO DIOS
EN EL PORTAL

EL alba tomó cuerpo en tu figura,
el aire se hizo carne, los rosales
desangraron sus rosas virginales
para formar tu piel silente y pura.

Desparramó la brisa su ternura,
la luz cuajó en tu forma sus cristales,
la luna derramó sus manantiales
para crear en Ti nuestra ventura.

Divinidad que, tan pequeña y suave,
se hace niña en tu carne redentora,
en lo infinito, ni siquiera cabe.

En Ti la Eternidad tiene su aurora,
en Ti nada se halla que se acabe,
oh alba de Dios que entre la paja llora.



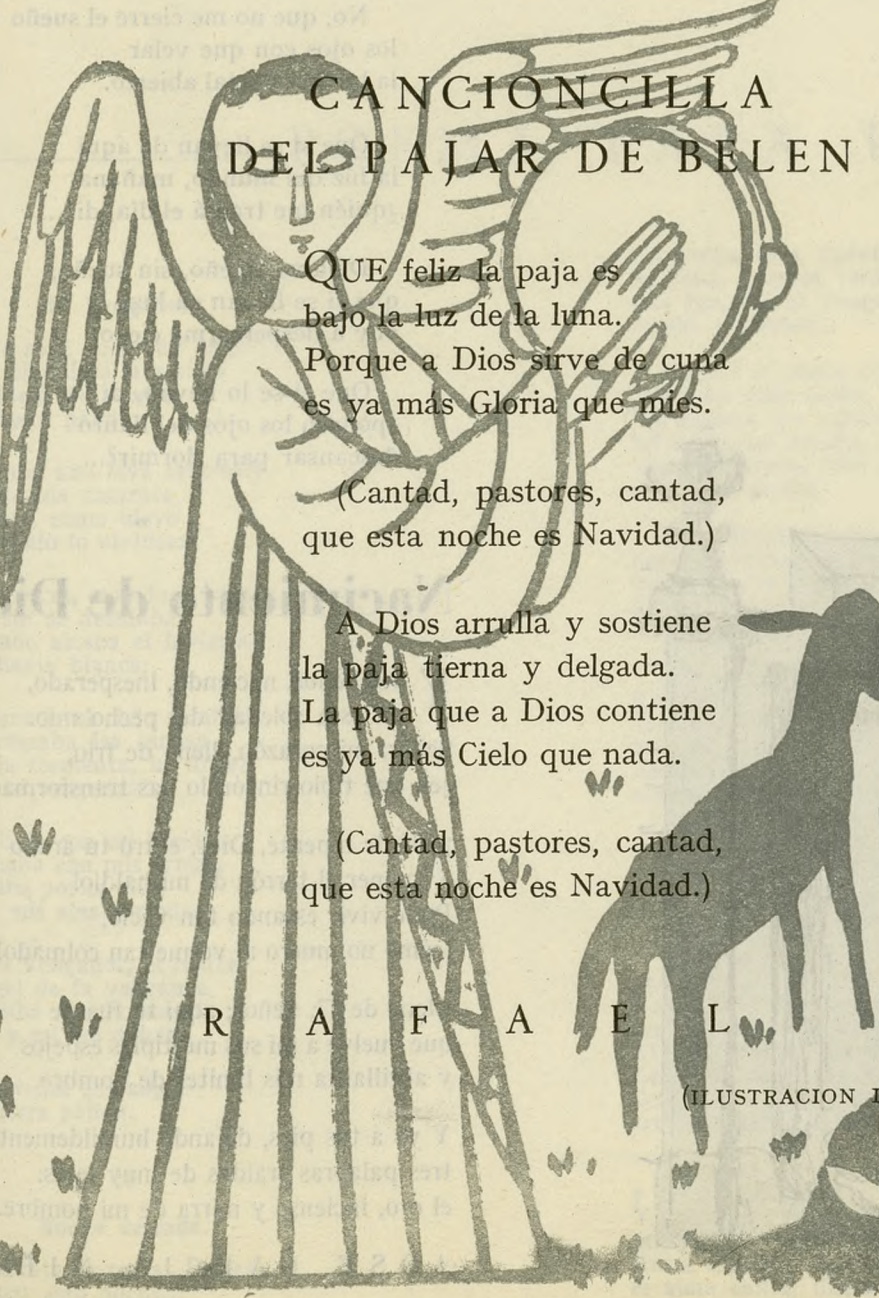
AL GOZO DE NUESTRA SEÑO-
RA, CUANDO SE SUPO MADRE
DE DIOS

IGUAL que la caricia, como el leve
temblor del vientecillo en la enramada,
como el fluir de un agua sosegada
o el fundirse pausado de la nieve,

debió ser, de tan dulce, tu sonrisa,
oh Virgen santa, pura, inmaculada,
al sentir en tu entraña la llegada
del Niño Dios como una tibia brisa.

Debió ser tu sonrisa tan gozosa,
tan tierna y tan feliz como es el ala
en el aire del alba perezosa,

igual que el río que hacia el mar resbala,
como el breve misterio de la rosa
que, con su aroma, toda el alma exhala.



CANCIONCILLA
DEL PAJAR DE BELEN

QUE feliz la paja es
bajo la luz de la luna.
Porque a Dios sirve de cuna
es ya más Gloria que mies.

(Cantad, pastores, cantad,
que esta noche es Navidad.)

A Dios arrulla y sostiene
la paja tierna y delgada.
La paja que a Dios contiene
es ya más Cielo que nada.

(Cantad, pastores, cantad,
que esta noche es Navidad.)



CANCIONCILLA
DEL NACIMIENTO DE DIOS

LLENO de frío,
allá, entre aquellas pajas,
Dios ha nacido.

— Pastorcico,
que no es ese el camino.
Por el otro, por el otro
verás al Niño.

— Ganadico,
que vas perdido,
no es en aquel palacio
donde está el Niño.

Lleno de frío,
allá, entre aquellas pajas,
Dios ha nacido.

R A F A E L M O R A L E S

(ILUSTRACION DE GOICO AGUIRRE)

GOICO
AGUIRRE

ROMANCE PARA DECIR ANTE UN BELEN EL DIA DE REYES

EL Niño Dios está dormido
bajo la lluvia en la ciudad
Cabalgan nubes apagadas:
Melchor, Gaspar y Baltasar.
La barba blanca y la rojiza,
los labios cárdenos detrás;
el agua limpia de los sueños
por acueductos de cristal.

La Virgen lava los pañales.
¡Señor! ¿Por qué los lavará?
Como los lirios de José
tiene las telas que dejar.

El alto puente de sus ojos
entre las aguas buscará
una pulida y limpia piedra
para la frente de Goliat.
María tiende en el romero,
y tiene envidia el olivar.
Dice la rama del laurel:
"Señor, ¿por qué no tenderá
sobre mi ejército de lanzas
el gallardete de su paz?"

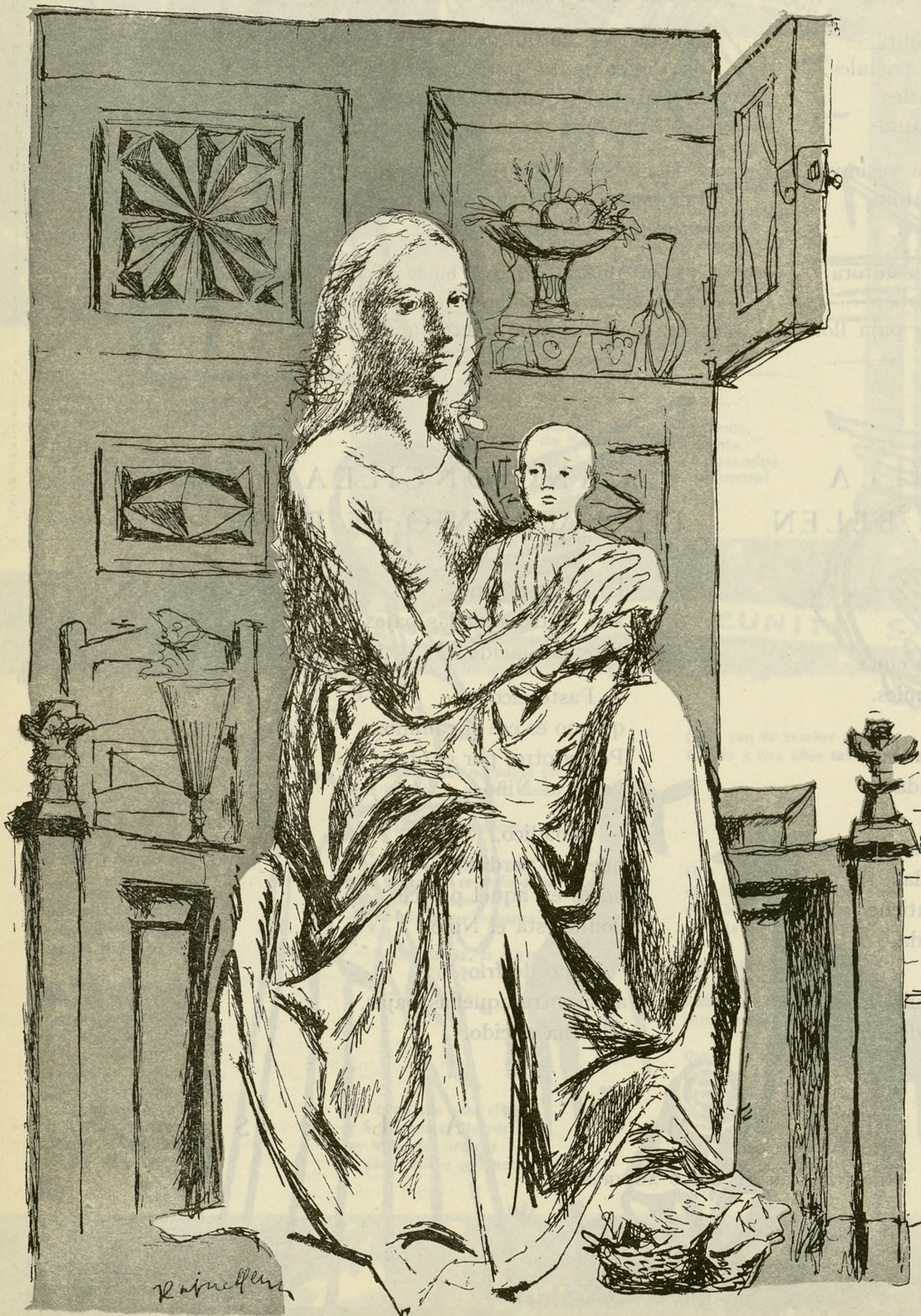
El ruiseñor y la calandria,
y los gorriones además,
vienen cantando el pío, pío,

vienen cantando el pío, pa.
Un pastorcito llega al valle
desde el otero, y más allá
ha visto reyes en camellos,
criados negros al ronzal,
los ojos, llenos de brillantes,
mirando al cielo sin cesar.

Por todas partes se va a Roma,
por todas partes al Portal,
por todas partes al divino
misterio de la Trinidad.
Melchor ya nieva con sus dientes,

tiembla la barba de Gaspar,
y Baltasar está ya en tierra
cuando le vienen a ayudar.
Oro y más oro; en los camellos
una amarilla antigüedad.
Mirra y más mirra; entre los pliegues
del rey, aromas de almendral.
Incienso y dulces nubes blancas
en los cabellos de Gaspar.

El Niño Dios está dormido.
Reyes le llaman a reinar.
El Niño Dios está dormido
bajo la lluvia en la ciudad.



Canción del pastor en vela

¡N^O, que no puedo dormir!
El Niño está en el Portal.
¿Y si me lo llevan, di?

En el Portal está el Niño,
en el Portal que está abierto
para ladrones y fríos.

Y si me lo llevan, di,
¿quién lo podrá rescatar?...
No, que no puedo dormir.

No, que no me cierre el sueño
los ojos con que velar
la luz del Portal abierto.

Que si se llevan de aquí
la luz del mundo, mañana
¿quién me traerá el día, di?...

Déjame, sueño, sin sueño,
que si se llevan su luz
voy a despertarme ciego.

Que si se lo llevan, di,
¿podrán los ojos del llanto
descansar para dormir?...

Nacimiento de Dios

Y tú, Señor, naciendo, inesperado,
en esta soledad del pecho mío.
Señor, mi corazón, lleno de frío,
¿en qué tibio rincón lo has transformado?

¿Qué de repente, Dios, entró tu arado
a romper el terrón de mi baldío!
Pude vivir estando tan vacío,
¿cómo no muero al verme tan colmado!

Lleno de Ti, Señor; aquí tu fuente
que vuelve a mí sus múltiples espejos
y abriga mis límites de hombre.

Y yo a tus pies, dejando humildemente
tres palabras traídas de muy lejos:
el oro, incienso y mirra de mi nombre.

JOSE GARCIA NIETO

ILUSTRACION DE RAFAEL PENA



POEMA PARA UNA NOCHEBUENA

I

El Vengador.

Te soñé como un ángel
que blandiera la espada
y tiñera de sangre
la tierra pálida;

como una lava ardiente;
como una catarata
celeste, como nieve
que todo lo olvidara.

A veces, cuando el viento
del sur se desataba;
cuando alzaba el invierno
su llama blanca;

cuando el cielo sombrío
derramaba las ascuas
de la tormenta, he dicho:
"es su venganza".

Hería con mi herida;
luchaba con mis armas,
volaba por la vida
con mis alas cortadas.

El Vengador, el fuerte
Ángel de la venganza,
mataba con la muerte
que a mí me daban.

Y teñía de sangre
la tierra pálida.

II

Noche cerrada.

Cuántas estrellas tendrá
el mar esta noche...

Cuántas olas, cuántas almas
en pena, cuántos verdores
que tan sólo el Vengador
oculta y conoce...

Abierta la noche está
como un gran sueño. Los hombres,
los lugares, los caminos,
las horas, los montes,
se han borrado. Sólo queda
soledad y noche.

Oh Vengador: negras alas;
negras músicas, enormes
horas negras... Vengador:
soledad y noche.
Sólo soledad y noche.

¿Han de alimentar el alma,
Vengador, tus roncós sonos,
tus negras alas, tu paso
helado?... ¿Negros crespones
adornan la dolorida
soledad del hombre?...

III

El niño.

Un niño de oro y rosa ¿puede
anticipar el alba?
Una brizna de hierba ¿puede
ser el brazo de la venganza?
El Vengador ¿es el amor?
La mano débil ¿es el hacha?
Con sangre suya y llanto suyo
¿rescata ajena sangre y lágrimas?

Todo era oscuro. Soledad
y noche. (El alma aprisionada.)
Y ahora en la noche se ha encendido
maravillosa llama.
Entre espumas de ola y de nube
el alma canta, liberada.

Como si fuera el centro ardiente
del amor, que todo lo abrasa.

IV

Noche hermosa.

Sabed: si se la escucha,
se oye latir la piedra.
Y resuenan y acordan y hermanan sus voces los siglos
en la dura madera.

Hoy la noche es la mano
que pulsa la piedra y la estrella,
y el corazón el dorado racimo
que va de la estrella a la piedra,
que va de la piedra a la estrella.

Qué silenciosa mano
el corazón aprieta.
Y cómo cae el zumo
y rocía la hierba,
y humedece las calles,
la silenciosa piedra,
las fuentes donde todos
los astros se reflejan.

Maravillosa llama,
inextinguible hoguera,
faro celeste que alumbró a los que andan
con sus vidas a cuestas,
cuando ya no seamos
sino viento que pasa y no mueve la rama,
sino mar que se agite y no pone temblor en la playa
[desierta].

Maravillosa llama,
inextinguible hoguera,
encendido celaje
interior, agua eterna
que se agita, que corre
de la piedra a la estrella,
de la estrella a la piedra...

J O S E H I E R R O
ILUSTRACION DE EDUARDO VICENTE

LAS ADORACIONES

POR ADRIANO DEL VALLE

I

LA luna y los luceros
hacen sonar sus claras campanas de cristal
en altos campanarios donde los campaneros
son ángeles de un célico vitral.
Todo el marfil del mundo florecía.
El lomo azul del mar se apaciguó.
Aparecía la Virgen María
y una fanfarria de metal nacía
en las almenas de Jericó.

Brilla el sendero de Casiopea
con el deslumbramiento de su luz,
nace un lucero sobre el país de Galilea;
nace un madero,
nace en un bosque el leño de la Cruz.
¡Ha nacido el Rabí!
¡Ha nacido el Rabí!
Llegan tres Reyes Magos del Oriente
con ofrendas de incienso, mirra y oro de Ofir.
Padre Orión al Niño le ofrece su tahalí
hecho de tres estrellas de luz resplandeciente
y Sirio manda un beso de aljófar a su frente,
un beso de zafir.
¡Ha nacido el Rabí!
¡Ha nacido el Rabí!
¡Gaspar, Melchor y Baltasar,
tres Reyes
que llegan de allende el mar
bajo las astrales leyes
de la lumbre constelar!
¡Ha nacido el Rabí!
¡Vienen los tres Emperadores
—dicen los estrelleros— por lejanos caminos,
en cortejo de músicas y flores
de garzas y palomas, de pájaros y trinos!
¡Ha nacido el Rabí!
Suspiran los salterios y el rabel
y, a coro con los salmos de David,
canta con dulces voces el pueblo de Israel:
¡Ha nacido el Rabí!
¡Ha nacido el Rabí!

II

Canta un pastor:

—Alas blancas, voladoras,
luciente, el Ángel vestía
que el cefiro le movía
como abril de blandas floras.
Alas de angélicas galas
que engalanaban sus hombros
y suscitaban asombros
en escuadrones de alas.

Canta una pastora:

—Alas voladoras,
lucientes, vestía,
que el aire movía
como a blandas floras.
Voladoras alas
que en sus bellos hombros
fueron los asombros
de terrenas galas.

Canta otra pastora:

—Sobre la paja y el heno,
entre la mula y el buey,
nos anticipa este Rey
un verano nazareno.

Dice un zagal:

—Por Ti el campo al cielo sube,
—por Ti el cielo al campo baja...

Dice una zagala:

—Arropándose en la paja,
es un sol entre una nube.

Canta una pastora:

—Jamás vi lo que estoy viendo:
que en diciembre nazca abril
y al carámbano fingiendo
ser clavel, ser albelí.

Canta un pastor:

—¿Quién ha visto trillar, diga,
con los cierzos del enero?
¿Quién ha visto al ventisquero
dar la amapola y la espiga?

Dice otro pastor:

—Traigo diez, veinte limones
con blanca flor de azahar...

Dice una pastora:

—Yo traigo del melonar
treinta maduros melones.

Canta una zagala:

—Cuando el ruiseñor se duerme
en el verde naranjal,
el aroma queda inerme
no se vaya a despertar.

Dice un pastor:

—Traigo diez, veinte limones,
traigo en ramas de hojas verdes
limones del limonar.

Los pastores cantan a coro:

—Los rabadanes suben
con mil donaires,
no a sotillos ni a sierras,
sino a los aires.

El queso, las bellotas,
el caramillo,
las alas escondidas
en el batillo.

El cielo sosteniendo
la luna llena
y el aire sostenido
por la azucena.

ILUSTRACION DE M. SAEZ





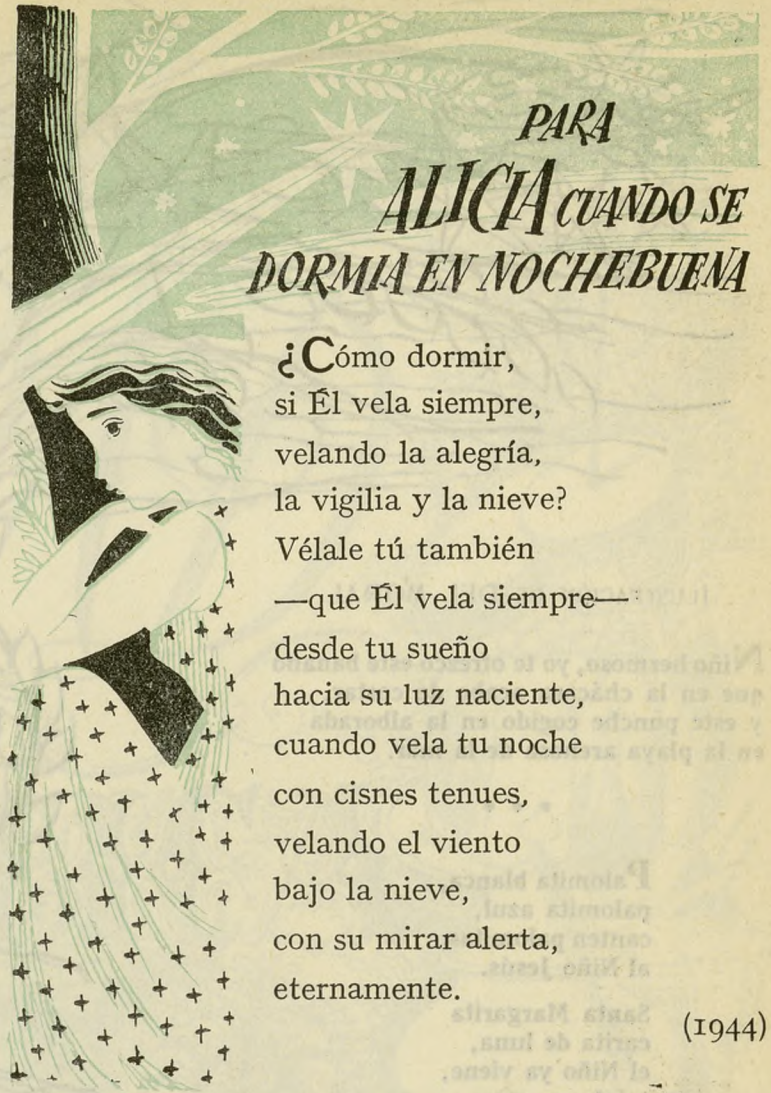
PARA ALICIA

NATIVIDAD

DESDE la aurora del tiempo,
súbitamente fijada,
luz caminante, celeste,
hacia el horizonte en llamas,

desde la aurora del tiempo
surca la nieve sus alas,
sus alas entre las nubes
tejiendo divina infancia.
Desde la aurora del tiempo,
su nacimiento creaba:
pastores, ovejas, bueyes,
estrellas brillando en cuerdas,
y la pobreza invernal
peregrinando descalza,
cuando todas las auroras
hacia su presencia cantan,
y entre su trémula carne,
la noche nevada y cálida
nace en la vida y el tiempo
de la tiniebla hasta el alba.
Su desnudez temblorosa
yergue la azul esperanza,
desde la aurora del tiempo,
su eternidad sin mañana,
su nacer y siempre ser
nativa o mortal morada,
cuando amanece en los ángeles
la paz silente del arpa,
desde la aurora del tiempo
hasta su divina infancia.

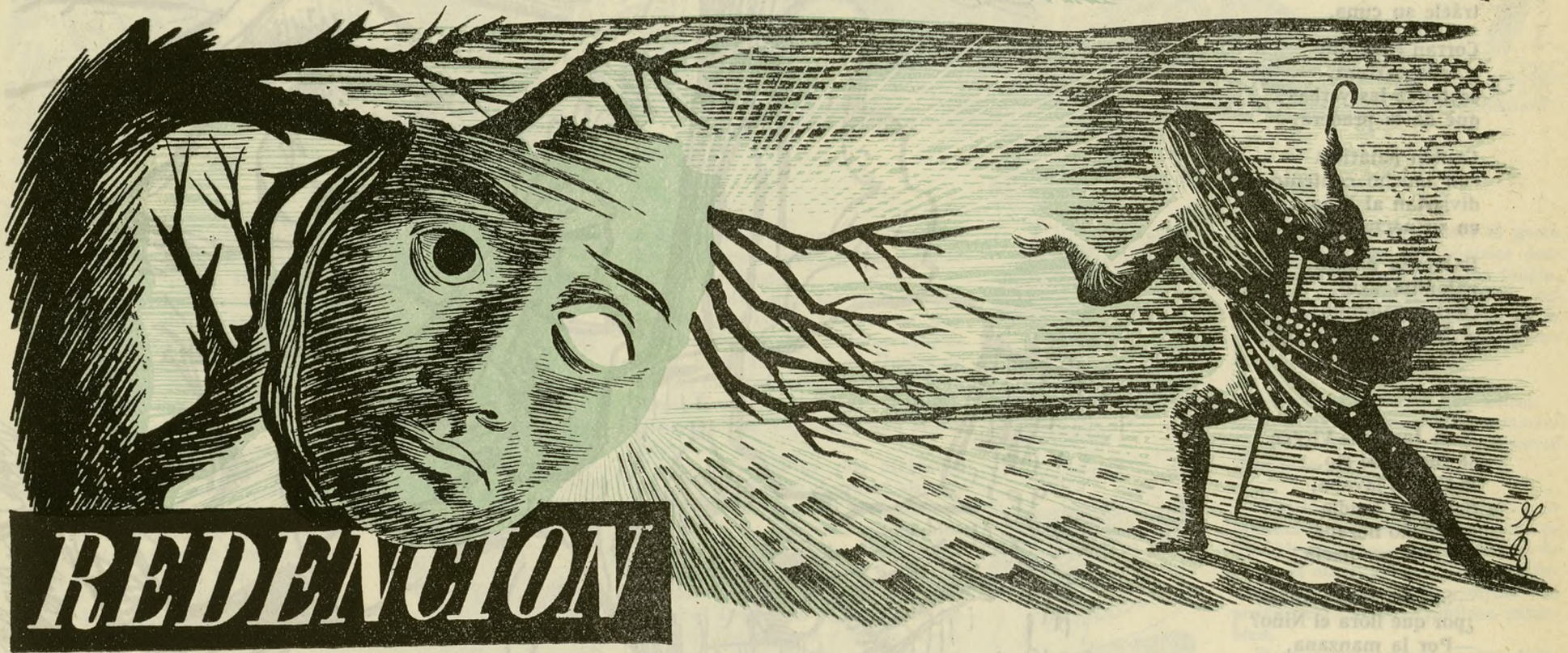
1942)



PARA
**ALICIA CUANDO SE
DORMIA EN NOCHEBUENA**

¿Cómo dormir,
si Él vela siempre,
velando la alegría,
la vigilia y la nieve?
Vélale tú también
—que Él vela siempre—
desde tu sueño
hacia su luz naciente,
cuando vela tu noche
con cisnes tenues,
velando el viento
bajo la nieve,
con su mirar alerta,
eternamente.

(1944)



REIDENCION

DE lejos, sin origen las miradas,
tantos ojos blancamente infantiles,
las túnicas flotantes en el viento que olvida,
gozosos elevan el himno
a su horizontal palabra,
cuando el peso de los siglos se torna ingravido,
y ellos—nosotros—,
los esclavos huyendo de sí mismos,
desgajan raíces de muerte y de tiempo,
cuando un sonido cayendo del milagro
arde en llama única,
la más humilde,
para inventar el cielo sin distancia,
para medir la humana memoria
con el más puro latido de la sangre,
para arrojar a las olas vastísimas
el doloroso crujir de los recuerdos.

De lejos,
flores naciendo en los labios taciturnos
que lejanamente cantaron profecías,

de lejos nace el jardinero que restituye
mustios jardines transfigurados en primavera,
con un divino desdén para el aquí inexorable,
forjando un cántico nuevo
para el milenarío silencio de los mudos,
y deposita en las manos soñadoras
arroyos, nubes, la mañana apacible,
la semilla de joven plenitud,
de lejos, con esa fuerza poblada de mares
que temple su fulgor en la lejanía,
su nacimiento que fluye
cálido hacia las miradas sin origen,
las ciegas miradas anhelantes,
desde lejos,
para cegar la visión cotidiana,
la transitoria y punzante visión
de tantos inútiles días que abrumen.

Y vino hacia la sombra,
radiante en su total infancia,

desde siempre y para siempre,
su madurez sin edad,
naciéndose entre perfumes alados,
renaciendo en cada soledad,
en cada amor, en cada muerto,
para perdonar con sabia ignorancia,
y vino a abolir la lenta noche,
a edificar con su vida la aurora libre,
vino a nacer,
de lejos, naciendo siempre
hacia ellos—nosotros—,
nocturnos peregrinos,
sin prometer más que la dulce lejanía,
más cerca, para siempre,
donde El, ajeno a los espacios,
crece infatigablemente íntimo,
naciendo.

(1945)

GERMAN BLEIBERG
ILUSTRACIONES DE ZARAGÜETA

ILUSTRACIÓN DE DEL MORAL

Niño hermoso, yo te ofrezco este banano
que en la chácara acabo de cortar,
y este punche cogido en la alborada
en la playa arenosa de la mar.

* * *

Palomita blanca,
palomita azul,
canten palomitas
al Niño Jesús.

Santa Margarita
carita de luna,
el Niño ya viene,
tráele su cuna.

Corran caballitos
a toda carrera,
cortando las yerbas
que da la pradera.

Canten pajaritos
con mucho contento,
diviertan al Niño
en su nacimiento.

Palomita blanca,
palomita azul,
canten palomitas
al Niño Jesús.

* * *

San José y la Virgen
se fueron al río,
la Virgen lavaba,
San José tendía
y el Niño lloraba
del frío que hacía.

—Señora Santa Ana,
¿por qué llora el Niño?
—Por la manzana,
que se le ha perdido.

—Vamos a la huerta,
cortaremos dos,
una para el Niño
y otra para vos.

* * *

Dórmite, Niñito,
boquita de cielo,
que hace mucho hielo
por todo el país.

Dórmite, Niñito,
sol de la mañana:
te come la rana
si no te dormís.

Duerme, las aves
ru-rú te cantan;
ellas levantan
su alegre voz.

Ru-rú repiten;
Niño precioso,
duerme con gozo,
Chiquito Dios.

Cantad muy bajo,
no se despierte;
la voz muy fuerte
lo asustará.

Cantad, que duerme,
cantad quedito;
ved qué bonito
durmiendo está.





N el vaho del cristal alguien escribió la fecha: 1851. Y luego tendió el cortinón para gozar del rescoldo de la chimenea. Un poco así, medio vivo y medio muerto, el Marqués de Molins inauguraba su primera de las Nochebuenas a las que habría de convocar, en su torno, a escritores.

Cuatro Nochebuenas con amigos poetas, sonriendo a la vida y enterenciéndose en el reencuentro. En el caserón la tarde se hacía tibia, mientras se preparaba la mesa: la sopa de almendras, la lombarda, el pavo, los turrone... Una paleta de colores extraños, cuajados en la gracia de la Navidad, con sus tonos de un blanco manchado, de unos violáceos y, al final, como surgiendo de un mundo fantástico, entre plumajes teñidos de colores intensos, la anguila de mazapán mirando el ambiente isabelino con su ojo de cristal.

Cuatro Navidades: 1851, 1853, 1855 y 1856.

Todo un Romanticismo ya retrazado, con la carga de sus años movidos, en una atmósfera de barricadas y aventuras; un Romanticismo gozoso de su edad, que iba a expirar con la guerra de Africa en el año 1860. El Romanticismo fernandino y de la regencia de doña María Cristina: el puro Romanticismo de los muebles finos, las tapicerías de colores suaves, los retratos de seres despidiéndose de la vida... Esto, ya 1851, era otra cosa: el aire espeso de sus cortinones, sus telas de apretados dibujos y colores chillones, la profusión de plantas de salón

y los retratos de un Federico Madrazo de matronas de una belleza entera y robusta.

Pero todos eran los mismos que los de las fechas anteriores: don Manuel Bretón de los Herreros, Patricio de la Escosura, el Duque de Rivas, los Madrazo, Martínez de la Rosa, Eugenio de Ochoa, Nocedal, Ventura de la Vega, Antonio María Segovia...

Cada uno con su vida olvidada: la dicha perdida y el drama sin cubrir aún presagios en la memoria. Bretón de los Herreros sin su ojo, perdido por accidente durante su servicio militar; Patricio de la Escosura, con una elegancia ya fatigada; el Duque de Rivas, desengañado de los honores y de las persecuciones (¡oh Malta, meditación para su infortunio! ¡Oh Paris, en donde escribió su "Don Alvaro"!); y en cada uno de sus cincuenta invitados el Marqués de Molins podía haber hallado el transcurrir del tiempo con sus agobios y sus venturas. Doble cara, en suma, de la existencia toda. Moneda al aire...

El libro está editado en 1857 por la Imprenta Nacional, y aparece de vez en cuando, misterioso, en las anaqueladas de las librerías de lance. Se titula "Las cuatro Navidades", y en él el Marqués de Molins recopiló las poesías recitadas en las cuatro festividades. Su editor, el propio marqués, destina lo que proporcione su venta a los establecimientos benéficos.

En su portada, de un sabroso

tono amarillento, ya está el gesto romántico, y en sus páginas desarróllase toda una hermosa teoría. Hay un "soneto invitatorio", del propio marqués, en el que ruega la contestación con consonantes forzados. Comienza así:

*Hermanos queridísimos, salud.
Es la antigua costumbre inmemorial
En las noches de Pascua y Carnaval
Probar la gastronómica virtud.*

Veintiún poetas responden a la invitación, agotando las consonantes. Algunos son vates opulentos de la rima; otros, más en precario, luchan y luchan..., y en conjunto se producen como una jubilosa asamblea.

Después en quince sonetos, también con el pie forzado, se da las gracias a la marquesa de Molins. Las palabras que fuerzan el consonante han de transcribirse enteras y habían de ser estas: "compañía", "poetas", "setas", "armonía", "algarabía", "chuletas", "tarjetas", "Pavía", "Albacete", "ocho", "paquete", "bizcocho", "pebete" y "birlocho"... Cada una de estas palabras da un final jubiloso a la estrofa, dejando comprometido al poeta en su expresión.

Para la segunda Navidad se reserva una broma estupenda: los poetas que han alcanzado notoriedad (máxima notoriedad alguno) en las jerarquías del Estado han de suscribir en son festivo las fórmulas de "censura" y "aprobación" exigidas a las publicaciones en general. El estilo ministerial está suscrito por los nombres que precisamente

compañía
poetas
setas
armonía
algarabía
chuletas
tarjetas

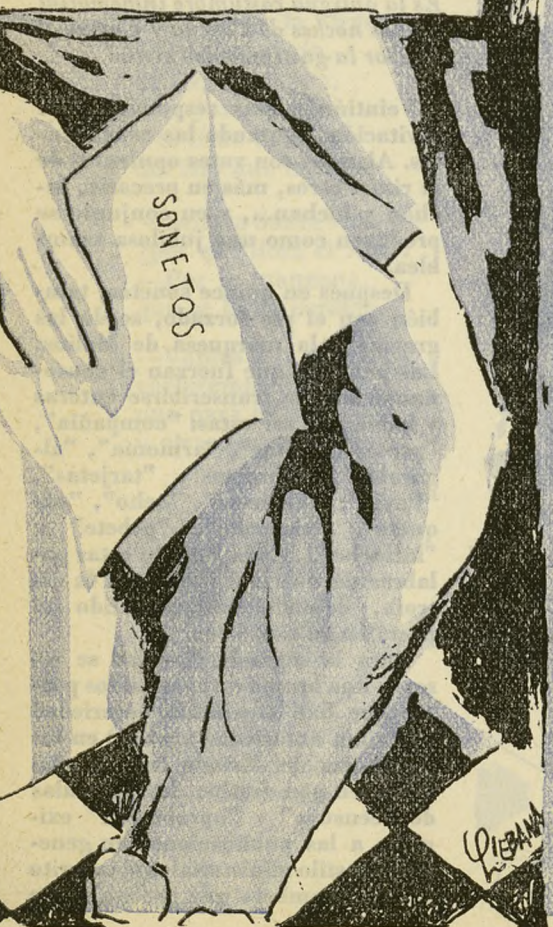
Pavía
Albacete
ocho
paquete
bizcocho
pebete
bizcocho



han aparecido oficialmente detrás de estos certificados, sólo que en esta ocasión el tono en que se redacta no ofrece ninguna gravedad. Los avales ministeriales se dictan con gozosa facilidad, divirtiéndose en sus razonamientos.

Y a ellos siguen los versos en los que los comensales se disparan chanzas y felicidades: esta Nochebuena está bajo el signo de una clave que se descifra por Antonio María Segovia, cónsul nombrado a la sazón para Nueva--Orleáns", según reza el título que acompaña a su firma. Y Federico Madrazo dibuja con perfección los símbolos que han de abrir este lenguaje por medios representativos.

En la tercera Navidad ya conviene dilucidar sobre sus componentes. Bretón de los Herreros habla de amigos dimisionarios que han seguido a Molíns... mientras era ministro. Las cartas recor



TA Siphica

del va TCL mo

y cuencia tinita

en su vor

una jun T

y himnos báquicos

SE TU

y, pu el

quiere (oh! sero)

que

vaya al a ar

mis antes SE

en el espectáculo

XXX Shakspeare Schiller Goethe, Cervantes Calderon



dando la Navidad van dirigidas al marqués cuando éste se encuentra en París y todos incluyen su propio nombre, componiendo en la gracia armoniosa de la estrofa. En 1856 Molíns hace su última invitación poética: la Navidad así compartida tiene de melancolía, de un romanticismo trasnochado. El marqués ofrece su comida en una nueva casa: hay también amigos nuevos.

Viejas sonrisas junto a presentaciones..., versos.

Alguien ha vuelto al balcón y con su dedo fino ha dibujado en el cristal empañado una cifra. El romántico marqués de Molíns ha dejado después caer el cortinón y se ha ido junto a la chimenea de mármol. Una copa de vino en sus manos: alguien comienza a leer su poesía.

MARIANO RODRIGUEZ DE RIVAS





VILLANCICO

Especialmente escrito y
compuesto para "Mundo Hispánico"

Letra:

Gerardo Diego

De la Real Academia Española de la Lengua

Música:

Jesús C. Leoz

Premio Nacional español de Obras Líricas, 1949

¿Quién ha entrado en el portal,
en el portal de Belén?
¿Quién ha entrado por la puerta,
quién ha entrado, quién?

La noche, el frío, la escarcha
y la espada de una estrella.
Un varón—vara florida—
y una doncella.

¿Quién ha entrado en el portal
por el techo abierto y roto?
¿Quién ha entrado que así suena
celeste alboroto?

Una escala de oro y música,
sostenidos y bemoles
y ángeles con panderetas
doremifasoles.

¿Quién ha entrado en el portal,
en el portal de Belén,
no por la puerta y el techo,
ni el aire del aire, quién?

Flor sobre intacto capullo,
rocto sobre la flor.
Nadie sabe cómo vino
mi Niño, mi Amor.

Mod^{to} assai

Voz
P 6 Quien ha entrado en el por tal en el por-tal de Be- len? 6 Quien ha entrado por la puerta quien ha en-tra-do

Piano
P

quien? La no- che el fri-o la es- car- cha y la es- pa- da de- naes- tre- lla Un va- ron- va- ra flo-

Andantino
Andantino
pp

ri- da yu- na don- ce- lla 6 Quien ha entrado en el por tal por el te-cho abierto y ro- to quien ha entrado que a- i-

Mod^{to} assai
cresc.

Piano
P cresc.

sue- na ce- les- teal bo- ro- to? U- na es- ca- pa de o- roy mi- si- ca, sos- te- ni- dos y be-

dum
Andantino

mo- les yan- ge- pes con pan- de- re- tas do- re- mi- fa sol- es 6 Quien ha entrado en el por- tal

Mod^{to} assai

en el por- tal de Be- len no por la puer- ta ni el te-cho ni el ai- re del ai- re quien? 6 Glor- so- bre in- tacto ca-

Andantino

pu- lla ro- ci- o so- bre la flor Na- die sa- be co- mo vi- no i mi Ni- ño, mi a- mor!

f

Francisco Llorens
Worcester 1889

FIGURAS DEL RETABLO DE LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR



*José Camón Aznar con Serny
Ignacio B. Anzoátegui con Saiz
Gerardo Diego con Narro
Eugenio d'Ors con Labra
Eugenio Montes con Viladomat
Isabel Pons*

*José Antonio Pérez Correalanca con Gauder
Pedro Mourlane Michelena con Freire
José María Pemán con Gabriel
Juan Ramón Massoliver con Caballero
y Fray Justo Pérez de Urbel con Pico
Portada de G. Liebana y colofón de A. Valverde*

el niño

POR JOSE CAMON AZNAR

Es el divino infante de carne o de luz? ¿Es criatura o símbolo? ¿Se refugia en su cuerpo el desamparo o el todopoder? He aquí que la clave del Universo es desde ahora un Niño cuya aureola es un aliento de buey y cuyo ámbito es la noche. Todas las estrellas erizan sus luces, los ganados son acosados por ángeles y la Redención con su clámide de sangre va escoltada por los tiempos. Pero nada de ello evita que este niño, corito y rosado, sea pinchado por las pajas del pesebre y que un arco roto sea su dosel. Y es así, transido por las noches y por la pobreza, en la linde de los espacios despoblados y de las ciudades, en el punto en que confluyen los cantos de los hombres y las armonías estelares, donde el Redentor se sítida para que el destino de Dios pueda cumplirse. Todo es aquí liminar y condensador, resumiendo en ese coágulo de sangre todo el caudal humano y divino de la creación. Dios, encarnado en una materia sin usar aún por el dolor, cifra de un cuerpo intacto, dudoso entre carne y estrella. Van los pastores a adorarle y luego sus ojos pueden quedar perplejos entre el recuerdo de un niño o de un ascua. El buey le adora y la mula se espanta. Y entre sus presentimientos, la Madre se siente inundada como de leche tibia de piedad para su piel friolenta y San José tiene que taparse los ojos como si estuviera al borde de la zarza donde arde Dios. Un tetrarca ordena su degollación y tres reyes cruzan la Mesopotamia con regalos. Y entre los ángeles que flotan con filacterias, gozosos, en un vuelo que ondula con ritmo de música, hay uno en un ángulo del cielo que sostiene un cáliz. Alternan la noche y los fuegos. Y es en este cruce de toda la dicha y de todo el sufrimiento donde se recuesta ese cuerpecillo que acaba de brotar.

*«Caído se le ha un clavel
hoy a la Aurora del seno»*

Y esta flor sobre el heno que ahora es glorioso «porque ha caído sobre él», es en otros poetas pan que todas las bocas de los hombres han de degustar para morder así la raíz de la eternidad.

En villancicos y coplas, los pastores corren a festejar el nacimiento del hombre y de Dios. Toda la Humanidad celebra ese renacer que ahora lo es a la gracia y al dolor. Porque el primer estigma de esta niñez mortal es aparecer como víctima, con la piel indefensa, hasta de los elementos.

*«¡Ay, Niño mío!
¿cómo siendo sol bello
tembláis de frío?»*

Esta disciplina de dolor ha de ser ya la ruta de Jesucristo desde su carne infantil. Este es el milagro que ha de constituir la esencia del cristianismo. Acuden los hombres a adorar a Dios... y a compadecerle. Los mismos elementos se juntan a su alrededor para verter sobre él sus clemencias. «Palmas de Belén» en Lope de Vega son las

*«que mueven airados
los furiosos vientos
.....
no le hagáis ruido,
corred más paso
que se duerme mi niño,
tened los ramos»*

Y esos «riguroso yelos» que le cercan tienen que ser entibados por vahos de establos. Aquí, sobre el regazo de la noche, a la que los resplandores de los luceros no calientan, aparece este Niño con una simbología de crucificado. Aquí puede decirse que empieza su Pasión. Ya toda su vida es sólo un desgarramiento que ha de terminar en la Cruz. Podemos decir que las asechanzas de muerte forman su aureola y que, desde su primer vagido, el adoctrinamiento y la ejemplaridad de este infante radican en que tiene como médula de su vida a la misma muerte. Este Dios «que ha nacido apenas» une la amargura de su fin al desamparo de su primera noche.

*«Déjenle dormir
que quien duerme, en el sueño
se ensaya a morir»*

¿Ha seguido el arte esta ruta compleja de la poesía? Forzoso es decir que fuera de algunos artistas de excepción, en general, pintores y escultores han banalizado la representación de Dios niño. Han visto el nacimiento como una representación ritual, pero realizada con formas naturalistas. Y si en los demás protagonistas del pesebre su significación histórica motiva una sublimación de su realidad humana, en el Niño esta concreción naturalista se mantiene inalterable. En la primera representación que conocemos del Niño en las catacumbas se le concibe más bien como símbolo, en el centro del regazo materno, como en una custodia, cercano a Isafas y con la estrella guadora en el cielo. En el siglo IV el nacimiento se consolida ya en la forma en que ha llegado hasta nosotros. Un sarcófago con este tema efigia la escena del pesebre con el pintores-

quismo naturalista que ya no ha de tener alteración hasta nuestros días. ¿Cuál puede ser el fundamento estético de esta abigarrada escenografía, tan rica de planos y de elementos populares? Desde luego no puede proceder de un foco digamos oficial, pues el arte aulico, lo mismo en los círculos latinos que en los bizantinos, efigia a los personajes evangélicos con dignidad y atuendo cortesanos. Tampoco creemos que pueda proceder de antecedentes siríacos, pues los tipos temáticos creados en Antioquía son mucho más esquemáticos, con un preponderante valor simbólico. Más bien parece proceder del arte alejandrino, con su gusto por los accesorios rurales y por las escenas de complejas perspectivas y de personajes de acento campesino.

En la Edad Media hay tres momentos distintos en esta iconografía. En la época románica el Niño es concebido con pergeño alegórico, colocado en el último plano de la escena, sobre un pesebre y bajo las cabezas de los dos animales. Esta escenografía del siglo XII es muy esquemática y lo mismo en los capiteles, en la orfebrería—el Arca Santa de Oviedo—, que en las pinturas de tablas y muros—en San Isidoro, de León—, a la Virgen se la representa acostada en un lecho,

al lado de San José meditativo. Y el Niño aparece hasta la mitad del siglo XV, envuelto en un pañal que en cierto modo espectraliza su humanidad y le da una significación casi alegórica. Es ya en el arte cuatrocentista donde el cuerpecillo de criatura se efigia en directo realismo, con una desnudez floreciente y estricta, con un servil naturalismo. Esta delectación en la recencia de un cuerpo de infante continúa en el Renacimiento, si bien magnificando la escena con aparato de arquitecturas y paisajes que le dan empaque de gran espectáculo.

Digamos finalmente que la interpretación más clarividente y trascendental del Niño Dios se ha dado en España con el Greco y con Montañés. Estos artistas han sublimado la visión realista de un desnudo infantil y han extendido su significación por anchuras metafísicas. El Greco ha visto al Niño como luz. En la adoración de los pastores de Santo Domingo el Antiguo, una dislocada inspiración preside este chisporroteo de luces que irradian trémulas sobre todos los personajes, dramatizando las sombras. El Niño es sólo una alusión a una forma infantil incandescente,

con fulgores deshilados en brillos espectrales. Este tema, que, a través del Correggio y de Bassano, repite el Greco en varios ejemplares, tiene su expresión más concentrada en el nacimiento de Illescas. Aquí todo se exalta en formas laminadas. El Niño expande un albo fuego que trasmuta en angélicos a todos los seres cercanos. Todo es aquí resplandor, brillos inestables, reverberos de llamas frías. La otra interpretación es la de Montañés, que efigia al Niño en la más concentrada meditación. Su cabeza aparece sombría de pensamientos, abrumada de ceños y de futuros. Es una cabecita de adultos pensamientos, con la seriedad de la consciencia de prédicas y martirios. Se le siente poseído de su misión, con un mechón sobre la frente, como una nube trágica, que aún recarga más la expresión tan reflexiva. Todas las gracias de la plástica de este gran escultor están en sus niños al servicio de esa fatalidad redentora que entenebrece sus frescos rasgos infantiles.



CREADA antes que concebida en tu madre, milagrosamente niña y madre al mismo tiempo en el milagro de las niñas y en el milagro del tiempo sin tiempo, desde la eternidad dibujaste con las palabras de tu propia boca aquel retrato tuyo que el Sabio Rey—taquígrafo divino—conservara en su *Libro de la Sabiduría*: «El Señor me poseyó en el principio de sus obras desde el comienzo, antes que crease cosa alguna. Desde la eternidad fui predestinada, y desde antiguo, antes que la Tierra fuese hecha. Aun no existían los abismos, y ya estaba yo concebida en el plan divino; aun no habían brotado las fuentes de las aguas; aun no estaban asentados los montes sobre su pesada mole; aun no había collados, cuando yo había ya nacido: aun no había hecho El la tierra, ni los ríos, ni los polos de la redonda Tierra. Cuando El preparaba los cielos, estaba yo presente; cuando con ley cierta ponía dique a los abismos con ley y términos fijos; cuando afirmaba en lo alto la región etérea y domaba las fuentes de las aguas; cuando circunscribía al mar en su término y ponía ley a las aguas para no traspasar sus límites; cuando asentaba los cimientos de la Tierra, con El estaba yo concertándolo todo, y me deleitaba cada día jugando en su presencia en todo tiempo, jugando en el globo de la Tierra, y mis delicias eran estar con los hijos de los hombres. Ahora, pues, hijos, oídme: dichoso el hombre que me oye y vela a mis puertas y está de acecho en los postigos de mi puerta».

Jugando, iluminaste, niña, el mundo que Dios cercaría para nosotros; jugando, preparaste, madre, para la primera pareja su paraíso en miniatura y les pusiste casa de recién casados y les bordaste cobertores de flores con una *A* y una *E*. Jugando, condujiste a su cubil a los animales y les enseñaste a caminar ordenadamente por sus senderos y los amañaste para que sirvieran al hombre y para que jugaran con sus hijos. Jugando, asististe al nacimiento de Adán y lo compadeciste en su soledad y velaste su sueño y

te adelantaste a recibir a Eva saludándola quizá con el *Ave* de la salutación angélica.

Jugabas, y, niña y ya Dolorosa, lloraste sobre el primer pecado de tus hijos que te costaría tu Hijo. Y en el cristal de tus lágrimas la luz de nuestra esperanza — la luz de tu propia esperanza — te cantaba ya corredentora.

Camina que te camina, con el ángel de la espada de fuego acompañaste a tus hijos hasta las puertas del primer destierro, y tu talón rosado era el calcañar que aplastaría la cabeza de la serpiente.

Jugando, suscitaste sobre la Tierra la muchedumbre de las hadas, y las pusiste una estrella en cada frente y una varita mágica—una batuta de gracia—en cada diestra. Jugando, poblaste el mundo de caballeros que combatían contra los verdes dragones del desquite diabólico, y tendiste las noches sobre las florestas y las tachonaste de estrellas y encendiste lunas para los claros de luna; y entre lobos y Caperucitas Rojas y campanadas de las doce y Cenicientas triunfantes, fuiste el hada madrina de toda poesía, el regocijo de toda esperanza.

Por ti empezamos a esperar a Quien no conocíamos. Por ti, que, confesándote esclava, exclamaste: «Desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones». Por ti, que, paso a paso, riesgo a riesgo, como la estrella conducía a los Magos de Oriente, guiaste nuestros rumbos hacia el Mare Nostrum para que aguardáramos desde sus balcones el cumplimiento de la Promesa todavía ignorada. Musas y ángeles sobrevolaban nuestros sueños, y tú, Reina de los ángeles y de las musas, eras ya entre nosotros una desconocida presencia. No te llamábamos bienaventurada porque nadie nos había enseñado a llamarla María, pero nuestros labios ya deletreaban en el aire tu nombre: como a caza

POR IGNACIO B.

ANZOATEGUI

de tu nombre andaban ya en el aire... No éramos aún los elegidos. Carecíamos de la cotidiana preferencia personal del Altísimo; pero tus musas y tus ángeles soplaban sobre nosotros proponiéndonos enigmas y ejercitándonos en el santo ejercicio de la poesía reveladora; musas y ángeles que para nosotros inventaron el mito de Danae fecundada por una lluvia de oro, preparándonos para el primero y más poético de los misterios cristianos: el del nacimiento del Salvador, hijo de una Virgen fecundada por el Espíritu Santo en el dorado prodigio de la Anunciación.

Hacia ti salía disparado ya Gabriel de la mente divina, y, frenando su vuelo ante tu presencia, te decía: «Ave gratia plena, Dominus tecum; benedicta tu in mulieribus»; y, turbándote, escuchabas sobre un fondo de violines y de acacias: «Ne timeas, María», y una tras otra las palabras del misterio se desgranaban sobre tu pureza. «Ecce ancilla Domini—baluceaste apenas, como saliendo de un sueño, como entrando a un sueño—; fiat mihi secundum verbum tuum».

Niña y ya Dolorosa, desde la concepción viviste la Pasión del Hijo que en tus entrañas callaba su secreto de Crucificado. Tus pies se dirigían a quebrantar la cabeza de la serpiente, pero ¡cómo sonaban tus talones a camino del Calvario! José claveteaba las tablas de la cuna de Emmanuel, pero ¡cómo sonaban sus martillazos a golpes de verdugo!

Reina de las musas y de los ángeles, fuiste la más humilde Madre del más humilde Hijo. Tú, que cuando Dios asentaba los cimientos de la Tierra con El estabas concertándolo todo; tú, que te deleitabas cada día jugando en su presencia en todo tiempo, jugando en el globo de la Tierra; tú, la poesía hecha niña y madre y hecha novia y reina; tú—que estabas exenta de pecado y de castigo—aun antes de la Pasión cargaste con el peso de nuestro castigo,

como para aliviar la carga de Nuestro Redentor. Niña, ofreciste tu corazón a los siete puñales de los Siete Dolores; madre, entregaste tu Hijo a la ignominia de la Crucifixión; novia, enviudó tu amor callando; reina, tu reino fué la desamparada angustia de nuestra deslealtad.

¡Qué sola estás, María! ¡Qué sola, Madre de Dios, en tu noche triunfal; en la noche de los coros que cantan la gloria de Dios! ¡Qué sola bajo la música de las estrellas que proclaman la plenitud de los tiempos! ¡Cómo te duele nuestro júbilo, el júbilo de nuestras voces que clamarán mañana: «¡A Barrabás! ¡A Barrabás!»! ¡Qué sola estás entre los villancicos de los pastores, de los pastores que despertaron en el azorado silencio del ruseñor! ¡Qué sola estás, María, entre nosotros! ¡Qué sola en nuestra noche y en tu noche!

En una noche como ésta, rumorosa de estrellas, velando a tus puertas, de acecho en los postigos de tu puerta, escribí para tu soledad este soneto con tu flor:

Su embajada de amor dice la rosa
Para anunciar el nombre de María,
Y por el aire de la profecía
Cruza el juguete de la mariposa.

Es la luz de la boca que se posa
Sobre la rosa de la letanía,
Y es la alegría del Avemaría
De la mañana misericordiosa.

Es la alegría de llorar con Ella
Su llanto claro en la temida suerte
Frente al milagro de la misma estrella,

Y es la esperanza de perder la vida
Para entrar por el bosque de la muerte
Con su rosa en la mano renacida.



J O S E

ENTRE las figuras del nacimiento, tiene la del Patriarca José una significación, un valor fundamental. San José representa la varonilidad, es el bordón que sostiene y armoniza toda la maravillosa estructura del portal de Belén. Su modestia querría ocultarse a los ojos de los pastores, de los ángeles o de los Magos. El se mantiene discretamente en segundo término, presto a acudir al primer llamamiento de la Madre o a la primera sonrisa del Niño para él florecida. Pero mientras tanto, José, apoyado en su báculo o con la vara florida en la mano, apenas se atreve a situarse al otro lado del pesebre, como para no descomponer la armonía del grupo. Y, sin embargo, el nacimiento le necesita. Grande o chico, rubio o moreno, recia o tenuemente barbado, anciano o juvenilmente maduro, ahí está el Patriarca, el que da el nombre, el linaje, la casta, la honra a la Esposa y a la Criatura, el eje civil de la Sagrada Familia.

Los niños han acudido con sus padres en los días últimos del Adviento en busca de las figurillas de barro, porque hay que renovar el belén, porque la inocencia del más pequeño rompió tal Rey Mago o descabuló cuál bestia del establo. El nacimiento de año en año se complica, se enriquece con nuevas adquisiciones, sustituciones, anacronismos, fantasías en las que gozan tanto como los críos los mayores. Y ha llegado el momento de pensar en San José. Porque el Divino Niño es bastante robusto; mide, echadito en su cuna, la talla de un pastor, y María también le contempla crecida en proporción; pero San José, el humilde, es un resto de la primera versión diminuta, cuyas figuras se han ido quebrando y hay que auparle y ampliarle hasta el equilibrio de columpio de la cuna y de dignidad paterna. Y de la paja y viruta del josefino oficio

se desembala la primorosa y napolitana estatuilla, tan graciosa de policromía parda y verde, sonriente y bondadosa. El otro San José, el viejo y desmeдрado, quedará para otra escena del retablo simultáneo que es el nacimiento y podrá completar algún rincón en que se represente, por ejemplo, la búsqueda del Niño hasta el templo o la carpintería de Nazareth. Y todavía habrá que repetir a San José en la maravillosa escena paisajística de la huida a Egipto, con la palmera, el arroyo y el asnillo.

Y está muy bien así el nacimiento, tal como ha venido a quedar en la tradición viva española que reina desde el siglo XVIII, el gran siglo de la exaltación en la devoción al Santo Patriarca. Se ha llegado ya a una plasticidad convencional muy superior a la imaginería en gran formato de los santos de talla repintada para altares, que no ha sabido encontrar ese punto entre lo popular y lo barroco, entre lo gracioso y lo tierno, facilitado en la figura del belén por lo exiguo de las dimensiones.

Hasta llegar a esa rusticidad levantina y mediterránea, cuánto camino recorrido en la plástica popular y en la iconografía de tablas, óleos, retablos en relieve y grupos escultóricos de la última Edad Media, el Renacimiento y el manierismo. La figura de San José, su papel en la «Representación del Nacimiento de Nuestro Señor» no ha cesado de crecer siglo tras siglo, siempre apoyado en las sobrias, pero justas palabras del Evangelio, llenas de solemne dignidad y de misterio biográfico. Hay un síntoma muy expresivo para medir ese favor y esa devoción de nuestro pueblo, siempre en aumento. El nombre de José es rarísimo en los primeros siglos de nuestra onomástica

y sólo empieza a menudear en el siglo XVI y sobre todo en el siglo XVII. Al llegar el XVIII, José, ya en esa su forma castellanizada, ya manteniendo la efe final, Josef, o italianizado en el Pepe, abreviación del Giuseppe o del Josep catalán, invade, inunda, colma los registros parroquiales y el censo de los hombres ilustres de España. Y hasta nuestros días no cesa de crecer todavía más propagándose ya solo o ya en las diversas formas de composición con otros nombres, empezando por el más grato y dulce de todos, el de su María.

Precisamente va a ser un José, un Josef, quien nos va a dar la más delicada y espléndida muestra de la devoción josefina: el maestro Josef de Valdivielso, el amigo y discípulo toledano de Lope, el autor de ese portentoso, florido e inagotable nacimiento en poesía que es su poema «Vida, Excelencias y Muerte del gloriosísimo Patriarca y Esposo de Nuestra Señora, San Joseph». En los veinticuatro cantos del frondoso belén de Valdivielso no falta una sola figura de nacimiento y si se piensa qué incierta andaba todavía a la sazón la arquitectura, el canon vacilante del nacimiento, tal como nosotros lo conocemos, nos pasma la autenticidad de la inspiración popularmente española del profeta y poeta Valdivielso. Allí encontramos a José en las más variadas actitudes y escenas, desde su nacimiento

hasta su muerte. El portal de Belén se anima como en cinematógrafo con relieve de colores:

Coge el santo las húmedas serojas guardadas a los pies de la muralla, coge de palma y cedro algunas hojas que a un rincón de la cueva juntas halla; la cera aplica de las luces rojas, las serojas resisten la batalla, la llama vence y al contrario arruga; llega la Virgen y la ropa enjuga.

O quizá José trabaja en su carpintería y de aprendices acuden los ángeles, antes de que el propio Niño, ya talludito, juegue a ayudarle en menesteres de cepillo y sierra:

Cuál el madero para aserrar tiene, cuál le sirve el escoplo o el cepillo, cuál del cuartón cargado humilde viene, cuál le da el cartabón, cuál el martillo, cuál en coger astillas se entretiene llenando humildemente el esportillo, cuál cepilla, cuál asierra o clava y cuál la dicha de Joseph alaba.

Así andan los ángeles en el nacimiento en verso de Valdivielso y así el Patriarca sufre y se asombra en la Circuncisión o huye a Egipto, o antes, bajo la luz gloriosa y nevada de la Noche de Gozo, adora al Niño y le toma en sus amorosos brazos o le deja recostado sobre las pajas de oro y miel. Hasta que el animado nacimiento vuelve a reposar y a quedarse inmóvil sobre el musgo y el cristal, y San José se queda sonriendo en su barro pintado de primer Adán cristiano, humilde y necesario al borde de la cuna.

ILUSTRACION DE NARRO





El Angel



I
POR qué el Angel de la Anunciación es visto de pie o postrado, mientras que el Angel de la Natividad «va al vuelo», para valerlos de una expresión de San Juan de la Cruz? Acordémonos de la iconografía de los artistas y hasta de los más humildes autores de belenes.

Explicarlo por la existencia de una gratuita costumbre, que la tradición hubiese afirmado y vuelto automática, no trae luz al fondo esencial del asunto. Empezando por que nunca estas disposiciones constantes son gratuitas. Y menos, en el capítulo de las formas. Tiene su razón el que los hombres nos saludemos dándonos la mano y el que signifiquemos afirmación moviendo de alto abajo la cabeza y negación moviéndola horizontalmente.

Tampoco una motivación en finalidad parece decisiva. No es que, en un caso, se trate de expresar una situación de respeto y, en otro caso, una simple situación de aviso en la materializada angelofanía. Para arrodillarse, ha sido preciso estar antes de pie. Para esto, llegar antes, entrar.

¿Por qué la representación ha escogido el momento último, no los acontecimientos—tengan una intencional finalidad, ni tampoco el que obedezcan a una causa, cuando afirmamos que, si son universales y permanentes, tienen siempre un sentido.

El sentido que rige la diferencia aquí advertida está en el carácter de la misión encomendada al mensajero. En un caso, se trata de confiarle a una doncella pobre de sangre real que ha sido escogida para recibir al Espíritu Santo. Otro día, hay que informar a unos hombres, a unos hombres humildes— humildes ahora, porque los Magos han recibido igual noticia en diversa forma, cuando la angelicidad ha tomado apariencia de lucero— que su cuerpo ha podido dar cuerpo a Dios.

Y el Angel dice: «Ave María, llena de gracia, el Señor es contigo». Y es una misión de confianza. Y el Angel dice: «Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres en la tierra». Y es una misión de propaganda.

Para lo primero conviene el acercarse. Para lo segundo, el dominar.

II

Hay quien piensa: el dominio de la Religión es el fuero interno. Aquí, las apariencias no valen. Aquí es, cualquier materialización, vana cáscara. La publicidad, vanidad de vanidades. Y, por consiguiente, cualquier propaganda, impía. No ha estado lejos el subjetivismo a lo moderno de llegar a esta posición. El filósofo Berkeley descubrió este fantasma que se llama «vida interior». La Reforma había ya dado, en este camino, un fatal avance.

Pero otros sabemos que no se liga tan sólo, en la Religión, nuestra alma, sino nuestro cuerpo. Nuestros sentidos, nuestros movimientos, nuestras palabras, nuestras obras, nuestro grupo familiar y corporativo. No me basta ser cristiano: es necesario que mi casa lo sea. Ni siquiera el ser cristiano: debo llegar a lo ecotético, es decir, social, y, en lo social, universal.

No sólo regido por un sentimiento, sino miembro de una Iglesia. Miembro, cuerpo en un cuerpo. Si no fuera cristiano corporal y social, no sería. Decía Tertuliano: *Nihil est incorporeum nisi quod non est*. No creemos en la espiritualidad aséptica. Ni tampoco, en espiritualidad solitaria y taciturna. Sociales somos, e interlocutores. Susceptibles de recibir, no ya únicamente una inspiración, sino una propaganda. Por esto, podemos acoger el mensaje

que, poco más alto que los árboles— como en los belenes ingenuos— habla a los hombres. Esto, los humildes. En los más sabios, en quienes pueden llamarse Reyes o Magos ya, si no habla una criatura alada, habla una criatura resplandeciente, desde más alto aún. Habla una estrella. En cualquier caso, una voz privada, una confidencia.

Religio est libertas. Mi fe es mi libertad. Pero también **Religio est vinculus.** Puesto que también soy cuerpo, mi fe es la corporativa. A mi vera, un ángel, el Angel Custodio. Sobre los cipreses, un ángel, el Angel de Roma. Es él quien me anuncia la gloria de Dios y la paz con mis hermanos. Si de él no viniesen, no podrían ser verdad ni una cosa ni otra.

EUGENIO D'ORS
 (De la Real Academia Española de la Lengua)

III

Y el contenido en el mensaje que se me ofrece, ¿no me aleccionará en remache de lo que ya me dice la angélica actitud? En la Natividad viene al mundo Jesús. Pero ocurre también que este mundo vaya a ser nuevo. No va a ser ya confuso, como aquel que daba fondo a las historias del Antiguo Testamento. Los ángeles no andarán, a partir de ahí, sobre baldosas, por mucho que las ennoblezca un búcaro con un lirio, ni si pugnan con nosotros— y la pugna, esto sí, va a ser siempre, de una u otra manera, necesaria— nos dislocarán la cadera, como se la dislocaron a Jacob. Tampoco, en desquite, resultará para ellos posible la tentación— para ellos ni, por su vía, para los hombres— de erigirse en divindades, en causas primeras: la pretensión vitanda, la originalidad. Los demonios no podrán ya ser genios; los genios no podrán ya ser adorados, sino adorantes. La soberanía, a partir de este momento, está ya ligada a la jerarquía. Y la jerarquía, al servicio.

Entre cielo y tierra, queda el mensaje angélico tendido como un arco iris, como una alianza. El reino de Dios queda fundado «sobre las ruinas, dice Mateo, del reino de los demonios». Es un cosmos en que ha entrado el libre albedrío, en que el hombre quedará emancipado, según luego San Pablo dirá, «del temor y de la servidumbre ante el espíritu de los elementos», ante las fuerzas oscuras. Ahora, a Pan ya no le queda otra posibilidad que morir. Los ángeles encuentran su definitiva posición, abierta, por un lado, a la fuerza divina, que los santifica por la adoración; dando, por el otro, acceso a los hombres, que, por la santificación, pueden hacerse también intercesores.

Santa era ya la misión de confianza, en aquéllos, cual la ejercitaron con Agar, con Jacob— que se apartó de su pueblo para entrar en cuerpo a cuerpo con su antagonista, Jesús, en el Huerto de los Olivos, recibirá también a solas, entre los discípulos dormidos, al Angel del Cáliz— con María, la Electa. Ahora será santa, además, su función propagandista, la que tuvo el Angel de la Natividad al aparecerse a los pastores.

La doble santidad del arquetipo angélico impone así normas de ejemplaridad, cuando las ejercitan los hombres, tanto a cualquier actividad de confianza como a cualquier actividad de propaganda... El cinismo— vamos ahora a hablar mundanamente— es la profanación de la confianza. El reclamo es la profanación de la propaganda. Debemos repugnar igualmente a la frivolidad boba de la primera, que llamamos «chisme», y a la frivolidad boba de la segunda, tan frecuente en la feria de vanidades. Ni es el Angel de la Anunciación, por cercano que se coloque, el patrón del codadreo, ni es el Angel de la Anunciata, el patrón de la gacatilla.

No desnudemos nuestra alma ante nadie, sino cuando haya recibido una carga del Espíritu. Ni congreguemos con nuestra voz a los públicos, sino para algo que no esté demasiado lejos de la Buena Nueva. Tenga cualquier correo un resplandor, siquiera, de Ave María. Sirva cualquier pregón, por lo menos en la medida de unas pobres fuerzas, para glorificar a Dios en las alturas y para apaciguar, sobre la tierra, a los hombres de buera voluntad.

La estrella

Por EUGENIO MONTES
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA)

Si acaso este planeta triste tuvo una hora feliz, fué en tiempo de Octavio. Pues Julio César podía darle más gloria que ventura. Presagiaba demasiado su próximo y fúnebre destino para irradiar dicha. *Temo a los hombres pálidos*, dijera señalando a Bruto, intelectual insomne. ¿Se miró entonces al espejo? Sin duda, palidísimo. Pero con Augusto, el Ecúmeno tuvo paz. Quizás por menos genial, su pulso era regular y sereno. Bajo su bien templada mano, las gentes contrapuestas se enlazaban armoniosamente. *Tu regere populos...* Maduran las golosas viñas de Horacio; suena Virgilio el pífono bajo el frescor del haya; crecen la mies y el laurel; la siempre tempestuosa Germania se queda dormida. Por primera vez en su historia, Roma puede cerrar las puertas del templo de Jano. Era natural saber a cuántos alcanzaba la dicha del Imperio, contar las poblaciones. Más aún: era sobrenatural; pero eso no podía Augusto ni sospecharlo ni entenderlo. Aunque muy culto, ignoraba los libros sacros de Israel. Israel: un desierto lejano y marginal, pululante de incómodos profetas y de gentes nerviosas, cuyo gobierno concediera el Senado al idumeo Herodes a ver si, por fin, conseguía aquietarlos.

Manda el Emperador hacer el censo. Por el edicto, cada familia debe presentarse y declararse en el lugar de su estirpe. Sólo así cabía establecer el cómputo con cierta exactitud, sobre todo entre tribus errabundas e inestables.

Cumpliendo el decreto augusteo, un carpintero de Nazareth, acompañado de su mujer, emprende el viaje a Belén, pues, descendiente de David, ahí debía presentar su declaración. Algo más grande que el edicto imperial, pero por su recodo, iba a cumplirse: las profecías judías que Octavio desconocía. «¡Y tú, Belén de Efrata, tan pequeña entre millares de pueblos de Judea! De ti saldrá el que será Señor de Israel, aquel cuyo advenimiento desde lo eterno es esperado». (Miqueías, V, 1).

* El Espíritu sopla donde quiere, pero quiere soplar en paisajes ásperos y pobres. Desdeña las tierras ricas y fecundas de esponjoso mantillo que la llovizna entenece; esquiva las florestas donde la vida late, puja, y en su propio exceso regalón se ahoga. Prefiere herirse en soledades berroqueñas, tender sus alas en anchos espacios desolados, ir por horizontes de dunas levantando polvo. No; no tiene condiciones, pero tiene predilecciones. Elige las partes humildes y reseca. ¿Es acaso el Espíritu, en este mundo, sed? No sé, pero sus manos excluyen árboles de lluvia. Sólo admiten el temblor encogido, la timidez verde y plata del olivar, débil de ramas y de escasa sombra; el raro ciprés, que anhelos agudiza; o la palmera femenina, que no lucha. ¡Miradlo por dónde viene! O no; cerrad los ojos a su arena, sentid su sacudida, quedaos temblando, temiendo, y después ved: una familia viene al sufrido paso de un asno. ¿Estáis sofocados? Allá lejos hay un pozo y una mujer con un cántaro como un niño. A veces me aterra mucho el presagio científico de Obermaier, al predecir que España, Sicilia, Calabria, la Campania, Cerdeña y Córcega, o sea la zona del Mediterráneo donde aún el grano crece y algunas plantas medran, estarían de aquí a cinco mil años como el desierto líbico y Palestina, de no estar como el Sahara. Pero me consuela recordar cómo los lugares húmedos, paradisíacos; de cosecha incesante—Javas, Sumatras, Borneos—no han dado nada a la Historia, porque el Espíritu, abandonándolos de su mano, los dejó sumirse en vahos viciosos y riquezas; todo lo dieron la pelada Grecia, de rocas desnudas donde apenas triscan cabras, e Israel, habitante de desiertos atroces.

* Por muy agrias, muy desamparadas tierras cruzaron José y María camino a Belén. A veces el asno tendría que contentarse con un ramoneo sobrio, y la vaca con un pasto moderado.

Nació el nieto de la espigadora; nació con gracia, pues, cuando guardaba sus ovejas, Iahvé, para castigarle a Saúl la desobediencia, quiso elegirle. Era rubio, de buena talla y hermosísimo de rostro. Su linaje fué el superior de Israel. De una superioridad por encima de todo: aún de sus batallas y de sus aventuras, como la de la Sulamita; tan popular porque la fantasía moderna, le añade un grano pimentado que ni siquiera el Talmud, tan fértil en malicias, insinúa.

Sin duda, José y María recordaban estas cosas de su familia de su eximia ascendencia real. Si por ser de estirpe davídica iban a Belén, no podían tirar sus fastos al olvido.

Iba grávida. El viaje había sido muy largo. Apetecía descansar. Del campo de Ruth a Belén se cuentan cuatro kilómetros. Quizás le pareciesen interminables. Otros iban más lejos aún: a las montañas del Hebrón. Ya anochecía sobre la tumba de Raquel, la tarda paridora. Apenas cruzan la muralla, buscan albergue. María, medio desmayada, se esfuerza por no caerse del borrico. Pero el hospedero responde que no puede recibir ya a nadie más. Procuran otra posada.

La noche era fría, cortante. José recuerda haber visto en la montaña una gruta donde los animales del templo comían su heno. Se apea María, cansadísima, pálida, acomodándose entre la vaca y el jumento. Después, José enciende una hoguera. El vaho animal y el quemado estiércol dan el calor que los hombres rehusan.

* Es medianoche. Rebulle la paja. Rebufna el asno, jubiloso. La vaca le pone hilos blancos, celestes, a una nueva vida. Canta el gallo porque el alba se ha adelantado. Todo el establo es rosicler: insólita luz sube de abajo arriba.

Una estrella, en lo alto irradia la buena nueva: estrella de fulgor nunca visto, solitario y grandioso. Parece como si llamase a las demás, ocultas y ateridas en el frío nocturno.

Los pastores, ronroneantes al fuego con sus ovejas y el can, sienten ese deslumbramiento. Ya no pueden adormecerse. Es de noche y no es de noche, pues esa tiene más transparencia que el día. En el aire diáfano, impalpables voces se desvelan; brisas de sonos que, sin sentirlo, arrebatan. Arrebatados van en brisas de música, cual si el suelo los levantara. Acuden a donde la estrella les hace señales. Y oyen: «Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres de buena voluntad». Los campos se escarchan de esa luz cariñosa que los toma en brazos.

De súbito, el fulgor aumenta. Esa luz ofuscante los confunde. Aterrados, caen de bruces al suelo. Y la voz les dice: «No temáis. Os traigo noticias de gran alegría, para vosotros y para todo el pueblo». Sienten que, con feliz temblor, les roza el ala de un ángel: «Alegraos, porque en la ciudad de David nació el Salvador, que es el Cristo, el Señor. Por esta señal lo reconoceréis: el niño está envuelto en pañales y echado en un pesebre».

Ya todo el cielo es un pandero de cristales. El fulgor de ese cometa despertó a las estrellas más ateridas, más lejanas y sordas. Como un rebaño contento, campanillean. Se ponen en marcha allá en Caldea, los astrónomos. Los pastores, en su carrera, ya divisan Belén. Pero uno repara en la claridad que sale de una gruta, en el valle. Jesús sonríe bajo los ojos convexos del asno, los ojos húmedos de la vaca, los ojos estupefactos de los pastores. ¡Señor: devuélveles a los mos, hormigueados de letras, ese puro, fervoroso, limpio, clarividente mirar!



VILADOMAT





Gaspar Melchor y Baltasar

POR JOSE ANTONIO TORREBLANCA

PARA retener en los niños, todavía un año más, la dorada ilusión de la Epifanía, lo primero que necesitamos los hombres es reconocer seriamente como expedito y en franquía el camino de los Reyes Magos. La fe no tiene su virtud expansiva si no está segura de sí misma. Y para que nuestros hijos no releven la visita evangélica de los Reyes con el mito de papá Noel o la fantasmagoría del Santa Claus, preciso es que los padres estemos previamente de acuerdo en la libertad de comunicaciones, en la inmunidad soberana, en la respetabilidad diplomática de nuestros grandes legados de la juguetería.

Esta certidumbre española de que los mismos Magos de Oriente que dan cuerda al júbilo de la mañana de Reyes son aquellos que ofrecieron a Jesús Niño el oro, el incienso y la mirra, constituye ya en la infancia de la raza una razón indeleble de nuestro orgullo constitucional. El respeto al símbolo sagrado no desmerece con la idea general de que Melchor, Gaspar y Baltasar se conviertan en arrieros, transportistas y cosarios del caballo de cartón solicitado por el hijo de la portera, después de la sublime presentación de credenciales ante Dios vivo. La Iglesia no prohíbe tal prolongación del viaje evangélico y respeta la fe popular en la incautación de todos los almacenes de juguetes por los Reyes de Oriente. Pero, en cambio, el hijo de la portera, el tullido de San Rafael y hasta el niño poderoso que pidió y obtuvo el tren eléctrico, saben que sus juguetes están en la misma línea que el oro, el incienso y la mirra divinos, si bien con las naturales diferencias de jerarquía entre todos ellos—iguales todos ellos—y Jesucristo, único y distinto. El P. Andrés Manjón recomendaba a sus maestros en las hojas del Ave-María para el día 6 de enero, que vieses en cada niño un Cristo. No es mala cosa que en el estruendo infantil de la mañana de Epifanía, los niños, regados por los egregios camelleros, celebren la confirmación de un privilegio que los asemeja al Nazareno. Ya se encargarán ellos de crucificarse unos a otros cuando se hagan hombres.

Aunque es un solo evangelista, San Mateo, el que cuenta los viajes y la misión de los Reyes Magos, hay que rastrear la posibilidad de tanta maravilla para nosotros y para nuestros hijos en la cerrada obscuridad de los textos. Guiados por la estrella, que es la anticipación poética y técnicamente casi literal del radar, los Reyes proceden de comarcas que el tiempo ha de integrar en el llamado mundo musulmán. Son los que en la época de la Natividad se llaman «gentiles», al modo romano. Y con tal consideración de monarcas no cristianos cumplen el man-

dato divino de manifestar—Epifanía significa «manifestación»—el Dios y Hombre verdadero a la gentilidad. Pero, ¿quiénes son? ¿En qué reinos equipan su hueste y acuñan su moneda? ¿Qué suerte de afinidad con lo que luego ha de ser el mundo cristiano tienen esos Reyes elegidos para la Adoración?

Esto no ofrece duda. Nuestros hijos pequeños lo saben. Los Reyes son «ya» reyes musulmanes.

No pueden ser otros por la razón geográfica de que el Oriente de que ellos proceden es, respecto a Palestina, un Oriente próximo, nuestro Oriente Medio. Pero, sobre todo, porque sus pueblos, que no han de ser en lo sucesivo necesariamente cristianos, adivinan ya un valor común para enternecerse y prosternarse: el de María Santísima. Fundados en la común adoración a la Virgen María, El Algazel y San Juan Damasceno llegaron a creer que el Islam constituía una especie de confederación de cismáticos cristianos. Nuestro gran arabista don Miguel Asín así lo aseguraba con optimismo no muy compartido por mis maestros, los arabistas del Escorial. Lo cierto es que los católicos árabes tributan una veneración extraordinaria a la Santísima Humanidad de Jesucristo, como el catolicismo maronita por la Virgen del Líbano y el de Palestina por la Virgen del Monte Carmelo. Los coptos egipcios adoran a la Virgen. Se dice que en la Meca anterior a Mahoma, donde se adoraba a Abraham, llegó a venerarse en la Kaaba una imagen de la Virgen con el Niño. El Corán contiene muchas referencias a la Virgen especialmente relativas al nacimiento de Nuestra Señora, a su Anunciación y al milagroso nacimiento de Jesucristo. En el texto sagrado y en la tradición o «sunna» la Inmaculada Concepción de María se aceptó como dogma. Esto explica que los moriscos españoles, durante los años turbulentos del siglo XVI, bautizados a la fuerza y secretamente moros, se acogieran con preferencia a las iglesias puestas bajo la advocación de María Santísima, con lo que suponían quedar algo libres de apostasía. Y así se comprende que los místicos árabes consideren a Cristo como modelo único y que el propio Mahoma considere que cuantas acciones se atribuyan a Jesús y a la Virgen son santas. Finalmente, esto explica la ternura de las mujeres musulmanas en el culto a la Virgen en Siria y en África del Norte, y las visitas que, fuera de las horas de culto, hacen discretamente en las iglesias católicas a «Umna Mariam».

Dentro de la gentilidad, estaban, pues, bien designados los monarcas del viaje regio. ¿Por dónde pudieron llegar a Palestina? Como magos, escrutadores del cielo, filósofos de Zoroastro, los Reyes pueden venir de Persia. «¿Pero es posible todavía ser persa?», pregunta un personaje francés del siglo XIX. Los Reyes Magos son, en tal caso, los únicos persas que quedan vivos, indiferentes a la realidad política del Irak, mucho más indiferentes aún a la realidad económica de las riquezas petrolíferas. Fieles a la paciente eternidad de su camello, ignoran la «nafta», desdeñan la creciente motorización del mundo árabe y no plantean en su viaje problemas territoriales o de inmunidad al fabuloso Estado de Israel.

Hay, sin embargo, en este punto otra extraña anticipación de los hechos históricos que no ofrece dudas en el texto de San Mateo. Los Reyes Magos llegan a Jerusalén sin visado y son acogidos con los honores que corresponden a su rango. Pero Herodes, el hebreo, representa siempre la perfidia. He aquí el texto evangélico: «Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó de ellos cuidadosamente del tiempo en que se les apareció la estrella; y encaminándolos a Belén, les dijo: «Id e informaos bien del Niño, y cuando le hubiereis hallado, hacédmelo sa-

ber, para que yo también vaya a adorarle». Pero después de la Adoración, los Reyes tuvieron «respuesta en sueños que no volviesen a Herodes y se tornaron a su tierra por otro camino». Lo cual no es todavía un estado de tolerancia árabe con Israel, ni siquiera un armisticio bajo la irrisoria advocación de la O. N. U., pero ya acredita una incontestable frialdad de relaciones y acaso una ruptura en términos diplomáticos.

Hay quien piensa que los Reyes no vienen de Persia y que siguen el camino del Yemen y la costa de Arabia que corresponde al Mar Rojo. Supone Spengler que no sólo en Persia, sino en toda la zona aramea—Asia Menor, Norte de Siria y de Mesopotamia—había magos. Pero se funda la teoría más seriamente en el hecho de que el Imperio romano tuvo cerrado el camino de Persia muchos siglos. Se dice que en aquel tiempo los árabes nabateos habrían apresado y acaso ejecutado a unos reyes que no pudiendo pasar por el frente militar del Eufrates hubieran pretendido penetrar en el desierto sirio desde Babilonia a Damasco por la ruta de Rotba y Ramadi. Buscan, pues, su ruta sin pasar por Damasco, dejando al margen Mesopotamia, sin otro camino posible que el del Yemen. Parece que en toda la antigüedad clásica hubo dos caminos posibles para el gran comercio oriental hacia Siria y Palestina. Un camino, el de los corsarios, que se llamó «ruta del incienso», por los montes interiores y el Negram, detrás del Hedjaz; y otro, el de la costa del Mar Rojo, que pasaba por la Meca. En la época de la Natividad, el primero era el más frecuentado y lo había sido en tiempo de Abraham, como lo demuestra el hecho de que José fuera vendido a una caravana de ismaelitas. Hay quien piensa que la caravana de los Reyes Magos era inequívocamente árabe y fué sorprendida por la estrella milagrosa en su ruta anual de diciembre a la altura de Belén. Pero no se excluye la posibilidad de que estuviese expresamente integrada por príncipes del Yemen, como la de la reina de Saba cuando fue a ver a Salomón.

Lo indudable es que pasaron por el Yemen, fuente única entonces del incienso y la mirra y depósito principal del oro que los traficantes de Arabia llevaban desde Mozambique y Kenia.

Persas puros o árabes de reinos traficantes y acaudalados, nuestros Reyes de la Epifanía llegan por caminos que permanecen abiertos. Yo insisto cuidadosamente con mis hijas pequeñas en estos pormenores geográficos, para mantener su fe, empezando, naturalmente, por robustecer mi propia fe. Pues al menor descuido, sabido es que la estrategia clásica de Downing Street—llámese Balfour o Bevin—embarulla las cosas y plantea una cuestión de fronteras por donde se nos cuele papá Noel. Y en mi casa, no.

Están ellos—Melchor, Gaspar y Baltasar—asistidos por el texto irrefutable del evangelista San Mateo, postrados en el portal de Belén. Siempre he pensado que en la maravillosa recepción del pesebre, con estrellas, ángeles, reyes, pastores y bestias, esa cándida asamblea de todo cuanto en el orbe existe tiene su jerarquización precisa. Pese a la vecindad de la mula rucia, que casi lame a Jesús con su vaho, los Reyes reyes son. Como es cosa justa que sean ellos quienes administran el oro amonedado, las condecoraciones del incienso y la mirra o sacrificio de la conscripción para morir militarmente.

Insisto muy primordialmente en nuestras buenas relaciones con el mundo árabe y ellas apoyan mi argumentación familiar sobre la realidad de los Reyes Magos. Con pueblos fundados sobre la jubilosa certidumbre infantil de que la caravana llega, no se habría dado en la Historia el hecho afrentoso de que la mula suelte su coz, vuelque el pesebre y ofenda juntos a Cristo y al Rey.

Pero, en fin, abiertos están los caminos.

ILUSTRACION DE TAULER



abiertas siempre a los mitos, isla que se quede sola. No se busque en Palestina en seres o en cosas otra gracia que la que fluye en ellos. Pero los pastores con el embeleso que la noche les diluye en las venas no se cambian por soberanos de tres coronas. Grecia capta, Palestina también. Viendo cien veces estrellas, han aprendido cómo fulgen, pero no cómo se llaman. Divierten la mirada en la V doble de Casiopea o en el arco de Perseo con la concavidad vuelta al Norte, hacia el Polo, y en el tahalí de Orión dentro del trapecio con Betelgeuse y Rigel. Dibujarían hasta con ojos cerrados las Osas y luego entre ellas la sinuosidad de la Cola de Dragón hecha con luceros tenues. A nombrar constelaciones no aciertan, pero a apacientarlas esta noche de poesía egregia, sí. Va a nacer el Niño para que el linaje de Adán se regenere y ya curado de la culpa originaria se encamine a la salvación. Cargado de misterio se nos muestra el dogma de la caída, al que la condición del hombre va ligado como la sombra al cuerpo. El pecado original es incomprensible en sí, pero sin él no se comprende nada. No más que los pastores de Belén sabemos de los enigmas que nos rodean. Creemos y la razón ayuda a nuestra fe y la acoraza de firmeza. Está en la mente tan sólo — dijo alguno — la latitud en que el hombre no es corruptible. Negamos que la sabiduría preserve de corrupción pero amamos el pensamiento como el presente más puro de cuantos la criatura haya recibido. Aunque la razón aguce, eso sí, sus instrumentos queda mucho por explorar en lo ignoto. La fe con que los pastores se apresuran hacia el resplandor del establo es nuestra fe. Con expresiones dialectales del hebreo o del arameo loarán el prodigio. Lo que digan no ha de ser muy diferente de lo que siglos después se dirá en España en la canción de un fraile con el ritornelo, «No la debemos dormir la Noche Santa, no la debemos dormir»; o en la «Vita Christi, fecho por coplas», de otro fraile franciscano como el anterior:

Qué pensaba, que dezía
en aquel tiempo y sazón
la madre Virgen María,
ningund seso no podría
recontarlo el corazón.

Con el alma lo adoraba,
con el cuerpo lo servía
y con ambos se alteraba
cuando su Dios contemplaba
el hijo que ella paría.

En solar del Rey Salmista nace un niño de su estirpe. La genealogía de Cristo es clara en el Evangelio de San Mateo, que es el único escrito originariamente en el habla aramea. Las generaciones desde Abraham hasta David son catorce, como catorce las que se suceden desde David hasta la cautividad de Babilonia y catorce las que se transmiten la antorcha de la vida desde la cautividad hasta Cristo. Omite la genealogía nombres de mujeres al enlazar varonías en el correr del tiempo. Unos pocos, los más de extranjeras, como Ruth la moabita, retienen Ruth, que en el idioma que brizó la cuna a los pastores, es lo mismo que amiga. En Esther da su centelleo la estrella, como en Noemí su presente la gracia. Bethsabé es hija del juramento, y Sara, princesa. Ruth, Esther, Noemí, novias de pastores en la noche de la Natividad, madres de pastores como antes hijas han de ser. Estos nombres hebreos entran melodiosamente en la memoria como los de lugares de Palestina. Jericó, por ejemplo, significa lugar de bálsamos y se hace en nosotros aroma antes que música. En la ascendencia de Cristo, David es nombre que se traduce por amado de Dios, y Abraham, por padre de multitud o sea patriarca. El nombre nos predestina y ojalá conociéramos los de los pastores que llevaron ofrendas del portal de Belén. Y Fray Iñigo de Mendoza, el de la «Vita Christi, fecho por coplas» dirá enviando a los pastores a quienes Ruth, Noemí o Bethsabé pedirían ansiosamente que les contasen lo acontecido.

¡Cual estabas, quién te viera
cercado de resplandor!
¡Oh, quién presente estuviera
para ser si ser pudiera
pesebre de su Señor!

¿Cómo imaginamos nosotros a los pastores de la Noche Santa? En las Natividades del Museo del Prado, ¿quién los pinta mejor? ¿Hans Memling, el Correggio, Witenwael, el de Utrecht, el anónimo del «Retablo del Arzobispo Sancho de Rojas», Coxie, en su tríptico para Santa Gudúla, de Bruselas, de donde Felipe II lo trae al Escorial, el Maestro de las Medias Figuras, Palma el Viejo, Orrenta, Murillo, Mengs? Todos y cada uno de estos grandes artistas han pintado concretamente las figuras de la Natividad. Los pastores son como los de hoy y los de siempre. No hay anacronismo en vestir a los de Belén con largas capas, o con pellicos, o monteras y en darles por compañía mastines con carlanças férreas contra el lobo. Se cocía el pan en los hornos de Judea como se cuece ahora el nuestro. Se pastoreaban los hatos como se pastorean hoy. «Sean, pedía Gabriel Alonso de Herrera, sean más duros para los montes y espesuras que para los lugares rasos y tengan la voz recia que se oiga lejos para llamar los perros o para recoger el ganado». Los que vieron nacer a Cristo y los que oyeron aquí a don Quijote, unos son y los mismos. Léase el privilegio real que Alfonso X, en 1273, otorga a la Mesta. En él se dispone que la anchura de la cañada se limite a seis sogas de cuarenta y cinco palmas. Es la anchura de las cañadas reales, la del oeste leonés, la segoviana en el centro y la manchega a Levante. Miden los cordeles la mitad de la anchura de las cañadas, y las verdaderas la cuarta parte. Rebaños trashumantes cruzan en el siglo XIII y en los que le siguen hasta el diecinueve estos caminos y levantan como si fuesen ejércitos, nubes de polvo. Mil páginas no bastarían para historiar los litigios que el Honrado Concejo de la Mesta promueve. Del pastoreo español se cuenta y no se acaba. Vieron los pastores de Galilea cumplirse las profecías y grandes cosas los de España han visto también. Oyeron los de aquí a algún profeta clamar: «La gloria del hombre no consiste en las riquezas ni en el poderío ni en los trofeos de las batallas ni en la sabiduría ni en el amor con sus fiestas y sus suplicios. Consiste tan sólo en el conocimiento de Dios y en el ejercicio de la virtud, de la caridad y de la justicia». Quien hablaba así se llamó a sí mismo Juan Sin Tierra e hijo voluntarioso de la nada. El resplandor de Cristo en la Noche Santa prometía más y mejor y con maravillosa largueza. Hasta los pastores lo han entendido así porque la clarividencia les ilumina el corazón como ellos con sus hogueras el monte.

ILUSTRACIONES DE FREIRE

Pastores

Por PEDRO MOURLANE MICHELENA

Pero esos pastores sin que voz de Sibila ni eco de oráculo transfundido en égloga les cautiva están en la noche apacientando estrellas. Dejan los hatos en el aprisco para respirar la onda de ventura que palpita en el aire. Ignoran lo que se enseñó hace siglos lejos de la Judea, aunque a orillas de un mismo mar. Y es que quien alimento

con médula de león la fe en el rejuvenecimiento periódico del planeta, no errará. Porque de tiempo en tiempo los astros se sitúan de tal modo que el Universo se estremece de júbilo mientras resurge de sí y reconquista la esperanza. Todo entonces, como reveló Pitágoras sobre cifras sonantes de Orfeo en Grecia seis siglos antes de que Augusto imperase en Roma, todo se reordena y se rescata *nascitus ordo*. Decimos siempre que la gracia de los antiguos es de mármol y de espuma. Allí en los mares griegos las islas no segregan soledad, como las atalayas horizonte. La risa innumerable que el ciego divino oyó prueba el archipiélago. No hay en las Espórades del Sur ni en las Cícladas,

Antiguamente los pastores eran santos, patriarcas y profetas.
(Gabriel Alonso de Herrera en su «Libro de Agricultura». Alcalá, 1513.)

ESTOS de la Noche Santa no tienen para patriarcas ni edad ni prole. De profecías poco saben, pero de pronto ven con otra luz Sentencie Roma que las obras del entendimiento son baluartes de la dignidad humana. Lo serán, pero en Belén, en la Noche Santa, la clarividencia se aloja en el corazón de los humildes. De vaticinios que truecan la Edad de Hierro en Edad de Oro, los que cuidan ganados nada pueden oír. El latín que presta resonancia a los oráculos es el mismo que recanoniza en leyes el poder que nace de la guerra. Es habla viva en la urbe, pero no todavía allí donde los pastores de Galilea no madrugan sino para su grey. En Belén, númenes de David, padre de Salomón, dictan fidelidad en la lengua vernácula, que si no es la de los Salmos, de buenos padres viene. Es la lengua que se defiende con honda contra el latín de los Decretos y si se refugia en los montes es para morir cerca del Cielo.



LA MULA Y LA VACA

NO pierden en sentido poético, sino que, al contrario, se calientan de humanidad y vida, los acontecimientos del Evangelio, cuando se les saca de esa especie de acartonado esquematismo a que se reducen, con facilidad, las cosas que se repiten de memoria, y se las trae a una rebajada versión normal viva y hasta sí se quiere levemente anacrónica.

«El portal de Belén» es una frase hecha, de menos expresivo contenido que el que se obtiene comparando el habitáculo a que María y José fueron llevados con las «sucursales» que las fondas y posadas de los pueblos suelen tener en las afueras, para desahogo de bestias y arrieros en las grandes concentraciones de las ferias locales. Día de mucha concentración para Belén era aquella especie de gran feria de la estadística y el poder, que significaba el empadronamiento general ordenado por Augusto. María y José no encontraron sitio en el *Khan* o caravanera de Belén—en «la fonda del pueblo», como quien dice—y fueron invitados a alojarse en la «sucursal» de extramuros, destinada ordinariamente para

JOSE MARIA PEMAN
(DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA DE LA LENGUA)

el ganado y los beduinos de las caravanas, cuyos amos quedaban en el pueblo. No era lo corriente que se destinasen a esas sucursales personas de condición como eran aquellos nazarenos. Pero: «¡Qué quiere usted, señor!... ¡Estamos en ferias!» A este episodio tan normal, tan permanente, que sigue reproduciéndose en el mundo entero en cada viajero que es invitado, en el día excepcional, a ocupar el cuarto de baño o el sofá del *hall*, se reduce en su modesta raíz este rechazo del dulce y divino matrimonio hacia el portal o cueva de las afueras de Belén. Probablemente no hubo para ellos malas palabras, ni despedidas violentas, como suele pintarse en los «autos» y representaciones del nacimiento, por no sé qué afán de expresivismo patético. Probablemente los fondistas solucionaron el caso de los huéspedes nazarenos entre zalemas y disculpas untuosas.

De todos modos ya había mucho sentido místico en aquel rechazo. Lo que henchía Belén hasta la saturación era la más enfática fiesta de la universalidad que hasta entonces se hubiera intentado; el propósito cesáreo de meter en un

censo «toda la tierra habitada»: *universus orbis*. Tomando un mapa del Imperio Romano hace sonreír el empaque de esa expresión. Quedaba mucho más mundo, como quedaba mucha más historia, fuera de aquel perímetro imperial. No sabían los fondistas de Belén, seguramente mortificados por aquel empadronamiento imperialista, que relegaban a la «sucursal» mucho más mundo que el que los funcionarios romanos andaban metiendo en cuenta y estadística. Porque en la «sucursal», en los extramuros, va a estar aquel día la semilla universal de la Redención. En Belén queda el Imperio haciendo números. Pero allá fuera duerme América y Oceanía, y la mayor parte de Asia y África, y no poca de Europa.

* * *

Y al lado de la nueva Soberanía inerte, como cortesanos paradójicos, «la mula y el buey».

Nada de extraño ni violento, en la tradición de los animales junto al pesebre del nacimiento, dentro de esa versión viva y realista que hemos dado del episodio. En la «sucursal» de las afueras, recurso de María y José, estarían ya alojados los ganados de alguna de las caravanas llegadas a Belén. Probablemente habría incluso más animales, de los que la imaginación popular ha escogido esa pareja representativa: la mula y el buey.

Es decir, «la mula» la hemos escogido nosotros, los españoles, pues fuera de España apenas se cría ni se emplea ese híbrido tan genuinamente hispánico; hispánico hasta en sus líneas feas y angulosas que tienen algo de sierra parda en movimiento. Los extranjeros han solido formar generalmente la pareja de un burro y un buey: y el burro, muy decorativo por la gracia ojival de sus orejas paralelas, suele ser el que aparece en muchas joyas de la pintura primitiva o de los altorrelieves góticos.

Es curioso anotar, de paso, el sentido fácil con que los pueblos todos y todas las épocas, como adivinándole su sentido universal e intemporal, se apoderan, con desprecio del tiempo y del espacio, de la estampa de la Redención. Todos los pueblos han construido unas Navidades bien ajustadas a su clima y su estilo. El anacronismo y el «color local» se producen espontáneamente en toda plástica del nacimiento, como revelando que todo hombre siente místicamente la Navidad para «él», «aquí y ahora». Los pueblos del Norte han llenado sus árboles de Navidad de copos de algodón y escarchas de ácido bórico, que representan una nieve que, probablemente, tiene poco que ver con el auténtico clima navideño de Judea. Las figuritas de talla de los «nacimientos» o aun las más solemnes de los grandes pintores se han vestido siempre con una deliciosa y anacrónica contemporaneidad. Hay por el mundo de la pintura y de la escultura pastores napolitanos, tiroleses, yangüeses, lagarteranos. Apenas nuestra época más culta y pedantuela ha querido reaccionar del anacronismo y ha recurrido al anacronismo todavía mayor de inmovilizar las figuras populares de la Navidad en los indumentos

del XVII y XVIII. Todavía esos inconscientes teólogos que son los niños, han llegado más allá en su valiente supresión del tiempo junto al misterio redentor, y han colocado en sus mundos de barro y corcho, a la vera del portal, ferrocarriles, transatlánticos y autobuses. Por todos los caminos y por todos los medios, el mundo ha sido irreverente con la arqueología del nacimiento, como para reverenciar su sustancia eterna sin fecha ni lugar. Todos han concebido, pintado o cantado «su» Navidad.

Por eso España como un sello absorbente de cercanía, de familiaridad, colocó, junto al pesebre, la característica «mula» de sus campos y sus carreteras. Fue un modo más de apropiarse al Dios que murió por «todos»; porque la mente humana, tan pobre y estrecha, no entiende esa palabra «todos», si no es a fuerza de sumar los paisajes, los climas y los animales de «cada uno».

* * *

Burro y buey, mula y buey, mula y vaca, lo que sea, lo universal y característico es la presencia de los animales en torno del pesebre donde Dios nace. Y esto sí que está cargado, como todo lo que se adhiere tan estrechamente a la tradición popular, de místico sentido.

Quedaba por allá afuera el César romano metiendo en número y recuento todo el orbe y aquí en la cueva, extramuros, nacía una nueva universalidad donde en círculos ordenados y jerárquicos entraban ya hasta los animales. Aquello de fuera sería un padrón administrativo; esto era un orden universal e ideológico que, poco después, el mundo medieval perfilaría en circunferencias concéntricas y tangentes, en árboles escolásticos con estrictas ramificaciones. El burro, que en forma de «asno de oro» veneraron algunos templos paganos como imagen de paz; el buey, que fue semidiós en Egipto, y en Roma, por lo menos, travieso galán de diosas casquivanas, aparecen junto al César del pesebre como lacayos y cortesanos. Ha nacido allí un gran Amor, pero ha nacido también un gran Orden. Por un camino intermedio entre los rojos sacrificios de animales de Homero o del Testamento Antiguo, y la morbosa ternura «protectora de animales» de las solteronas puritanas, el orden y la jerarquía van a colocar a éstos como a la Naturaleza toda, en un puesto claro y preciso, señalado a medias por la emoción y por la inteligencia.

La mula y la vaca del nacimiento inician esa tradición ordenada, lúcida y amorosa, que será arrullo fraternal en San Francisco, familiar coloquio en San Antonio, tierna miniatura en Fray Luis de Granada. Ya el animal tiene un sitio en el orden de la mente y del corazón. Ni dios, ni víctima de holocausto ni perrita con manta... La mula y la vaca tendrán, en adelante, su lugar claro, razonable y decorativo, al lado del Nacimiento de Dios

I L U S T R A C I O N E S D E G A B R I E L





EL PORTAL

Por JUAN RAMON MASSOLIVER

VAMOS al Portal, que el día se acerca. «Alzad, oh príncipes, vuestras puertas, y levantaos vosotras, puertas eternas, y entrará el Rey de gloria», canta el celebrante la vigilia del nacimiento de Jesús. Ese día llega a Belén el patriarca jerosolimitano; se reviste de la capa magna y, precedido del clero secular y regular, cruza procesionalmente la vasta plaza de Santa Elena en dirección a la basílica de la Natividad, a cuya puerta un cojín y una alfombra le esperan para el beso de la Cruz, y el agua bendita y el incienso con que le recibe el guardián del convento franciscano. Pero al templo se accede sólo por un portillo abierto en el macizo paredón que cierra la plaza; una exigua abertura que obliga a bajar la cabeza e inclinar el busto y que introduce en un vestíbulo obscuro y desolado. Y también el patriarca, el excelentísimo y reverendísimo patriarca, ha de doblar la cerviz y ver cómo su cortejo se desordena.

Una vez en la anchurosa basílica, no pueden, patriarca y clero, recorrerla hasta el presbiterio y aventurarse por los dieciséis peldaños de la angosta escalera que conduce al Portal o gruta de la Natividad. Porque el templo es de católicos, ortodoxos y armenios (al punto que la luz que recibe una capilla griega viene del jardín latino a través de un cristal abierto en una pared armenia) y han de turnarse en las ceremonias según una meticulosa convención que regula las condiciones y ejercicio del culto, de los ornamentos e incluso de la limpieza.

El cortejo no se dirige al Portal sino que toma a la izquierda, por la puertecilla lateral que introduce en el claustro latino y a la parroquia franciscana de Santa Catalina, donde se celebran las primeras vísperas pontificales. No pueden ir a la gruta hasta después de completas, cuando se forma la procesión que recorre a diario el coro de los armenios, el Portal y la serie de grutas que le siguen (la del Sueño de San José, la de los Inocentes, el oratorio de San Jerónimo, las de las santas Paula y Eustoquia y de San Eusebio de Cremona), desembocando en la iglesia de Santa Catalina.

Estos peldaños bajan al Portal. Las volutas de incienso se diluyen por las sombras bóvedas del laberinto, empujando los ecos de la «tierna grey de los inmolados» que, inocentes, juegan con sus palmas y coronas bajo el altar, mientras la procesión de estrellas sigue deambulando por los estrechos pasadizos. Este es el Portal. Trabajo cuesta en Palestina imaginar cómo serían los lugares que hoy son santuarios. La piedad de nuestros primeros padres, y a la cabeza de ellos San Evaristo, el sexto papa, aquel que estableció los primeros lugares destinados al culto, cuidando especialmente los de Belén, su patria; la fiebre arquitectónica de Santa Elena, madre de Constantino y descubridora de reliquias; los saqueos y profanaciones de persas y musulimes, y las restauraciones de los cruzados; la plurisecular competencia, en fin, entre franciscanos y ortodoxos,

armenios, jacobitas y demás confesiones, han modificado hasta tal punto los Santos Lugares, tanto los han recargado de capillas, cuadros, lámparas, tapices y mármoles que uno no acierta a imaginarlos en su estructura original. Si a ello se añade la embrollada reglamentación de cultos y limpieza que antes dije; que si la misa debe acabar exactamente a tal o cual hora, y hay que desnudar inmediatamente los altares; que el incensario se puede agitar determinado número de veces, ni una más; que si la cortina de los griegos ha de colgar del clavo número tantos y entre la misma y la de los latinos deben mediar equis centímetros; que si a los franciscanos toca barrer hasta una cenefa, a partir de la cual barren los griegos, y éstos sólo pueden abrir ciertas ventanas mientras dure la limpieza; todas esas minucias, digo, contribuyen a desorientar al peregrino, incluso a producirle un ligero desencanto.

Así sucede en Nazareth, así en los más de los santuarios jerosolimitanos; pero dos lugares hay, por lo menos, que no abren portillo al desencanto, dos lugares en que el cristiano cae de rodillas y comprende que no podrían ser de otro modo. Uno es el Santo Sepulcro; no toda la basílica de este nombre, con el Gólgota y la intrincada serie de capillas y ritos, de escaleras y grutas, sino el lóculo del Sepulcro de Cristo. Y es el otro el Portal de Belén, pese a cortinajes y lámparas y apresuradas ceremonias, donde el más indiferente parece estar oyendo todavía el canto de los ángeles. Dos augustos lugares, revestidos de mármoles y plata, aromados con flores e incienso, que no recatan su humilde calidad de grutas abiertas en el seno de la tierra. Como para indicar que el Dios humano se somete a la dura condición nuestra, salidos del claustro materno para rendir nuestro cuerpo en el de la sepultura.

Quien conozca los caravanserrallos de Oriente, suerte de soportales en derredor de un patio donde se hacían cuadrúpedos, mercancías y viajeros, en tan pintoresca como indiscreta y anti-higiénica mezcolanza, comprenderá que el de Belén no era sitio apropiado para María, que andaba por los meses mayores de su estado. Ni tampoco la casa de algún pariente (que no había de faltar a los del linaje betlehemita de David), ni esos zaquizamías árabes donde en el día siguen conviviendo hombres y bestias en un solo aposento, podían convenir a quien iba a dar a luz. De ahí que un establo o aprisco de inmediaciones del caserío (la basílica de la Natividad sigue estando al final de la población), que un lugar apartado, deparase la discreción y la tranquilidad que inútilmente buscaran en el hogar de un allegado o en la caravanera.

El texto evangélico habla de un pesebre, sin más indicación de ambiente; pero la ininte-



La rumpida tradición del lugar señalaba una gruta y los artistas primitivos así representaron el nacimiento. Una gruta como otras mil que se producen en el subsuelo de Palestina y que todavía se utilizan para vivienda, almacén o cuadra con la simple añadidura de cuatro paredes y un techo. Pero al difundir San Francisco por Europa la devoción del pesebre, los artistas italianos, o mucho me equivoco, imaginaron el establo como los de su tierra: como una construcción rústica, por lo común de madera, que luego la costumbre napolitana de los belenes y nacimientos barrocos, aprendida en nuestros siglos virreinales y arraigada en España por Carlos III, se encargaría de fijar definitivamente como el Portal ruinoso entre breñas.

El Portal es una gruta rectangular, irregular, de doce metros por tres, con bóveda de ladrillos iluminada por treinta y una lámparas de plata y ornada con tapices. Entre dos escaleras que descienden del presbiterio de la basílica se abre un pequeño ábside pavimentado de mármol. En el suelo hay una abertura circular con una placa de jaspe rodeada de una estrella que lleva esta inscripción: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est. - 1717*. Ahí nació el Niño-Dios. Como en el agujero del Gólgota, decenas de generaciones se han humillado para acercar sus labios a ese manantial. Y cerca del suelo arden noche y día quince lámparas, cuatro de las cuales pertenecen a los católicos, colgando del altar que utilizan griegos y armenios.

Al otro lado de la escalera que hay a la derecha de esta ábside, a unos tres metros de distancia está el oratorio del pesebre, abierto en la roca y sostenido por tres columnas de mármol. Este oratorio sólo tiene tres metros y medio por dos metros treinta de anchura, y se baja a él por tres gradas que, a la izquierda, llevan al altar de los Magos, coronado antaño por un cuadro de Murillo. Del otro lado, una especie de excavación en forma de pesebre, es el sitio donde los pastores adoraron a Jesús. Ahí estuvo el pesebre de plata que Santa Elena colocó en substitución del antiguo, cuando se llevó a Roma las reliquias que hoy se veneran en la Capilla Sixtina de Santa María la Mayor.

Lo angosto del lugar no permite aquí ceremonias tan pomposas como las de la suntuosa basílica romana, resplandeciente de oro y jaspes. Incluso la misa pontifical de Nochebuena, oficiada por el patriarca y con asistencia de los prelados y del cuerpo diplomático, ha de celebrarse

en la iglesia de Santa Caralina. Pero no hay ceremonia en la Tierra que emocione cuanto la procesión que se efectúa al terminar aquel oficio. Cuando el patriarca, llevando el simulacro del Niño Jesús en una cuna, se encamina hacia la gruta y coloca la imagen sobre la estrella de plata, en el lugar exacto de la Natividad—que para esta ocasión ha sido despojado de ornamentos—, mientras los fieles entonan el himno. Luego, el diácono toma la sagrada imagen y la deposita en el verdadero pesebre, y las misas de los católicos se suceden en el contiguo altar de los Reyes Magos, hasta las cinco y media.

A esa hora los griegos preparan el altar de la Natividad y celebran una misa pontifical, tomándose el tiempo que quieran, durante la cual no pueden los latinos hacer ningún acto de culto. Terminada la ceremonia y desnudado nuevamente el altar de la Natividad, reanudan los latinos sus misas, en el altar de los Magos, según el orden de inscripción en la lista oficial (cuya redacción es una de las tareas más delicadas de la jornada); y en agotarse ésta, vuelven a preparar el altar de la Natividad, ahora los armenios, para nuevos oficios. Y al concluir esta misa, larguísima misa, queda el santuario libre para los peregrinos, de cualquier confesión y condición. Recobran los peregrinos la facultad de postrarse ante las reliquias.

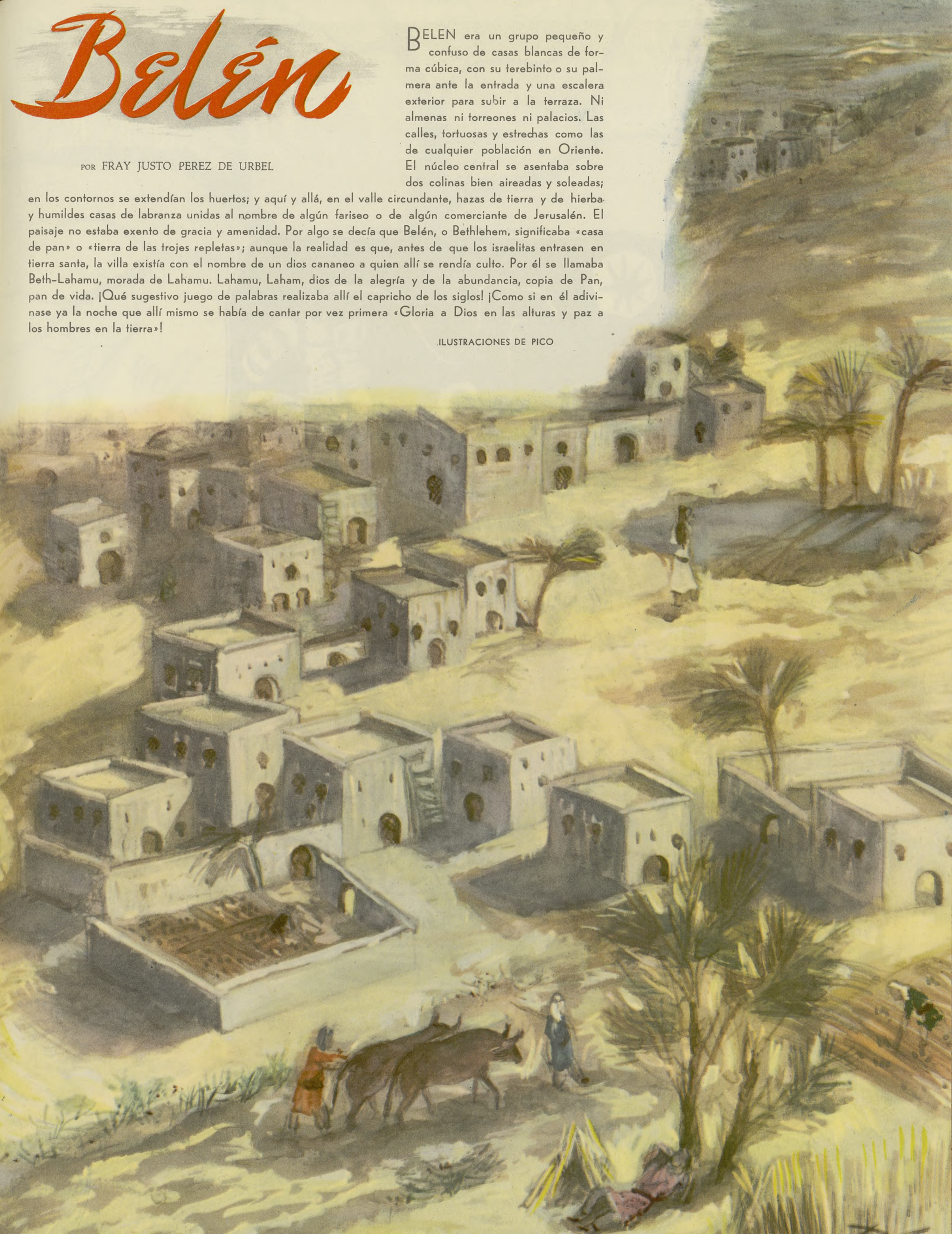
Es natural que todos y cada uno de los cristianos tengan el vivo deseo de poseer los santuarios de la religión cristiana, de poder oficiar y permanecer en ellos. Y no extraña que a lo largo de los siglos muchos ritos hayan aparecido como poseedores de los mismos o esgrimiendo el derecho a celebrar sus funciones religiosas. Que al separarse de Roma las Iglesias orientales se creara un estado de hostilidad es también lógico, aunque lamentable. Y que los franciscanos, custodios de aquellos santuarios en representación de Roma, considerados como extranjeros en un mundo oriental de súbditos del Imperio otomano, hayan sido objeto de mil usurpaciones a martirios, no podía ser por menos. Pero hemos de agradecer a los hijos del Poverello si la guardiá vigilante montada durante seis siglos, y el culto ininterrumpido de los cánticos latinos entonados una tarde tras otra en estos cientos de años, son los que nos han conservado el acceso a los recuerdos de la Vida y Pasión de nuestro Salvador. Primero entre ellos ese Portal donde nació la palabra de paz, en ese oasis de olivos y almendros de la más pequeña de las mansiones de Judá.

Belén

POR FRAY JUSTO PEREZ DE URBEL

en los contornos se extendían los huertos; y aquí y allá, en el valle circundante, hazas de tierra y de hierba y humildes casas de labranza unidas al nombre de algún fariseo o de algún comerciante de Jerusalén. El paisaje no estaba exento de gracia y amenidad. Por algo se decía que Belén, o Bethlehem, significaba «casa de pan» o «tierra de las trojes repletas»; aunque la realidad es que, antes de que los israelitas entrasen en tierra santa, la villa existía con el nombre de un dios cananeo a quien allí se rendía culto. Por él se llamaba Beth-Lahamu, morada de Lahamu. Lahamu, Laham, dios de la alegría y de la abundancia, copia de Pan, pan de vida. ¡Qué sugestivo juego de palabras realizaba allí el capricho de los siglos! ¡Como si en él adivinase ya la noche que allí mismo se había de cantar por vez primera «Gloria a Dios en las alturas y paz a los hombres en la tierra»!

ILUSTRACIONES DE PICO





a. valverde

PLIEGOS DE CUERDO

MIGUEL DELIBES
El RECUERDO
Ilustra Esplandiú

M. Pombo Angulo
Canción de Anuschka
Ilustraciones de J. Forgaire

Julio Guillén
LA PRIMERA NAVIDAD en AMERICA
Ilustra S. del Arbol

CARMEN LAFORET
El Regreso
Ilustra Redondeira

SANCHEZ CAMARGO
NOCHEBUENA en el MANICOMIO
ilustra Chausa

Vicente Egozabal
Los que no vienen al Niño
Ilustra J. A. Morales

CAMILO J. CELA
UNA RUEDA DE MAZAPAN PARA DOS
Ilustra L. Goñi

PIEBANA

RECONOZCO que, a primera impresión, pudiera parecer un capricho. Y no estaría injustificado que por muchos fuese calificado de extraño; pero el caso es que quise pasar la Nochebuena en el manicomio del lugar. Muchas razones podrían aducirse para intentar encontrar los motivos; pero no creo necesario explicarlas todas. El caso es que el día antes, valiéndome de amistad y condescendencia del director, ingresé en el manicomio y entré como un asilado más en la sala de Comunes. Era una tarde gris, y en ese instante en que se espera, de un momento a otro, ver encenderse luces. Apenas divisé, al llegar a mi destino, en la larga y espaciosa sala, la hilera de camas, y menos aún los cuerpos que en ellas estaban. Ayudaba a equivocarse la visión que no todas cobijaban al enfermo bajo las sábanas, porque muchos asilados esperaban la hora de la cena en una habitación anterior al dormitorio. Llegué a mi sitio. La cama tenía el número 34. Me desnudé solo. Un loquero que vigilaba desde la puerta no debió crearme peligroso, ya que apenas miró. Debí de influir en su actitud el hecho de que me viera llegar acompañado del practicante, y al no hacerle ésto ninguna advertencia, se consideró libre de prestarme ayuda...

Por
MANUEL
SANCHEZ-CAMARGO
—
Ilustración
de
CHAUSA

No lejos del dormitorio se oía un lejano chocar de cucharas y, de vez en vez, algún grito suelto que no tenía réplica. Al pasar a ocupar mi cama, me fijé en el comedor. Recordaba con fijeza extraña que las cucharas estaban torcidas, llenas de abolladuras, y en ellas apenas debía de haber la sopa, que resbalaba por la superficie desigual. No vi tenedores ni cuchillos. No hacía falta, ya que la comida del manicomio siempre tenía abundante caldo. Era medida de precaución.

El ruido lejano de la cena me hizo bien, sentí sensación de hogar, y hasta me tranquilizó de no sé qué inquietudes. Miré a los lados. A mi derecha, vuelto de espaldas, estaba un viejo. Hablaba con el enfermo de la cama próxima, y contaba en voz muy baja una historia fantástica de la que sólo pude oír bien, como una cantinela, estas palabras:

—Créame; no he comido nunca, nunca...

Incorporándome, pude ver al oyente. Era un chico joven con los ojos grandes, extraviados, muy blanco y delgado de facciones. Me chocó que en la cama llevara puesta una visera que hacía su rostro más flaco y hundido aún. No decía palabra. Se limitaba a escuchar con ojos desorbitados el relato del viejo, quien seguía incansable asegurando:

—No he comido nunca, créame. No sé cómo puedo vivir...

A mi izquierda, la cama estaba vacía; pero no tardó en ser ocupada. Me lo advirtió el ruido monótono de los pasos iguales y arrastrados de los asilados que regresaban del comedor. A pesar de ir juntos, ofrecían la sensación de estar tan lejanos como si fuesen antipodas. Muchos llevaban años y años unidos, y entre ellos no se adivinaba una señal de amistad siquiera animal superior a su misma locura. Es más: se podría asegurar que parecían odiarse y huirse entre sí, como si la misma desgracia les hiciera hostiles unos a otros. A mi cama llegó el enfermo número 35. Era un hombre de edad incierta. Podría tener de cuarenta a cincuenta años. Conocía su caso por referencias del Director. Sabía que había sido en la vida ingeniero ilustre, y que había matado a su mujer arrojándola por un balcón. Llegó a su cama y, al verme, me saludó:

—¿Qué hay, amigo? Me alegro mucho de conocerle. Soy ingeniero de mucha fama: el puente Z y el acueducto F los hice yo. Ya lo sabrá por los periódicos.

Le contesté que sí, que evidentemente estaba enterado por la prensa de sus continuos éxitos. Lo agradeció con una mueca de su boca desdentada, por la que caía continuamente un hilillo de baba.

Siguió hablando y, observando que le escuchaba, fué animándose, refiriéndome pequeñas incidencias de la cena, hasta que, con gesto de decirme un secreto, me anunció:

—Ahora va usted a saber por qué la maté.

Y echando la cabeza fuera del lecho, acercando la boca mucho a mí, hizo relato de una tragedia matrimonial que recuerdo que comenzaba así: "Había que matarla; no había otro remedio. Lo supe desde el día que la conocí. Fué en una casa antigua de una provincia marinera. Estaba ella junto a un balcón, y al llegar yo, volvió el rostro

sorprendida. Nos presentaron, y mi primera sensación fué la de que tenía que matarla..." La relación continuó reiterativa, insistiendo en los detalles de su matrimonio, hasta llegar al día fatal...

Le interrumpió el vigilante, que, acercándose, nos advirtió:

—Ahora, todo el mundo callado, y a dormir.

El silencio duró escaso tiempo. Cuando empezaba a quedarme dormido, del fondo de la sala surgió una voz que gritaba:

—¡Apartarme estos bichos! ¡Mirad cómo me agarran! ¿No lo veis? Venid, ¡por favor!

Los gritos se repitieron sin que nadie acudiese a la demanda. De pronto cesaron. Ninguno de los enfermos protestó. Y así, al compás de las respiraciones perdidas en la noche con un paso triste, llegó la mañana. Era el día de Nochebuena.

Trascurrida una hora, los loqueros nos condujeron a un patio triste, desigual. Sobre la piedra agrietada y cenicienta, las manchas de la humedad se extendían hasta interrumpirse en las ventenas, estrechas y guardadas con rejas. Los asilados andaban sin rumbo, presos, y alguno se paseaba con las muñecas cogidas en unas esposas que mantenían las manos sujetas a un cinturón. Las figuras humanas vestidas con raídos trajes o abrigos antiguos deshilachados iban anhelantes de un lado a otro, como buscando algo perdido. Pocos hablaban. Los loqueros, de vez en cuando, asomaban la cabeza por una puerta de azules cristales. Tenían orden de hacer entrar a los locos, después de cierto tiempo, a una habitación que tenía una estufa; pero tardaban en cumplirla siempre. Decían, como una muletilla en la tradición del manicomio: "El frío les hace bien. Les "amarra" la cabeza."

Aquella noche era la Nochebuena. Lo anunciaban ya los cantos de los niños, que venían lejanos, como ruido de húmedos rodajes de carro de labor. Algún grito infantil, más hiriente, semejaba el intempestivo chirrido. La letra no se percibía bien. Se cantaba en el pueblo, de cuyo recinto estaba alejado el manicomio, y los cantantes debían de ser chiquillos correteando por los desmontes de las afueras. Varios iban "vestidos" de pobres máscaras. Las fiestas constituían buena oportunidad para ocultar la personalidad desde niños. El disfraz en ese pueblo para los pequeños consistiría en grandes tizones de carbón puestos por caras, manos y piernas. Los más afortunados puede ser que poseyeran hasta una estropeada careta de cartón.

Al mediodía, nos alineamos cerca de cincuenta enfermos en el comedor. Hacía un frío intenso, más acusado aún por los mosaicos verdes y blancos que llenaban las paredes hasta su mitad. Mis compañeros, los que yo elegí para pasar la Nochebuena, se apretaban en estrechos bancos de madera cercanos a la mesa. La mayoría escondían las manos rojizas, llenas de sabañones, en los rajados bolsillos de chaquetas y abrigos. Las cabezas rapadas ponían una nota gris poco agradable. Sobre las mesas se alineaban los platos de aluminio que habían sido propiedad de tantos mendigos y desgraciados que pasaron aquí años y años. En el registro figuraban abuelos, padres y nietos, y hubo caso en que la herencia se efectuó dentro del rito tradicional más rígido. El hijo, loco, heredó la misma cama de roja colcha, el número, el plato y la cuchara. Su padre no le pudo dejar más.

Los mozos tardaron en llegar con los calderos. Como alguno de los asilados gritase palabras ininteligibles, antes de empezar el reparto, uno de ellos prometió:

—¡Silencio...! Y a ver si coméis callados, porque esta noche tendréis cena extraordinaria. Ya sabéis que es Nochebuena, y habrá ¡hasta vino!...

Ninguno de los comensales se conmovió ante el anuncio de la fecha, ni ante la abundancia de manjares que se prometían sólo con mencionar el alcohol. El ruido de la comida comenzó monótono, y yo continué hasta que, a una palmada, nos levantamos en dirección a una sala destartada que llamaban de descanso. Sentados en el suelo, apodados en la pared o a pie firme, transcurrieron las horas de la tarde. Yo me escabullí unos momentos a poder entrar en el dormitorio. Existía el mismo silencio. Solamente lo interrumpió un hombre demacrado que, incorporado en la cama, al verme, llamó:

—Venga aquí, hombre, venga aquí. Me duele el estomago mucho...

Mientras hablaba, sacaba un brazo largo, esquelético, y se señalaba el costado derecho.

A las siete de la tarde empezaron los ruidos precursores de la cena. Los mozos tenían el rostro más alegre y hablaban entre ellos de lo bien que pasarían aquella noche en las cocinas. Se comprometían a colocarse al lado de las criadas de su gusto, a respetarse los sitios, y grandes risotadas ponían acento lujurioso al comentario procaz... Su rara amabilidad llegó a tanto, que uno de ellos hasta ayudó a sentarse a un miserable viejo que arrastraba los pies y que miraba asustado a los lados; otro, para no ser menos, se acercó a la sala donde un pobre enfermo, en cucullas junto a la pared, dirigía los ojos fijamente al rincón ante el cual se había situado. Ni siquiera movió una pestaña cuando el mozo le tocó el hombro y le señaló el plato que puso en el suelo... Estaba en último período. Moriría pronto, y ya no era dueño de controlar ni su fisiología.

La comida de Nochebuena consistió en sopa con pilachas de carne, y más carne con patatas muy abundantes, un vaso de vino, fruta y dulce de membrillo. Algunos extrañaron el segundo plato, no se atrevían a comerlo. Los enfermos de idioma parecían ser los más agradecidos. Con ellos también compartían el regalo los más nerviosos y habladores, pero cuyas palabras siempre estaban encerradas en ritmo de salaró.

Tras la cena, los mozos repartieron dos cigarrillos a cada asilado. Eran cogidos ávidamente. Fué el único momento que un aliento humano pareció mover a aquellos seres. Unos los partían por la mitad; otros intentaban aumentar su ración con nuevas e inútiles peticiones. Los mozos desposaron entre risas a los castigados a esposas. A uno, joven fuerte, tuvieron que atarle nuevamente, porque cuando se sintió libre empezó a dar puñetazos contra los loqueros. Otra vez atado, miró fijamente todos y marchó con gesto hierático hacia el sitio más apartado. Un hilillo de sangre le corría hasta llegar al labio, allí se desviaba para perderse en el suelo. Parecía justamente un cordón.

Fumé gozoso el tabaco que llegaba como un regalo. Al terminar el segundo cigarrillo, oí nueve campanadas en el reloj de la capilla. Los enfermeros comenzaron los avisos. Con urgencia. Teníamos que acostarnos, y el servicio había que cumplirlo. Les acuciaba lógica prisa por vernos en el

Nochebuena
en el
Manicomio

dormitorio. Nos empujaban acompañando la acción con palabras amables:

—Ahora a dormir tranquilos, que para eso habéis tenido banquete...

Loqueros y mozos penetraron en el dormitorio. Uno de ellos se acercó a una cama situada no muy lejos de la mía. El enfermo que en ella estaba no acusaba movimiento. Se dibujaba su esqueleto bajo los pliegues de la ropa. El mozo le zarandeó el cuerpo, luego sacudió su cabeza y, fijándose mucho en su rostro, llamó a un compañero:

—Cecilio, acércate.

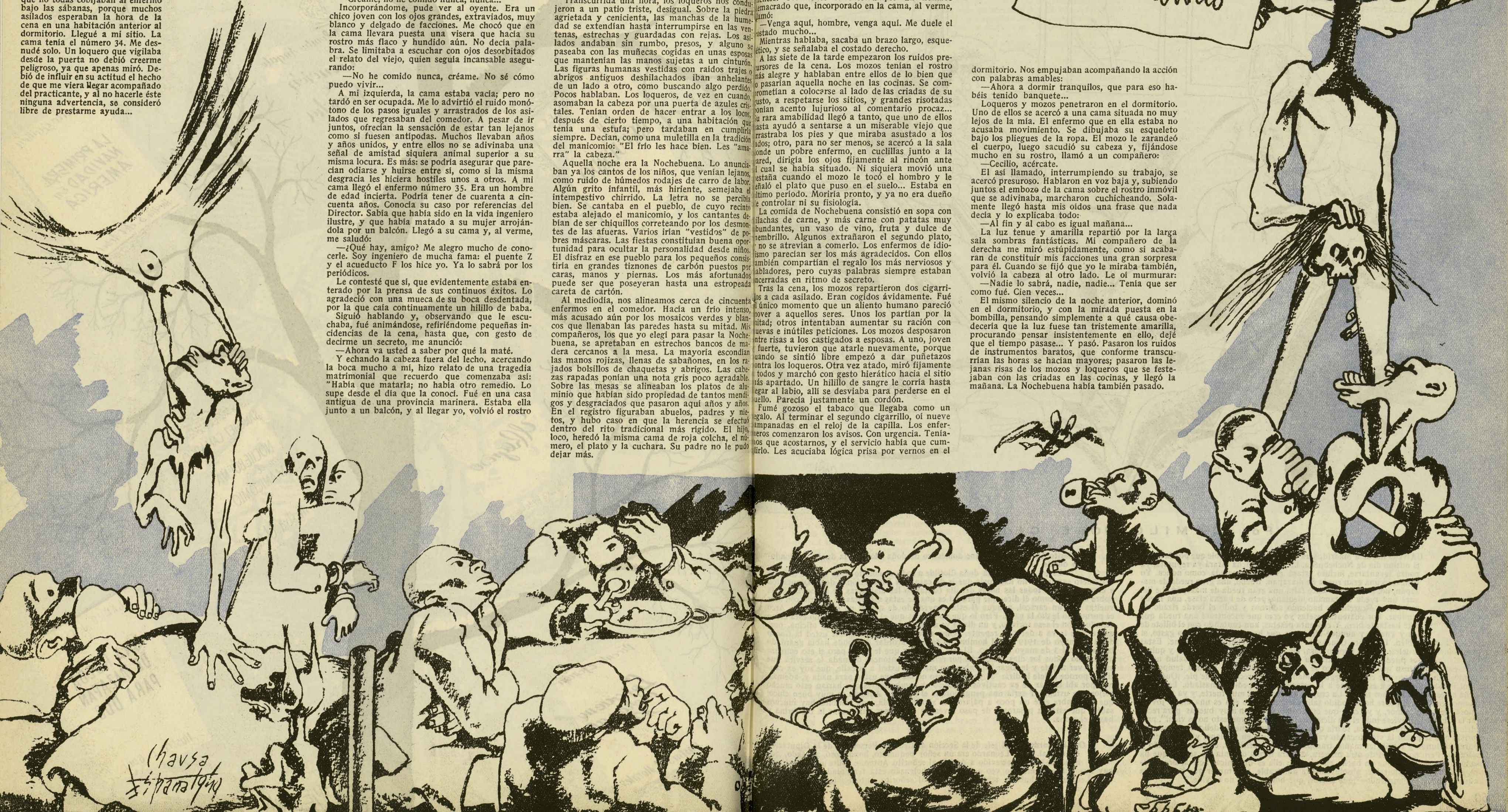
El así llamado, interrumpiendo su trabajo, se acercó presuroso. Hablaron en voz baja y, subiendo juntos el embozo de la cama sobre el rostro inmóvil que se adivinaba, marcharon cuchicheando. Solamente llegó hasta mis oídos una frase que nada decía y lo explicaba todo:

—Al fin y al cabo es igual mañana...

La luz tenue y amarilla repartió por la larga sala sombras fantásticas. Mi compañero de la derecha me miró estúpidamente, como si acabaran de constituir mis facciones una gran sorpresa para él. Cuando se fijó que yo le miraba también, volvió la cabeza al otro lado. Le oí murmurar:

—Nadie lo sabrá, nadie, nadie... Tenía que ser como fué. Cien veces...

El mismo silencio de la noche anterior, dominó en el dormitorio, y con la mirada puesta en la bombilla, pensando simplemente a qué causa obedecería que la luz fuese tan tristemente amarilla, procurando pensar insistentemente en ello, dejé que el tiempo pasase... Y pasó. Pasaron los ruidos de instrumentos baratos, que conforme transcurrían las horas se hacían mayores; pasaron las lejanas risas de los mozos y loqueros que se festejaban con las criadas en las cocinas, y llegó la mañana. La Nochebuena había también pasado.



Una rueda de mazapán para dos



Por CAMILO JOSE CELA

CUANDO llegue a Madrid, será la Navidad. Es posible que pueda llegar el mismo día de Nochebuena. La pobre Concha estará ya repuesta, ya podrá levantarse, incluso estará guapa y arreglada como nunca. Yo le llevaré una gran rueda de mazapán. Bueno, una gran rueda de mazapán, no; para dos no hace falta una gran rueda de mazapán. Le llevaré una rueda de tamaño mediano, pero de buena clase, una rueda con frutas escarchadas haciendo adornos y todo el borde rizado de almíbar. Por cuarenta pesetas yo creo que encontraré una rueda que esté bastante bien. Y cuarenta pesetas, aun contando con el billete de ida y vuelta, y aunque allí tenga que hacer algún pequeño gasto, si tengo. Y más también. La pobre Concha se pondrá muy contenta al verme. Estas separaciones son crueles; pero el tiempo pasa, las cosas tienden a arreglarse, y quizás dentro de dos años pueda casarme y traerla conmigo a la provincia. Su salud no es buena, pero yo pienso que poco a poco se irá reponiendo; lleva ya una temporada bastante bien. Yo creo que cuando llegue a Madrid podrá recibirme de pie. ¡Qué gran ilusión! Pensar que fuese a esperarme a la estación sería pedir demasiado. La pobre Concha no está para muchos trotes. La crujida que pasó fué muy fuerte, y ya nos conformamos con que la pobre haya podido salir adelante. Pero ella es una mujer joven, animosa, de buen humor, y yo creo que esas condiciones son muy buenas para recuperar la salud. Si estuviese todo el día diciendo: "¡ay, qué horror, esto no es vida!", probablemente no se curaría nunca, se iría quedando lánguidamente delicada, como esas señoritas que se pasan la vida tocando valses y polonesas en el piano, y se le pondría el mirar profundo y febril, las manos transparentes y marfilinas, el pecho hundido y suspirador. Pero no; ella es de otra manera, de otra forma distinta de ser; lo que ha pasado no ha sido más que un bache en su vida; ella es dinámica, activa, organizadora, es una mujer admirable, absolutamente admirable, una mujer que jamás diría aunque se estuviera muriendo: "¡qué horror, qué horror; esto no es vida!".

El señorito Antonio era el héroe doméstico de doña Clotilde, la dueña del fonduecho donde vivía. —Es un santo—decía doña Clotilde a todo el mundo—, lo que se dice un verdadero santo que no hace más que ir de casa a la Diputación y de la Diputación a casa y pasarse todas las horas del día contando las alabanzas de su novia, de la pobre Concha, como él dice, que para mí es una de estas señoritas de Madrid con más vueltas que un caracol, aunque él está convencido de que si no es Juana de Arco es porque no le dió la gana. Pero lo que yo digo es que el señorito Antonio está como alelado y con el seso sorbido, y un día se va a encontrar con un lio en su oficina, porque el jefe le va a decir de repente: "Oiga usted, Antonio, tráigame usted la Gaceta del 3 de mayo de 1919", y el hombre no se va a acordar de dónde había guardado la Gaceta del 3 de mayo de 1919. El jefe puede ser que le grite; pero si eso empieza haciéndolo todos los días, acabarán por echarlo, y entonces de nada le servirá que vaya a ver al jefe y le diga: "Hombre, no me eche usted a la calle, que soy ex cautivo", porque el jefe le dirá: "Si ya lo sé, pero no me sirve usted para nada y, además, hay por ahí la mar de ex cautivos e incluso ex combatientes que harían esto mucho mejor que usted." Y sería una pena, porque el señorito Antonio es muy buen chico; que el hombre esté un poco a pájaros no significa nada, que también hay muchos sabios que están a pájaros y de paso inventan medicinas para curar la tos ferina y hasta el asma.

Don Leonardo era el jefe de la Sección de Cédulas Personales de la Diputación Provincial. Don Leonardo era un señor pequeño, bondadoso, atildado, que nunca se hubiera atrevido a decirle al señorito Antonio: "Mire usted, Antonio; hay que aplicarse más; lo veo a usted más holgazán esta temporada." No, jamás. Don Leonardo, si hubiera tenido que reñir al señorito Antonio, le hubiera dicho:

"Venga usted, Antonio; ya sabe usted que yo lo quiero como a un hijo; yo tendría que decirle... vamos, que rogarle... ¿cómo diríamos?... Usted ya me entiende... Usted para mí es como un hijo, como un verdadero hijo; yo no tengo que decirle nada, usted es un chico inteligente que sabe de sobra lo que quisiera decirle... ¡A buen entendedor...!" Pero don Leonardo no tuvo que decirle nada; don Leonardo estaba muy contento del comportamiento del señorito Antonio.

Un ujier se metió en el archivo donde trabajaba el señorito Antonio. —Oiga, que el jefe dice que vaya. —¿Yo? —Sí. Usted. El señorito Antonio se arregló un poco la corbata y se pasó la mano por la cabeza para alisarse el pelo. Por los oscuros pasillos de la Diputación, el corazón latía en el pecho del señorito Antonio al mismo ritmo que sus rápidos pasos. —¿Da su permiso? A través de la gruesa puerta de madera, y como amortiguado por los legajos que cubrían las paredes hasta el techo, al señorito Antonio se le figuró oír un lejano "¡adelante!". —Siéntese usted, Antonio; tengo que hablar con usted sobre este permiso de Navidad.

Al señorito Antonio se le secó la garganta de repente; quiso decir algo así como "Muy bien, lo que usted guste", pero no pudo. —A mí me parece muy razonable su pretensión. Querer pasar la Navidad con la prometida, sobre todo cuando, por las circunstancias, se permanece separados todo el año, me parece justo y razonable, muy razonable. He hablado con el señor Jefe de Personal y no ha puesto objeción alguna; su expediente es bueno y he accedido gustoso a su petición... Al señorito Antonio, por la parte de dentro de los ojos, le empezaron a volar, vertiginosamente, como una nube de veloces y zigzagueantes golondrinas de color de plata. Cerró un momento los ojos, y las golondrinas le picaban en los párpados, para que los abriese. —... de que el permiso se le amplíe en dos días para poder llegar el mismo día de Nochebuena a Madrid. Y aquí tengo el oficio firmado por el señor Presidente. Tómelo usted, y enhorabuena. Que sea muy feliz y que Dios les bendiga a su prometida y a usted.

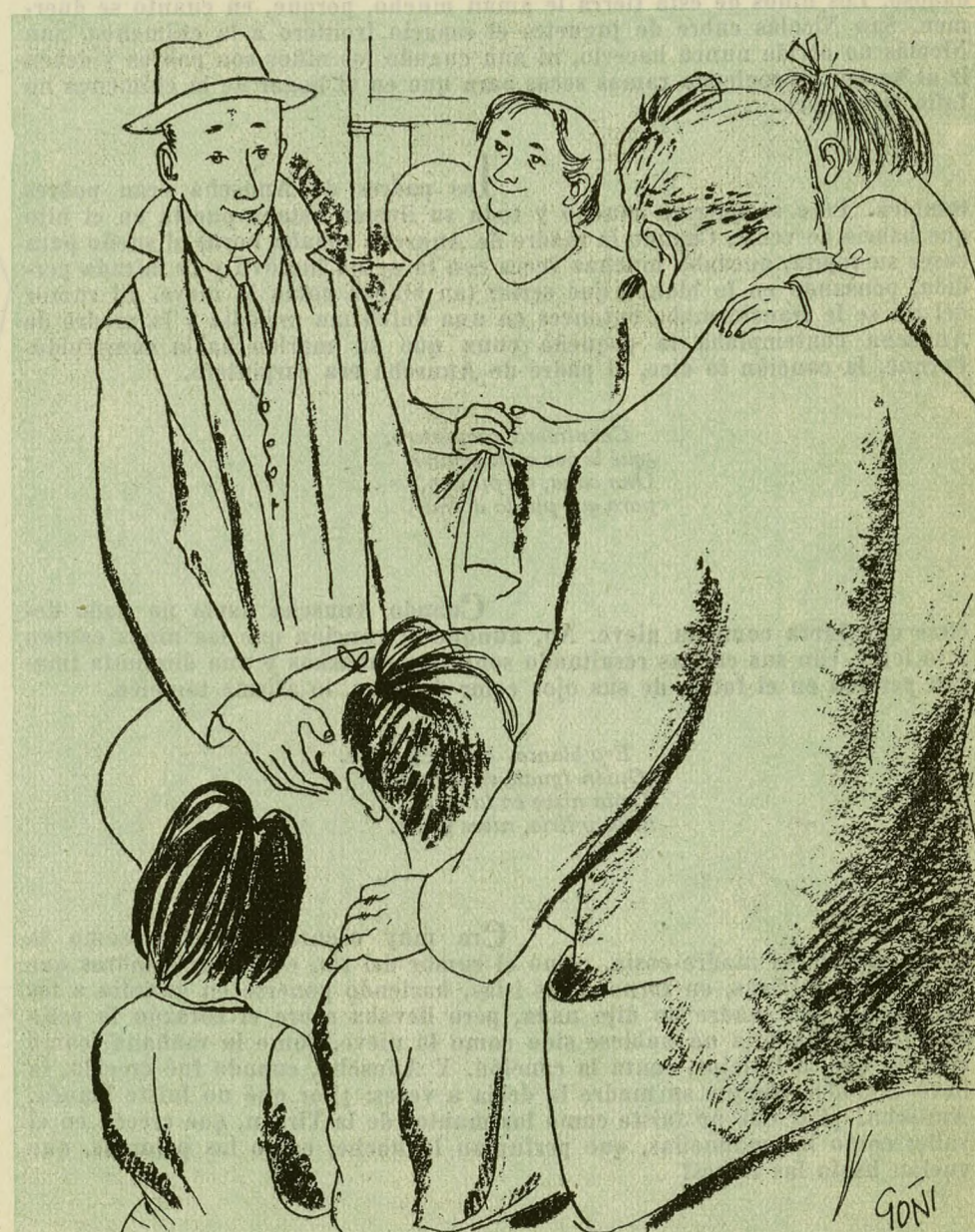
Don Leonardo sonrió. —Y a ver si el año que viene ya me la presenta usted como su señora. El señorito Antonio ni se movió ni dijo una palabra. Quiso sonreír, pero tampoco pudo sonreír. Quiso alargar la mano para recoger el oficio firmado por el señor Presidente, pero tampoco pudo alargar la mano para recoger el oficio firmado por el señor Presidente. —¿Qué le pasa? ¿Se siente mal? El señorito Antonio estaba pálido. Un hombre muy inteligente hubiera adivinado en sus ojos una alegría inmensa. —Seréne, Antonio, seréne un poco. ¿Se siente mal? Don Leonardo se levantó y fué por el botijo. —Beba usted agua y váyase después a tomar un café. Eso le hará bien. Don Leonardo sostuvo el botijo para que el señorito Antonio pudiese chupar dos o tres tragos. El señorito Antonio sonrió y habló con una voz ronca y extraña, con una voz que parecía sonar detrás de un tabique. —Gracias, don Leonardo, muchas gracias; es usted muy bueno conmigo, con nosotros. La pobre Concha también se lo agradecerá... ¿Puedo marcharme? —Sí, hijo, váyase usted. Guarde usted bien el oficio... El señorito Antonio, al verse en el pasillo, salió corriendo como un niño asustado. Después se echó a llorar. Después se fué a tomar un café. El señorito Antonio era profundamente feliz.

DESDE la ventanilla del vagón de tercera se veía un campo triste, inhóspito, desolado, un campo de fríos charcos, de árboles desnudos y ateridos, de paja, ritos de plumas grises que volaban resignadamente bajo el frío. Quizás desde las ventanillas de los vagones de primera se divisase un bello paisaje blanco y navideño, blandamente nevado como en los cuentos de Andersen, cruzado de vez en cuando por alegres campesinos que cantaban villancicos y llevaban un haz de leña al hombro para encender el gran fuego de la Nochebuena. Todo puede ser. El señorito Antonio, sentado en su vagón de tercera, con la rueda de mazapán bien envuelta y puesta sobre las rodillas, no atendía a la conversación de los demás viajeros. —El tren llegará a Madrid sobre las ocho. Es muy buena hora. Concha ya habrá recibido mi telegrama, ya estará impacientemente la pobre... En el vagón de tercera había un frío cruel, un frío que se metía en los huesos y allí se quedaba, buscando un poco de calor. En un rincón, dos guardias civiles, enfundados hasta las orejas, fumaban en silencio el lento y negro tabaco del aburrimento. Una señorita mayor, con aire de pensionista, llevaba trescientos kilómetros comiendo avellanas; de vez en cuando preguntaba qué hora era. Dos mujeres y un hombre gordo, lustroso y sin corbata, hablaban por los codos y bebían de una botella de vino blanco de marca. Un mocito flaco, como de catorce años, miraba, abstraído y silencioso, para los bultos de la rejilla, amontonados, resignados y quietos como emigrantes... —La pobre Concha se pone muy nerviosa en estos casos. Yo la animaré, y le diré: "Te das cuenta de que ya es una Navidad menos que pasaremos solteros?". Ella, a lo mejor, se emocionará demasiado. No; será mejor que no le diga nada, que le diga otra cosa menos, ¿cómo diría?, menos cariñosa. Mi cariño ya no se lo tengo que demostrar; ya ella sabe, desde hace tiempo, que es mucho y de buena ley...

ON su rueda de mazapán debajo del brazo, el señorito Antonio bajó corriendo las escaleras del Metro. Al entrar en el vagón, una mujer le tropezó con violencia. —Señora, por Dios, no empuje usted así. ¿No ve que, por poco, me aplasta usted mi rueda de mazapán? Al llegar a su estación, el señorito Antonio, que salió como un loco, atropelló a la mujer. El señorito Antonio ni la miró ni le pidió perdón. El señorito Antonio tenía otras cosas en qué pensar.

Desde la boca del Metro hasta casa de Concha habría unos cuatrocientos pasos. El señorito Antonio entró como una bala en el portal. El ascensor estaba subiendo y había que esperar. ¡Qué fatalidad! El portero le saludó muy fino. —¡Felices Pascuas, señorito Antonio, y bien venido! La señorita Concha dejó una carta para usted. —¿Eh? —Que la señorita Concha dejó una carta para usted. El señorito Antonio procuró simular tranquilidad. —¡Ah, sí! A ver, démelas usted. La carta de Concha decía así: "Adiós. Pienso ser más feliz que contigo. Que Dios te ayude. Concha." El señorito Antonio no dejó caer la rueda de mazapán, la apretó con más fuerza. El señorito Antonio se encontró, de repente, completamente tranquilo. El señorito Antonio sonrió. —Oígame, Serafín, ¿me hace un sitio en su mesa de Nochebuena? Serafín era el que estaba al borde del llanto. Algo adivinaba que le producía ganas de llorar. —Ya sabe usted que sí, señorito Antonio; pero no piense usted que va a comer pavo... Serafín y el señorito Antonio se fueron hacia la portería. —Yo pongo esta rueda de mazapán. No tocaremos a mucho, claro, porque ésta era una rueda de mazapán para dos... Serafín se fué para dentro y al cabo de unos instantes volvió con su mujer y con todos los chicos. La mujer de Serafín le dijo al señorito Antonio: —Ya me dijo mi Serafín lo que le pasa. ¡Hay que ver lo que le hizo la señorita Concha! Y el señorito Antonio le dijo a la mujer de Serafín: —¡Qué vamos a hacerle, señora Engracial! ¡Cada cual mira por lo suyo!

FUERA, un perro vagabundo, con el rabo entrepiernas, las orejas lacias, las lanas empapadas, pasaba a un troticillo aburrido, como escapando, sin demasiada ilusión ni esperanza, de su propia soledad.



ILUSTRACIONES DE LORENZO GOÑI

SUS padres querían tener una hija como la nieve... Esta es la historia de Anuscha, la que cantan los niños, allí, muy lejos, donde las balalaikas son dulces y las noches blancas. Los niños la cantan con voces muy puras, con sus caritas resaltando sobre las rubaskas, con sus pómulos agudos y sus ojos claros, como grandes gotas de agua. En el fondo de estos ojos se anima, diminuta, la imagen de Anuscha, la niña que sus padres querían como la nieve. Y cuando la Navidad llega, la imagen de Anuscha crece, crece, y se la puede ver caminando, alegre y dichosa, hasta la margen del río.

El río viene muy crecido por la Navidad. Sus orillas se hielan y los árboles y las plantas parecen esas pequeñas ramas que encierran las botellas de licor. Es un licor muy dulce, como Anuscha era, y los niños gustan de él y no del ardiente y áspero wodka, que hace alborotar a los mayores. Pero también los mayores cantan estos días la canción de Anuscha; la canción de Anuscha y del río, que tiene heladas las márgenes y las plantas y los árboles de sus orillas como cubiertos de azúcar.

En el centro, el río no se hiela jamás, porque el agua lo impide al bajar turbulenta. El agua suena como si muchas voces se encontraran prisioneras en su fondo, y de noche estremece escucharle. Su rumor avanza sobre la llanura. Parece el de un tropel de caballos desbocados que, sin embargo, ninguna huella dejan sobre la nieve. Pero los niños saben que el agua del río trae un mal mensaje y se arrojan entre las sábanas, y miran el chisporrotear de los leños en la chimenea y la débil lamparilla que alumbraba la imagen de San Nicolás. San Nicolás es grande y bondadoso. Los niños de esta tierra le aman mucho, porque, en cuanto se duermen, San Nicolás cubre de juguetes el espacio frontero a la chimenea. San Nicolás no olvida nunca hacerlo, ni aun cuando los niños son pobres y deben ir al bosque, recogiendo ramas secas para que en el hogar de la chimenea no falte la lumbre.

Los padres de Anuscha eran pobres también. Pero se querían mucho y toda su ilusión estaba puesta en el hijo que habría de venir. Cuando la madre de Anuscha robaba horas al sueño para coser su ropita, quedaba muchas veces con la aguja inmóvil y la mirada perdida, pensando en lo blanca que sería; tan blanca como la nieve. El rumor del río se le transformaba entonces en una dulcísima melodía y la madre de Anuscha contemplaba la pequeña cuna que su marido había construido. Porque, la canción lo dice, el padre de Anuscha era carpintero.

*Carpintero, carpintero,
¿qué le vas a construir?
Una cuna, carpintero,
para que pueda dormir.*

Cuando Anuscha nació no pudo decirse que fuera como la nieve. No, aunque la canción que los niños cantan a lo lejos, con sus caritas resaltando sobre las rubaskas y una diminuta imagen perdida en el fondo de sus ojos color de agua, lo afirma también.

*Era blanca, blanca y clara.
¿Quién igualó su blancor?
Tanta nieve en la cara,
nieve y lirio, nieve y lor.*

Era muy oscura Anuscha, como la noche en que su madre cosía, como el rumor del río, como las sombras que se mueren, furtivas, en torno a las islas, haciendo ponerse en guardia a los campesinos. Su madre no dijo nada, pero llevaba sobre el corazón la pena de que aquella hija no hubiese sido como la nieve, como la mañana, como el lirio, que, a lo lejos, canta la canción. Y Anuscha, cuando fué crecida, la llevó también, porque su madre la decía a veces: ¿Por qué no fuiste blanca, Anuscha? ¿Por qué no fuiste como los mantos de la Virgen, que crecen en el valle; como las magnolias, que perfuman la noche; como las palomas, que vuelan hasta las nubes?

También la canción nos dice que Anuscha estaba triste, y las voces de los niños bajan al llegar a estas estrofas, y el agua de sus ojos se enturbia como si el viento soplara sobre ella.

La Canción de ANUSCHA

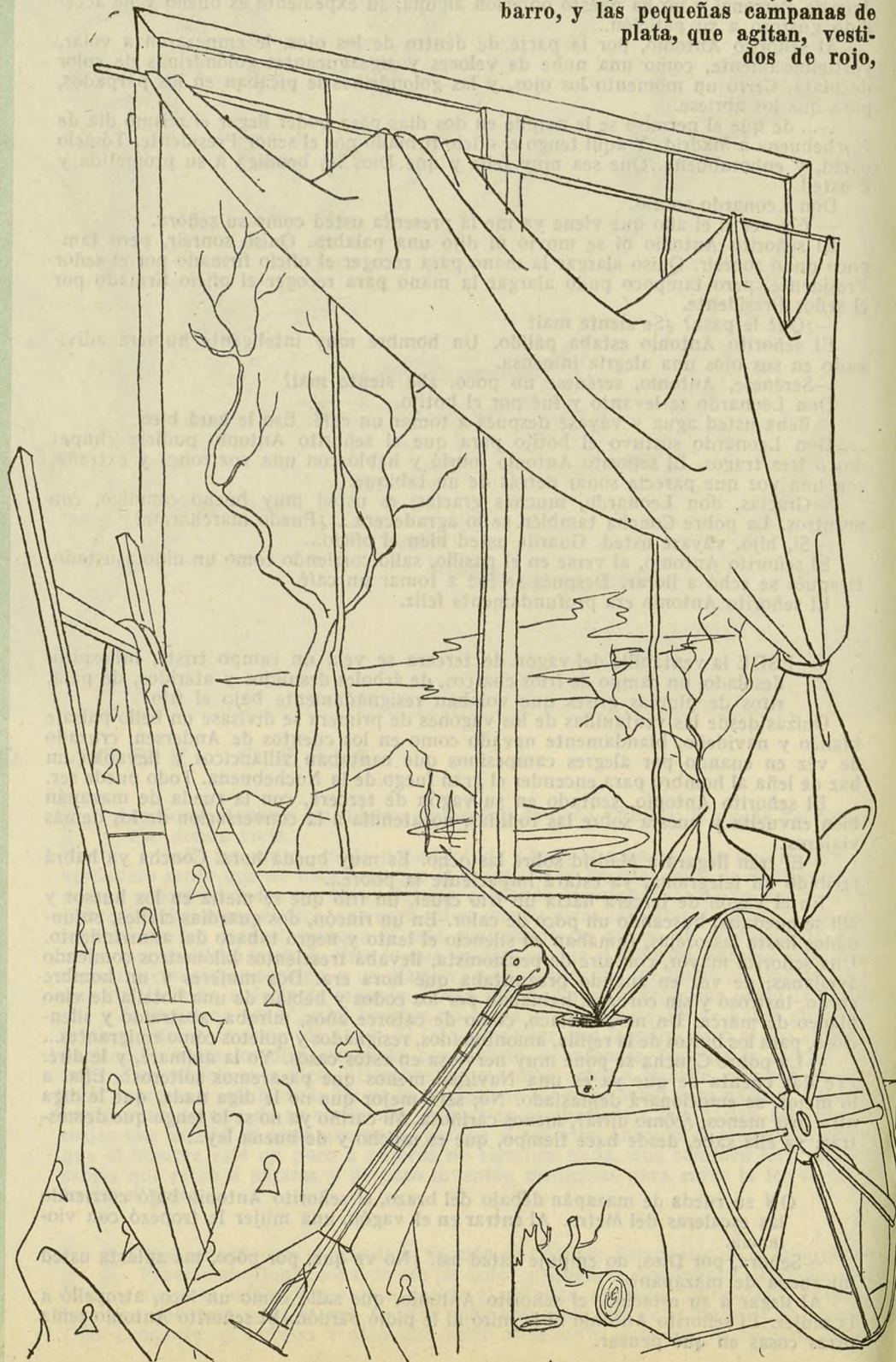
Cuento, por Manuel Pombo Angulo

También la canción nos dice que Anuscha estaba triste porque su piel no era como la nieve.

*Mis penas doy a la fuente,
al río mi suspirar.
Se los lleva la corriente
¡y me los vuelvo a encontrar!*

Anuscha encontraba su pena todos los días, su pena de ser oscura, de tener los ojos negros y la piel encendida de sol. Por eso, cuando aquella Navidad fué llegada, pidió a San Nicolás que le trajese una piel blanca, que la hiciera dormir ante la chimenea, que alimentaban las ramas secas recogidas por ella en el bosque, para despertar, a la mañana siguiente, tan blanca como el mismo amanecer. Anuscha sabía que esto era posible, que todo era posible para San Nicolás, el que viene de muy lejos, deposita sus juguetes para los niños que fueron buenos y, después, sonríe al mirar cómo la lamparilla alumbraba su icono. Quizá

los hombres se rían de este creer de Anuscha; pero los niños saben que estaba en lo cierto, que el corazón de Anuscha, lleno de fervor y fe, encerraba toda la sabiduría del mundo en su pequeña caja rosa. Por eso Anuscha se durmió, feliz y confiada, mientras las campanas del mundo—las campanas de bronce, y las de cobre, y las de barro, y las pequeñas campanas de plata, que agitan, vestidos de rojo,



los monaguillos—, esperaban dar al viento su clamor alborozado, porque Anuscha era ya tan blanca como las cigüeñas que dan guardia a las esbel-
tas torres.

Pero San Nicolás no llegaba aquella noche. Anuscha no podía conciliar el sueño, y para no ahuyentar a San Nicolás, que no gusta ser observado, ocultaba su cabeza bajo las sábanas. El tiempo pasaba muy lentamente. También lo dice la canción que se canta a lo lejos, mientras las balalaikas se quejan a la noche con notas muy dulces, muy suaves, apenas sonadas.

*Ay, que me muero, me muero,
que me muero de esperar;
dile, viento, que le espero;
díselo, espuma del mar.*

Mas ni el viento traía la respuesta de San Nicolás ni tampoco las espumas de las olas parecían transmitirle el mensaje de Anuscha. Por eso Anuscha se levantó, y se fué hacia el río, porque el río era muy malo y podía haber hecho crecer su corriente sólo para que San Nicolás no consiguiera cruzarlo. Caminaba sobre la nieve, con los pies desnudos, y tampoco sus pies dejaban huellas en la nieve, como el rumor del río y el correr del viento. Su largo camisón las iba borrando al arrastrar, y Anuscha parecía un pequeño fantasma, el fantasma de un niño, mientras levantaba la cabeza hacia la luna y la luna la volvía muy blanca, tan blanca como su madre no la soñó jamás.

Cuando llegó a las márgenes del río vió a San Nicolás luchando contra la corriente. El río le apresaba con sus mil brazos, y apenas se libraba de uno, cuando ya otro le tenía sujeto. El saco, repleto de juguetes, dificultaba sus movimientos, y el río le tendía su trampa de remolinos, y, desde su fondo, las cien voces prisioneras parecían gritarle:

—¡Ven!, ¡Ven!

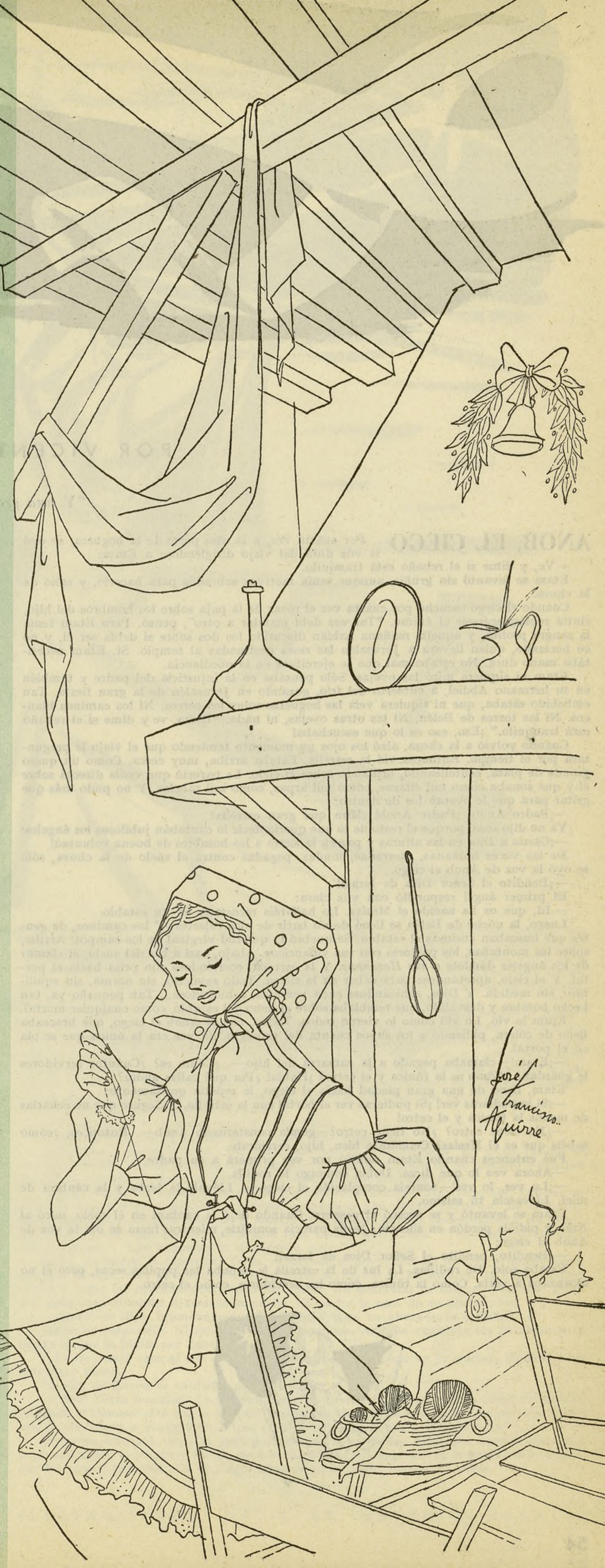
Pero San Nicolás no podía ir, porque debía llevar a cabo su reparto de juguetes. Tampoco podía pedir ayuda a nadie, ni siquiera a San Cristóbal, que cruzó al buen Jesús sobre otro río en turbión, porque San Nicolás debe realizar sólo su trabajo sin más ayuda que la de los niños, que le ayudan durmiendo. Por eso cuando vió a Anuscha, tan blanca y tan chiquita junto a las orillas, le gritó: ¡Anuscha, ayúdame, Anuscha!

Y Anuscha, con las piernas en el agua y sus bracitos tendidos hacia adelante, le repuso: ¡Tírame el saco, San Nicolás!

San Nicolás tiró el saco; al momento el río se volvió muy calmo, como cuando se derrama aceite sobre las aguas. Pero el saco rompióse al chocar contra el suelo y Anuscha y San Nicolás debieron inclinarse muchas veces para recoger los juguetes. Y cada vez que se inclinaban, una estrella caía del cielo.

* * *

Lo dice también la canción. La encontraron muerta, junto al río, y su carita era ya muy blanca. Y en su torno había cientos de juguetes. Y todos los años los niños de la lejana tierra donde se canta la canción de Anuscha, van a las márgenes del río para recoger los juguetes que les trae San Nicolás.



LOS QUE NO VIERON AL NIÑO

POR VICENTE ESCRIVA

"Y una gran estrella fulguró en la limpidez de los espacios..."

ANOB, EL CIEGO Por cuarta vez, a la otra parte de la hoguera, se oyó la voz dura del viejo dirigiéndose a Etam:

—Ve, y dime si el rebaño está tranquilo. Etam se levantó sin gruñir, aunque tenía motivos sobrados para hacerlo, y salió de la choza.

Cuando el ciego escuchó por cuarta vez el rozar de la paja sobre los hombros del hijo, sintió reblandecerse el ánimo. "Tal vez debí mandar a otro", pensó. Pero Etam tenía la sangre pronta, y aquella mañana habían discutido los dos sobre si debía ser él, y no su hermano, quien llevara a Jerusalén las reses destinadas al templo. Sí. Etam necesitaba mano dura. No estaba mal que se ejercitara en la obediencia.

Etam ni siquiera miró las ovejas. Sólo pensaba en la injusticia del padre y también en su hermano Abdiel, a cubierto del frío, gozando en Jerusalén de la gran fiesta. Tan embebido estaba, que ni siquiera veía las hogueras sobre los cerros. Ni los caminos blancos. Ni las torres de Belén. Ni las otras ovejas, ni nada. "Etam, ve y dime si el rebaño está tranquilo." ¡Eso, eso es lo que escuchaba!

Cuando volvió a la choza, alzó los ojos un momento temiendo que el viejo le preguntara por el tiempo. Entonces vio la estrella. Estaba arriba, muy cerca. Como un queso grande de plata, centelleando, brillando sobre el cielo. Le pareció que venía directa sobre él y que sonaba como mil cítaras, como mil arpas, como mil rabeles. Y no pudo más que gritar para que le oyeran los de dentro:

—¡Padre Anob! ¡Padre Anob! ¡Mira qué gran estrella! Ya no dijo más, porque el resto de lo que quería decir lo cantaban jubilosos los ángeles:

—¡Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad!

De las voces humanas, aterradas, mudas, pegadas contra el suelo de la choza, sólo se oyó la voz de Anob el ciego.

—¡Bendito el Señor Dios de Israel! El primer ángel respondió con voz clara:

—¡Id, que os ha nacido el Mesías. Lo hallaréis recostado en un establo.

Luego, la noche de Belén se llenó de un batir de alas celestes. Y los caminos, de gentes que buscaban ansiosas el establo. Se quebró la quietud virginal de los campos. Arriba, sobre las montañas, los pastores con sus villancicos. Abajo, casi a ras del suelo, el clamor de los ángeles dándole a sus *Hosannas*. Y la estrella, corriendo con prisa hacia el portal. Y el cielo, apretándose para caber en la tierra. Todo revuelto, sin norma, sin equilibrio, sin medida. Y Dios, achicándose cada vez más, achicándose... Tan pequeño ya, tan hecho hombre y desvalido, que temblaba sobre el heno del establo, como cualquier mortal.

Etam lo vio. Lo vio como lo vieron todos. Todos, menos Anob el ciego, que braceaba lleno de cólera, pidiendo a los suyos cuenta del prodigio. Su voz era la única que se oía en el portal.

—¡Etam!—clamaba pegado a la zamarra del hijo—. ¿Cómo es? ¿Cuántos servidores le guardan? ¿Cómo es la túnica y el cetro? ¡Habla! ¿Por qué callas ahora?

Etam, lleno de una gran piedad hacia el ciego, le repetía quedamente:

—¡Si lo pudieras ver! ¡Si pudieras ver el portal con la estrella...! ¡Seguro que no echarías de menos la túnica y el cetro!

—¿No tiene cetro? ¿No tiene cetro?—gemía consternado Anob—. Entonces, ¿cómo sabéis que es el Mesías? Cerciórate bien, hijo, cerciórate.

Fué entonces cuando Etam mintió por vez primera a su padre.

—Ahora veo lo que dices. Dobra conmigo la rodilla.

—¡Lo ves, lo ves!—sonreía complacido el ciego—. Llévale la leche y la cántara de miel. Llévasela tú mismo.

Etam se levantó y se acercó al pesebre. Cuando dejó la cántara en el suelo, miró al Niño y pidióle perdón en silencio. Jesús parecía sonreírle, mientras fuera se oía la voz de Anob el ciego:

—¡Bendito, bendito el Señor Dios de Israel! Estaba solo. De rodillas. La luz de la estrella le bañaba las pupilas secas, pero él no alcanzaba a verla. Como la túnica, como los servidores, como el cetro.

SIMON, LLAMADO PEDRO Con mejor suerte, las luces de Cafarnaúm, brincando sobre el lago,

le hubieran parecido a Andrés muy distintas. Así apenas le decían gran cosa. Sus manos le preocupaban más. Sus manos, que el viento de diciembre, después de recalar en la vela, cortaba una y otra vez duramente. Miró a Simón, su hermano, derrumbado sobre la escotilla, y tornó a sentir por él una gran lástima. Durante diez días había estado pidiéndole al padre salir por cuenta propia a la mar. Jonás, el patrón, apenas se dignó escucharle. "Halaga al hijo—le contestó—, y te hará temblar luego. Juega con él, y te llenará de pesadumbres." Y no hubo forma de sacarle más.

Pero está escrito que es el hacha la que mella el tronco, y Simón era terco, con la cabeza dura como el hierro, y el padre, por muy patrón de barcas que fuera, tenía que acabar ablandándose.

—Ahora, Andrés—le gritó aquella mañana Simón cuando zarparon—, que el Señor nos dé un poco de suerte.

Andrés sabía por qué hablaba así su hermano. Con la barca llena, su boda era segura al retorno, y no habría más que esperar. Por eso, al verle ahora abatido después del fracaso, sentía por él aquella compasión. Por eso le importaban tan poco las luces de Cafarnaúm. Por eso renegaba de sus manos.

Y, a pesar de todo, le cegó el resplandor de la estrella. Tenía que cegarle a la fuerza, porque el lago devolvió su fulgor como un espejo. Pero también miraba esto Simón y seguía sin levantar cabeza del madero.

—¡Hermano!—le gritó—. ¿Qué luz extraña es ésta?

—No sé—respondió Simón incorporándose pesadamente—. Tensa la vela.

—Recuerda lo que dijeron en la sinagoga—insinuó Andrés—. Estamos sobre el tiempo de las profecías. Puede ser un prodigio del Señor. Coge los remos y volvamos de prisa a Betsaida.

Simón no se movió. Las palabras de Andrés le turbaron un poco, pero siguió mirando la estrella que se inclinaba ligeramente hacia el sur.

—¡Recuérdalo, Simón! A la otra parte del Jordán—dice el profeta—está la Galilea. Sobre ella vendrá una gran luz e iluminará a los que la habitan. ¡Puede ser ésta, hermano! ¡Bien puede ser ésta!

Simón permaneció mudo unos instantes, como si en su cabeza no encontraran lugar tantas palabras juntas. Después alzó sus ojos a la estrella y los tornó a la superficie plateada del lago. Algo se le revolvía en su interior, desconocido para Andrés. Al fin respondió pausadamente:

—Ahora tuerce el timón y volvamos adentro. Si esta claridad es del Señor, como dices, vamos a aprovecharla, puesto que El nos la envía. Al fin, ¿qué tenemos que ver tú y yo con el tiempo de las profecías? Esto es lo nuestro, y Dios lo sabe bien, que nos hizo para pescadores.

Después cogió los remos y los hundió en el agua. Miró otra vez la estrella, pero ésta no le decía nada.



JUAN, EL PRECURSOR Cuando el niño rechazó el pecho por sexta vez, el corazón de Isabel se llenó de grave sobresalto. Era la noche de Kisleu, y su marido oficiaba en el templo; por lo tanto, no podía ayudarla ni darle consejo. Dejó el niño en la cuna y sentóse a su lado, sin saber qué hacer ni qué decir. Una azul claridad—la de la estrella—llenaba las paredes de la estancia. Isabel pensó en las grandes luminarias de la fiesta y ajustó la esterilla de esparto por si las luces de Jerusalén inquietaban al niño. Pero Juan seguía con los ojos abiertos mirando a la ventana, como si allí estuviera la razón de todo. La mano de la madre se posó sobre la frente del pequeño. La frente estaba fresca, tal vez demasiado para un niño tan robusto como el suyo. Y aún se desconcertó más. Pensó en marchar al templo con el



JARIM, EL DE LAS CRUCES La noche del veinticinco de Kisleu, fiesta de la Dedicación, parecía el cielo de Jerusalén, con las hogueras, un ascua de oro. Esto lo pensaba Jarim, hijo de Bared, cuando, al pie de la torre Antonia, cargó la pesada cruz sobre el jumento. Luego se dejó estar de fantasías, y perdióse junto a los muros. Aún tronaba la voz del Decurión:

—¡Mañana al amanecer!

Jarim espoleó a la cabalgadura renegando de su perro oficio, de la insolencia de Roma, y de su padre, que le privaba aquella noche de divertirse con sus compañeros. Jarim tenía dieciocho años, la ciudad se estremecía en fiestas, y al mozo le parecía injusto tener que subir la cruz al Gólgota cuando el reo podía subirlo muy bien. Y no era sólo esto. Otras noches, su trabajo quedaba oculto a los demás. Las gentes no se paraban a pensar quién llevaba ni traía las cruces cuando éstas se alzaban sobre el monte. Pero ahora tenía que abrirse paso entre una multitud de curiosos que le asaeteaban con sus bromas:

—¡Jarim! ¿A quién cuelgas mañana?

—¡Jarim! ¡Dile a tu padre que la calce bien!

—¡Jarim! ¡Que no os suceda lo de hace unas semanas!

Jarim esto... Jarim lo otro... Al pasar por una calle abovedada, un joven rabino se recogió el manto, dando muestra de escándalo. Más lejos, el potro de un romano levantóse de manos, asustado. ¡Buen oficio para no cosechar más que disgustos!

Cuando dejó a sus espaldas la muralla, comenzó a sentirse más tranquilo. Tal vez su padre le dejara libre si acababan pronto, y entonces aún podría participar de la fiesta. Miró hacia arriba, hacia el cerro de la muerte, y le pareció aquella noche distinto. Su calva, descarnada como una carroña, semejava más blanca que nunca. "Todo es distinto esta noche—pensó—. Las hogueras lo desfiguran todo."

Bared, su padre, le esperaba. Tenía ya cavado el hoyo, con las piedras a punto; pero, al poner la cruz, ésta se doblaba un poco hacia la izquierda. La sacaron de nuevo. Bared volvió a coger las herramientas, mientras Jarim, sin disimular su disgusto, sentóse sobre una gran roca mirando fijamente la noche. Su padre le sacó de su abstracción.

—¿Qué?—le dijo, bromeando—. ¿También a ti te ha chocado la estrella?

Jarim no respondió. Ni miró la estrella tampoco. Andaba eligiendo las palabras para soltar lo que le bullía por dentro.

—Padre—dejó caer al fin—. Hay mejores oficios que éste en la ciudad. Mañana buscaré otro nuevo.

La risa de Bared se extendió por el Gólgota.

—¡Bah! ¿Esas tenemos? Lo mismo dije yo a tu abuelo, y aquí estoy, como tú estarás, andando el tiempo. ¿De qué te quejas? Nos pagan bien. Y éste es oficio que permite andar con la conciencia a gusto. Piensa que aquí no colgarás nunca a ningún santo.

Jarim no contestó. Aquella noche estaba contra su padre. Miró allá lejos la estrella y le pareció como todas. Pero no era suya la culpa. Las mil hogueras de la ciudad se le metían por los ojos y tapaban con su fulgor sangriento la noche blanca de Belén.





El regreso

POR CARMEN LAFORET

ERA una mala idea, pensó Julián, mientras aplastaba la frente contra los cristales y sentía su frío húmedo refrescarle hasta los huesos, tan bien dibujados debajo de su piel transparente. Era una mala idea ésta de mandarle a casa la Nochebuena. Y, además, mandarle a casa para siempre, ya completamente curado. Julián era un hombre largo, enfundado en un decente abrigo negro. Era un hombre rubio, con los ojos y los pómulos salientes, como destacando en su flacura. Sin embargo, ahora Julián tenía muy buen aspecto. Su mujer se hacía cruces sobre su buen aspecto cada vez que lo veía. Hubo tiempos en que Julián fué sólo un puñado de venas azules, piernas como larguísimos palillos y unas manos grandes y sarmentosas. Fué eso, dos años atrás, cuando lo ingresaron en aquella casa de la que, aunque parezca extraño, no tenía ganas de salir.

—Muy impaciente, ¿eh?... Ya pronto vendrán a buscarle. El tren de las cuatro está a punto de llegar. Luego podrán ustedes tomar el de las cinco y media... Y esta noche, en casa, a celebrar la Nochebuena... Me gustaría, Julián, que no se olvidase de llevar a su familia a la misa del Gallo, como acción de gracias... Si esta Casa no estuviese tan alejada... Sería muy hermoso tenerlos a todos esta noche aquí... Sus niños son muy lindos, Julián... Hay uno, sobre todo el más pequeñito, que parece un Niño Jesús, o un San Juanito, con esos bucles rizados y esos ojos azules. Creo que haría un buen monaguillo, porque tiene cara de listo...

Julián escuchaba la charla de la monja muy embebido. A esta Sor María de la Asunción, que era gorda y chiquita, con una cara risueña y unos carrillos como manzanas, Julián la quería mucho. No la había sentido llegar, metido en sus reflexiones, ya preparado para la marcha, instalado ya en aquella enorme y fría sala de visitas... No la había sentido llegar, porque bien sabe Dios que estas mujeres con todo su volumen de faldas y tocas caminan ligeras y silenciosas, como barcos de vela. Luego se había llevado una alegría al verla. La última alegría que podía tener en aquella temporada de su vida. Se le llenaron los ojos de lágrimas, porque siempre había tenido una gran propensión al sentimentalismo, pero que en aquella temporada era ya casi una enfermedad.

—Sor María de la Asunción... Yo, esta misa del Gallo, quisiera oírla aquí, con ustedes. Yo creo que podía quedarme aquí hasta mañana... Ya es bastante estar con mi familia el día de Navidad... Y en cierto modo ustedes también son mi familia. Yo... Yo soy un hombre agradecido.

—Pero; ¡criatura...! Vamos, vamos, no diga disparates. Su mujer vendrá a recogerle ahora mismo. En cuanto esté otra vez entre los suyos, y trabajando, olvidará todo esto, le parecerá un sueño...

Luego se marchó ella también, sor María de la Asunción, y Julián quedó solo otra vez, con aquel rato amargo que estaba pasando, porque le daba pena dejar el manicomio. Aquel sitio de muerte y desesperación, que para él, Julián, había sido un buen refugio, una buena salvación... Y hasta en los últimos meses, cuando ya a su alrededor todos lo sentían curado, una casa de dicha. Con decir que hasta le habían dejado conducir...! Y no fué cosa de broma. Había llevado a la propia Superiora y a sor María de la Asunción a la ciudad a hacer compras. Ya sabía él, Julián, que necesitaban mucho valor aquellas mujeres para ponerse confiadamente en manos de un loco... o un ex loco furioso, pero él no iba a defraudarlas. El coche funcionó a la perfección bajo el mando de sus manos expertas. Ni los baches de la carretera sintieron las señoras. Al volver, le felicitaron, y él se sintió enojecer de orgullo.

—Julián...

Ahora estaba delante de él sor Rosa, la que tenía los ojos redondos y la boca redonda también. El a sor Rosa no la quería tanto; se puede decir que no la quería nada. Le recordaba siempre algo desagradable en su vida. No sabía qué. Le contaron que los primeros días de estar allí se ganó más de una camisa de fuerza por intentar agredirla. Sor Rosa parecía eternamente asustada de Julián. Ahora, de repente, al verla, comprendió a quién se parecía. Se parecía a la pobre Herminia, su mujer, a la que él, Julián, quería mucho. En la vida hay cosas incomprensibles. Sor Rosa se parecía a Herminia. Y, sin embargo, o quizá a causa de esto, él, Julián, no tragaba a sor Rosa.

—Julián... Hay una conferencia para usted. ¿Quiere venir al teléfono? La madre me ha dicho que se ponga usted mismo.

La "Madre" era la mismísima Superiora. Todos la llamaban así. Era un honor para Julián ir al teléfono.

Llamaba Herminia, con una voz temblorosa allí, al final de los hilos, pidiéndole que él mismo cogiera el tren si no le importaba.

—Es que tu madre se puso algo mala... No, nada de cuidado; su ataque de hígado de siempre... Pero no me atreví a dejarla sola con los niños. No he podido telefonar antes por eso... por no dejarla sola con el dolor...

Julián no pensó más en su familia, a pesar de que tenía el teléfono en la mano. Pensó solamente que tenía ocasión de quedarse aquella noche, que ayudaría a encender las luces del gran Belén, que cenaría la cena maravillosa de Nochebuena, que cantarían a coro los villancicos. Para Julián todo aquello significaba mucho.

—A lo mejor no voy hasta mañana... No te asustes. No, no es por nada; pero ya que no vienes, me gustaría ayudar a las madres en algo; tienen mucho trabajo en estas fiestas... Sí, para la comida sí estaré... Sí, estaré en casa el día de Navidad.

La hermana Rosa estaba a su lado contemplándolo, con sus ojos redondos, con su boca redonda. Era lo único poco grato, lo único que se alegraba de dejar para siempre... Julián bajó los ojos y solicitó humildemente hablar con la "Madre", a la que tenía que pedir un favor especial.

Al día siguiente, un tren iba acercando a Julián, entre un gris aguanieve navideño, a la ciudad. Iba él encajonado en un vagón de tercera entre pavos y pollos y los dueños de estos animales, que parecían rebosar optimismo. Como única fortuna, Julián tenía aquella mañana su pobre maleta y aquel buen abrigo teñido de negro, que le daba un agradable calor. Según se iban acercando a la ciudad, según le daba en las narices su olor, y le chocaba en los ojos la tristeza de los enormes barrios de fábricas y casas obreras, Julián empezó a tener remordimientos de haber disfrutado tanto la noche anterior, de haber comido tanto y cosas tan buenas, de haber cantado con aquella voz que, durante la guerra, había aliviado tantas horas de aburrimiento y de tristeza a sus compañeros de trinchera.

Julián no tenía derecho a tan caliente y cómoda Nochebuena, porque hacía bastantes años que en su casa esas fiestas carecían de significado. La pobre Herminia habría llevado, eso sí, unos turrónes indefinibles, hechos de pasta de batata pintada de colores, y los niños habrían pasado media hora mas-

tiéndolos ansiosamente después de la comida de todos los días. Por lo menos eso pasó en su casa la última Nochebuena que él había estado allí. Ya entonces él llevaba muchos meses sin trabajo. Era cuando la escasez de gasolina. Siempre había sido el suyo un oficio bueno; pero aquel año se puso fatal. Herminia fregaba escaleras. Fregaba montones de escaleras todos los días, de manera que la pobre sólo sabía hablar de las escaleras que la tenían obsesionada y de la comida que no se encontraba. Herminia estaba embarazada otra vez en aquella época, y su apetito era algo terrible. Era una mujer flaca, alta y rubia como el mismo Julián, con un carácter bondadoso y unas gafas gruesas, a pesar de su juventud... Julián no podía con su propia comida cuando la veía devorar la sopa acuosa y los boniatos. Sopa acuosa y boniatos era la comida diaria, obsesionante, de la mañana y de la noche en casa de Julián durante todo el invierno aquel. Desayuno no había sino para los niños. Herminia miraba ávida la leche azulada que, muy caliente, se bebían ellos antes de ir a la escuela... Julián, que antes había sido un hombre tragón, al decir de su familia, dejó de comer por completo... Pero fué mucho peor para todos, porque la cabeza empezó a flaquearle y se volvió agresivo. Un día, después de que ya llevaba varios con el convencimiento de que su casa humilde era un garaje y aquellos catres que se apretaban en las habitaciones eran autos magníficos, estuvo a punto de matar a Herminia y a su madre, y lo sacaron de casa con camisa de fuerza y... Todo eso había pasado hacía tiempo. Poco tiempo relativamente. Ahora volvía curado. Estaba curado desde hacía varios meses. Pero las monjas habían tenido compasión de él y habían permitido que se quedara un poco más, un poco más... hasta aquellas Navidades. De pronto se daba cuenta de lo cobarde que había sido al procurar esto. El camino hasta su casa era brillante de escaparates, reluciente de pastelería. En una de aquellas pastelerías se detuvo a comprar una tarta. Tenía algún dinero, y lo gastó en eso. Casi le repugnaba el dulce de tanto que había tomado aquellos días; pero a su familia no le ocurriría lo mismo.

Subió las escaleras de su casa con trabajo, la maleta en una mano, el dulce en la otra. Estaba muy alta su casa. Ahora, de repente, tenía ganas de llegar, de abrazar a su madre, aquella vieja siempre risueña, siempre ocultando sus achaques, mientras podía aguantar los dolores.

Había cuatro puertas descascarilladas, antiguamente pintadas de verde. Una de ellas era la suya. Llamó.

Se vió envuelto en gritos de chiquillos, en los flacos brazos de Herminia. También en un vaho de cocina caliente. De buen guiso.

—¡Papá...! ¡Tenemos pavo...!

Eso era lo primero que le decían. Miró a su mujer. Miró a su madre, muy envejecida, muy pálida aún a consecuencia del último arrechucho, pero abrigada con una toquilla de lana nueva. El comedorcito lucía la pompa de una cesta repleta de dulces, chucherías y lazos.

—¿Ha... ha tocado la lotería?

—No, Julián... Cuando tú te marchaste, vinieron unas señoras... De Beneficencia, ya sabes tú... Nos han protegido mucho; me han dado trabajo; te van a buscar trabajo a ti también, en un garaje...

¿En un garaje...? Claro, era difícil tomar a un ex loco como chofer. De mecánico tal vez. Julián volvió a mirar a su madre y la encontró con los ojos llorosos... Pero risueña. Risueña como siempre.

De golpe le caían otra vez sobre los hombros responsabilidades, angustias. A toda aquella familia que se agrupaba a su alrededor venía él, Julián, a salvarla de las garras de la Beneficencia. A hacerla pasar hambre otra vez, seguramente, a...

—Pero, Julián, ¿no te alegras?... Estamos todos juntos otra vez, todos reunidos en el día de Navidad... ¡Y qué Navidad! ¡Mira!

Otra vez, con la mano, le señalaban la cesta de los regalos, las caras golosas y entusiasmadas de los niños. A él. Aquel hombre flaco, con su abrigo negro y sus ojos saltones, que estaba tan triste. Que era como si aquel día de Navidad hubiera salido otra vez de la infancia, para poder ver, con toda crueldad, otra vez, debajo de aquellos regalos, la vida de siempre.

El recuerdo

C U E N T O P O R M I G U E L D E L I B E S

SE levantó de la mesa y, después de apagar todas las luces, prendió un cigarro y se repantigó en un ingente butacón, frente a la chimenea. En ésta brillaba una fogarata alegre, de leños de pino entrecruzados, que crepitaba como una minúscula ametralladora cuando las llamas lamían algún brote verde, con la savia vivificante líquida aún. Un enorme perro manchado que dormitaba junto al fuego abrió un momento los ojos lánguidos, casi bovinos, y medio a rastras fué a tumbarse en la muelle alfombra, pegado a los pies de su dueño.

El hombre quedó un instante con la mirada perdida y acarició inconscientemente el lomo

del animal. Luego, recostó la cabeza en el respaldo del sillón y contempló absorto el brillo tembloteante, vivaz, del fuego. Las llamas se alargaban, remitían, con su fluctuación de cosa animada. El hombre se inclinó maquinalmente, tomó en la mano una licorera de una mesita adyacente y vertió en un vaso unas gotas de líquido. Bebió sin ganas y se recostó otra vez, pretendiendo tranquilizarse. Dió una fumada y expelió el humo contrayendo las facciones, como si ello le supusiese un esfuerzo sobrehumano. Seguidamente entornó los ojos y permaneció unos instantes inmóvil, en un estado de abúlica dejadez.

Por la calle, entre los espectros agarrotados de los plátanos relucientes de escarcha, pasaban varios hombres entonando pésimamente una vieja canción de Navidad. Una racha de aire helado hasta el balcón los tañidos jubilosos de una campana. El hombre se estremeció. El perro enderezó sus cortas orejas y emitió un ronco gruñido de disgusto. La mano velluda del hombre le acarició el cráneo, y sus labios se entreabrieron:

—Calla, *Godoy*. Cálmate. ¿Estás loco?

Fué al oír su propia voz, su voz impar, sin respuesta, la que le imbuyó una más cabal conciencia de su ineluctable aislamiento. No obstante, su cerebro no discurría esta noche con fluidez: había algo que agarrotaba el claro raciocinio, que achataba su habitual agudeza. "Cálmate. ¿Estás loco?", se repitió para sí, con voz ronca, y frunció el ceño tratando de entrever algo a lo lejos, más allá de la niebla. Simultáneamente experimentó un raro vértigo al sentirse solo en aquella Nochebuena, y sus dedos se crisparon sobre los brazos del sillón. Algo como una nube sin forma atravesó ante su vista y le hizo cerrar los ojos. "Bah, he bebido mucho; he bebido demasiado. Soy un borracho impenitente", se dijo en un murmullo ininteligible.

De improviso, su cabeza se precipitó en un discurso vertiginoso, incoherente. Notó él cómo su mente se poblaba de vagas añoranzas, se extraviaba entre las formas oscuras, cambiantes, de una melancolía irreprimible. Entonces, repentinamente, recordó a Julia, su primer, su único amor, aquel impulsivo amor que hiciera vibrar agitadamente su corazón de estudiante.

Volvió a oírse la campana en un convento, y el hombre volvió a estremecerse. A sus oídos llegaba también el estridente griterío de la servidumbre celebrando la Nochebuena. La conciencia de su soledad le produjo un extraño mareo. Nadie, esta noche, se sentiría tan solo y abandonado como él. Habría gentes que se reunirían para repartirse un simple mendrugo de pan, pero lo comerían en común, en el seno de una cordial convivencia. La frente del hombre se ensombreció. En el fondo reconocía que sólo él era el responsable de su actual aislamiento. Veinte años atrás, su vida pudo tomar otro rumbo; pero él, voluntariamente, lo desechó, movido por el criterio absurdo y egoísta de que el hombre sólo puede dar de sí cuanto lleva dentro conservando su innata autonomía. A Julia la amó. Se amaron ambos durante tres años, al calor silencioso y recoleto de aquella vieja ciudad castellana. El era un estudiante y ella una hija de familia, dulce y modesta, incontaminada. En primavera y otoño paseaban por el parque silencioso cogidos de la mano y, sentados en un banco, temblaban mutuamente al transmitirse, en un murmullo, sus inefables confidencias. En los rigurosos inviernos de la meseta, pasaban las tardes arrinconados en un reservado de la pastelería de la Calle Mayor. Había muchas parejas alrededor de ellos, pero allí nadie estorbaba a nadie; cada pareja era un mundo redondo y acotado, impermeable para los demás. Y lo curioso era que cada uno de aquellos mundos elementales era exactamente igual a los circundantes, aunque cada cual creyese que únicamente él estaba en posesión de la verdad.

El hombre se excitaba bajo el incentivo de estas remembranzas. Constatava su impoten-



ESPLANDIU

cia para desviar el curso de las cosas. El tiempo, implacable, marchitaba los hombres y las ilusiones, fijaba indeleblemente el cauce de una vida...

Sí; sólo él fué el culpable de la ruptura con Julia. Y él sabía, además, cuánto había habido en este hecho de premeditado y consciente. Había sentido miedo, un terror injustificado a encadenar su vida, a sujetarla a un ritmo meticuloso, monótono y vulgar. Deseaba volar muy alto, donde ninguno de sus compañeros alcanzaría, y para ello precisaba desembarazarse del lastre de la mujer. Consumadas sus esperanzas, habría muchas Julias al alcance de su mano, muchas, innumerables Julias donde elegir.

Y un día la atropelló. Estaban solos en un rincón de la pastelería, y él intentó besarla. Julia le rechazó. Insistió él torpemente, con la avidez descompuesta que hace ostensible el predominio del bruto. Ella interpuso su mano entre los labios de ambos y estalló, acongojada: "Cálmate. ¿Estás loco?". Comprendió él que su amor acababa de romperse y, mentalmente, se alegró de ello. Nunca más volvió a verla. Se dedicó en cuerpo y alma a sus libros, concluyó brillantemente la carrera y desapareció de la ciudad. Las cosas le fueron bien. Ganó dinero en la profesión, lo arriesgó con éxito en los negocios, montó una existencia de lujo y dispendio y olvidó por completo las sordideces y los inefables pasatiempos de su vida de estudiante. Mas de repente, esta noche, su mente, entre los neblinosos vapores del alcohol, se remontaba veinte años atrás y sentía una viva nostalgia de los viejos tiempos, un vehemente deseo de compañía.

Un grupo de niños regresaba de la misa del Gallo entonando villancicos. *Godoy* entreabrió los ojos y gruñó otra vez. El hombre le golpeó impaciente la cabeza:

—Calla, *Godoy*. Cálmate. ¿Estás loco?

"Cálmate. ¿Estás loco?", se repitió. Y sus ojos, dilatados por la repentina asociación de ideas, se clavaron fijos, inmóviles, en las ascuas brillantes de la chimenea. Inopinadamente se puso de pie de un salto, se pasó la mano por la frente sudorosa y farfulló: "¡Basta, basta!".

En la pausa subsiguiente oyó la voz de *Claudia*, la cocinera, cantando una "jota". También alcanzaba ahora débilmente sus oídos la música de una "radio" lejana. Paseó nervioso y vacilante a lo largo de la alfombra. Al cabo, regresó junto a la mesita y escanció otro vaso de licor que apuró de un trago. Tornó a pasear, y luego bebió dos vasos más. *Godoy*, desde el suelo, entreabría sus ojos soñolientos y le miraba. El hombre se sintió cohibido bajo esta vigilancia, bajo el cerco asfixiante de los dos ojos del animal, que parecían echarle en cara su cobardía, y le volvió la espalda; mas el perro se levantó y buscó cachazudamente un nuevo punto de observación.

La calle se poblaba de rumores vitales, y el contraste de este calor de intimidad con el rigor del clima ofreció al hombre el auténtico, insobornable, sentido de la Navidad. Este sentimiento le imprimió una exaltada cólera. Le indignaba el rotundo contraste de su soledad con el grato calor de entendimiento y amor que emanaban aquellos grupos oscuros que transitaban por la calle. ¿Por qué él no tenía y disfrutaba de ese derecho innato de cada hombre a la compañía? Y de nuevo recordó a Julia, la torpe ruptura y, en consecuencia, el rebote de su conducta egoísta volviéndose contra él. No; él no tenía ningún derecho a la compañía; era éste un derecho al que espontáneamente había renunciado. Entonces, ¿qué? Se le hizo dura, áspera, insoportable, la soledad, aquella soledad con música de amor y convivencia al fondo. Bebió otro vaso y experimentó una extraña debilidad en las rodillas. *Godoy* se rebulló inquieto, y tornó a gruñir. Fuera de sí, el hombre se acercó a él y le dió un brutal puntapié en el lomo:

—¡Calla! ¡Calla! ¿O es que te has vuelto loco?

No pudo reprimir un movimiento salvaje

de desahogo, y arrojó con toda su fuerza el vaso vacío que conservaba en la mano contra el hueco incandescente de la chimenea. El cristal se quebró con un chasquido, y el hombre vaciló sobre sus piernas. *Godoy* le veía hacer con su mirada sumisa, sanguinolenta. Una profusión de imágenes extrañas, angustiosas, revoloteaban en la mente excitada del hombre. Sentía una presión rara en las sienas, una trepidación demasiado frecuente y descompasada. Se sujetó la cabeza con las dos manos y se aproximó al perro, inmóvil a sus pies:

—Sí, estás loco. ¿Verdad, *Godoy*? ¿Quién no está loco en esta casa? Cálmate, cálmate. ¿Estás loco? Y no me calmé. ¿Comprendes ahora? Lo eché todo a rodar, como si aquello que tenía entonces no valiese la pena. Como si entrase en mis posibilidades reproducirlo todo, tal como era, en el instante en que me fuera preciso. No sé si me comprendes, maldito, o...

El perro levantó la cabeza y emitió un aullido astimero. El hombre se enfureció. Tenía el rostro lívido y las manos le temblaban, activadas por un sentimiento mezcla de rabia y de impotencia. "Cálmate, cálmate. ¿Estás loco? ¿Estás loco?". Las ideas chocaban bajo su cráneo perturbándolo, ocasionándole una huella dolorosa. E, insesatamente, atribuía su inquietud

y su malestar a la inmutable mirada de *Godoy*. Una nueva canción que ascendió *in crescendo* desde la calle terminó de ponerle fuera de sí. Ante sus ojos vió un momento el rostro sereno de Julia, conteniéndole: "Cálmate. ¿Estás loco?". Pero tampoco esta vez le hizo caso. Vacilando, dió dos pasos hacia el bagueño que se alzaba frente al balcón, abrió una de sus gavetas con movimientos desmanotados y extrajo de ella una pistola. Todo se difuminaba en derredor; desaparecían ante su mirada turbia los contornos de los muebles y de los objetos, y sólo descubrió, gigantesco y rotundo, a tres metros de distancia, el cuerpo manchado de *Godoy*. Y *Godoy*, sus ojos sumisos, implorantes, eran para él los únicos culpables del caos infernal que bullía en su cerebro. Le apuntó cuidadosamente con el arma y, en seguida, disparó. El perro dió un gran brinco, y él, enloquecido, cerró los ojos y disparó tres veces más. "Así, así—rugía—; cálmate de una vez. ¿Estás loco?"

El hombre avanzó torpemente hacia el sillón y se desplomó sobre él. En torno habían cesado todos los ruidos. Tan sólo alcanzaba sus oídos el repique, casi inaudible, de un campanario lejano.

ILUSTRACIONES DE ESPLANDIU



LA PRIMERA NAVIDAD AMERICANA

POR JULIO F. GUILLEN

ERAN las vegas tan verdes como si fuera en Castilla por mayo o junio, y el puerto apropiado para todos los vientos que pudieran ventar, hondable, grande, cerrado y con redoso tan bueno como la gente de aquel pueblo, mansa y sin armas; Colón le puso, por ser 21 de diciembre, Puerto de la Mar de Santo Tomás, y díjole mar por su grandeza.

Dió la vela al siguiente día, en la mañanita, que era sábado, con buenas muestras de agasajo de los indios: simientes de simientes que eran especies, papagayos y algún que otro oro, promesa del que debía de encontrar por las tierras del Mairén, cuyo señor, Guacanagari, envió embajada, invitándole a pasar a ellas; pero, como le fuera el tiempo contrario, tornó a surgir al poco.

Menudearon las visitas de indígenas; más de un millar en canoas y no menos de quinientos a nado, aunque la nao estaba surta a una legua de la orilla; la expectación de esta vista de los españoles fué tanta, que, según parece, hasta cinco señores, hijos de señores, con toda su casa, mujeres e hijos, vinieron a ver a los cristianos, y como todos vieran albricias de que por allí había más oro que tierra, Colón escribió a lo Sancho en su diario: *Nuestro Señor me adereza, por su piedad, que halle este oro, digo su mina, que hartos tengo aquí que me dicen que la saben.*

Aun de noche prosiguió la romería de indios, y tuvo por bien cierto el Almirante que si por la fiesta de Navidad pudiera estar en aquel puerto, viniera la gente toda de aquella isla de Haití, que estimaba ya por mayor que la Inglaterra.

Al fin, antes de salir el sol del 24, alcanzó a tener viento que lo empujase a Levante, contento de haber hallado esta isla que llamó Española, cuyas gentes demostraban ser hartos más amables que las de la Juana o Cuba, hasta el punto que los reputaba ya a todos por cristianos y vasallos de nuestros católicos Reyes, que sólo deberían aguardar a que aprendiesen habla de castellanos para poderles mandar.

Ventó, si no amoroso, poco y manejable, y a eso de medianoche, al finar el primer cuarto de la vela, estaba la *Santa María* sobre la Punta Santa y como a una legua de ella; ninguna alusión hace el diario del Almirante de cómo se celebró la Nochebuena a bordo, que, aunque repartida la gente a son de mar, no dejaría de tener regocijo de villancicos y vihuelas al pie del palo mayor



o al socaire de la tilla; de fijo que regado más bien a costa de la botijera del vino del Condado que llevaban, que no de las del aguaje; ello fué, y por cierto se da en historias, que Colón, tras de dos días y una noche que no había dormido, acordó echarse a dormir. Y como fuera calma, el marinero que gobernaba optó por lo propio con falta a su oficio, dejando el gobernarle a un grumetillo, contra la instrucción de no confiar por nada el gobierno a grumete alguno.

Quiso Nuestro Señor, escribió Colón, que apenas vieron retirarse al Almirante, le imitaron todos a las doce, y al poco, sólo el muchacho de marras era testigo mal pocado de aquella la primera y maravillosa Nochebuena tropical.

Mas la corriente, eterna y reversera enemiga del marino socairero y moreón, enseñoreándose de la carabela encalmada, cuyo aparejo más parecía al oro que no amurado a la flor del viento, lacios los paños y con seno, brazas y escotas, la aconcharon contra la restinga de la Punta Santa, y fué sobre ella la carabela tan mansamente, que casi no se sentía. Notó la varada el mozo y dió en gritar; apareció primero el Almirante seguido del maestre Juan de la Cosa y, poco más luego, de los demás del equipaje; la sorpresa del infortunio restó ánimos, decisión y, a la postre, impidió la posible salvación del navío, que allí hubo de quedar con mar de través y perdido, mientras la carabela *Niña*, temporejando a la corda, transbordaba hombres y los pertrechos más manuales.

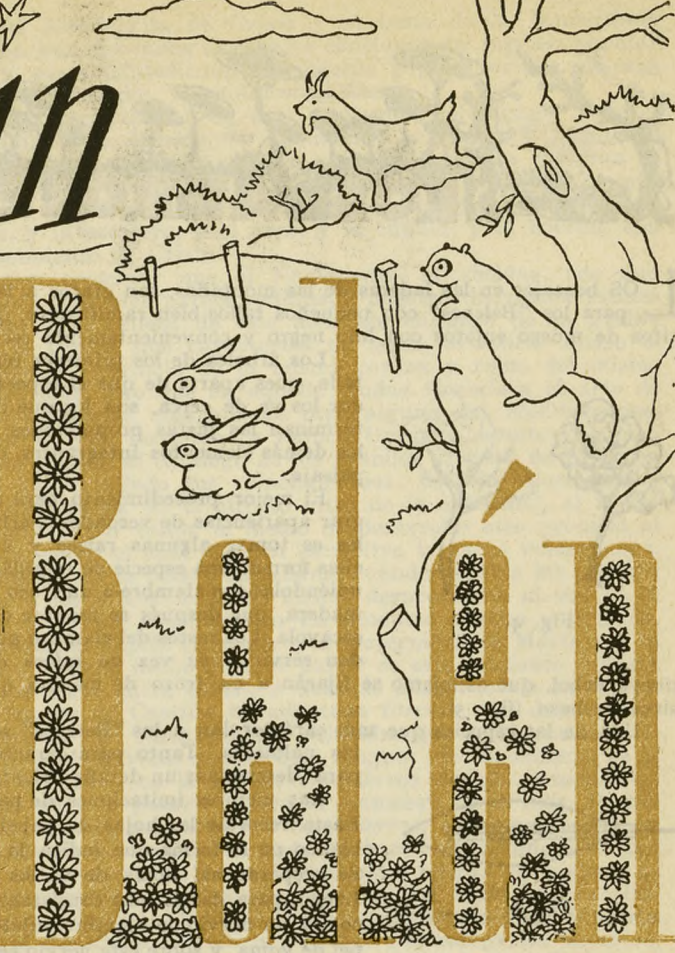
Desembarcó el Almirante lleno de angustia; Guacanagari, el taimado cacique que lo convidó a sus tierras con promesas de oro, envió gente a lo consolar, y al poco, en aquellas playas de la Española surgía, con los maderos del buco mismo de la *Santa María*, parto simbólico que maravilla, la primera fundación cristiana en tierras de América: la villa de la Navidad.

Primera también en recibir sangre española, pues que los treinta y nueve que en ella tuvieron asiento fueron exterminados por los levantiscos indios, que el Almirante creyó mansos y desarmados; la gobernaba un Diego de Arana, que iba por Alguacil Mayor de la Armada, hermano de aquella cordobesa que hubo un hijo de Colón, el andariego y sabihondo don Fernando, tan dado a coleccionar libros como a los achaques de cosmografía.

ILUSTRACION DE S. DEL ARBOL



Cómo se arma un



LOS "Belenes" o "Nacimientos", representaciones plásticas un tanto convencionales de la tierra donde se realizó el gran Misterio del auténtico nacimiento de Jesucristo, constituyen una piadosa tradición en todo el mundo católico, a partir del siglo XIII, si bien se adaptaron a los gustos de cada época y a la idiosincrasia de cada país.

Tan piadosa costumbre ha tomado mayor incremento en los últimos tiempos, hasta el punto de que la confección de las partes o elementos para la topografía del "Belén" ha dado lugar a una verdadera artesanía en distintas regiones españolas. En los días navideños España se llena de puestos en que se pueden ad-

quirir figuras de barro cocido, que representan pastores, reyes, campesinos y artesanos de una Palestina pintoresca y elemental.

Pero muchas personas gustan no sólo de poner en su casa el "Belén", sino de construirlo por sus manos a fuerza de ingenio y habilidad. Así pueden ofrecer a los pequeños de la casa, a las familias amigas y los niños vecinos, algo de su absoluta invención. A tal fin, desarsollan durante varias semanas una extraordinaria actividad. Aprovechan todas las horas libres del trabajo y muchas que le roban al sueño para resolver las diversas dificultades que plantea la construcción y montaje de un buen "Belén".

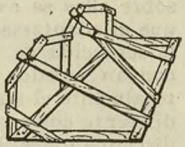
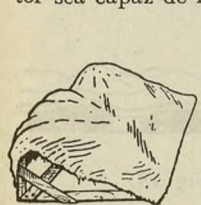
A continuación extractamos, a modo de divulgación, y para

que sirva de ayuda a los constructores de "Belenes", algunas normas generales dedicadas a facilitar su tarea a los aficionados, tomadas del libro "El piadoso arte de los Belenes", publicado en el año 1948 por el presbítero D. Juan Pérez-Cuadrado, presidente de la Asociación Belenista de Guipúzcoa.

Sólo daremos normas para la construcción de las partes más características de la topografía del "Belén", ya que las figuras, tanto de personas como de animales, se encuentran en el mercado, y los demás elementos secundarios no modifican fundamentalmente la estética del "Nacimiento".



UNA vez determinado el tamaño de la mesa o tarima, con las dimensiones que ha de tener el "Belén", lo primero y fundamental es construir sobre ella un paisaje corpóreo. Es decir, lograr la reproducción, en proporciones adecuadas, no exentas, claro está, de cierto convencionalismo, ya que se trata de una fantasía, de los accidentes naturales y topográficos del paisaje palestiniano: montañas, desiertos, valles, caminos, ríos, bosques, y todo cuanto la fantasía del constructor sea capaz de imaginar.



Empezaremos, pues, por dar normas para la construcción de montañas, pues, como elemento primordial en la topografía del "Belén", de su graciosa configuración dependerá mucho la armonía del conjunto.

Las montañas, cuanto más en lejanía, menos detalladas deben ser y más suaves de formas, lo cual, con un acertado colorido, contribuyen a simular la profundidad de las distancias. Caso de haber al fondo un telón pintado ha de procurarse hacer imperceptible el enlace de lo pintado con lo corpóreo.

Para la construcción de montañas pueden emplearse diversos materiales: papel engomado, arcilla, arpillera enyesada y hasta cemento. El corcho está muy indicado para los primeros términos. Es de muy buen efecto como marco en la entrada del "Nacimiento".

Para construir los montes de papel engomado es necesario construir un ligero armazón de tablillas. Luego se van pegando con engrudo trozos de papel, hasta modelar las montañas a gusto del artista. Las sinuosidades demasiado rígidas del papel pueden corregirse con yeso o escayola.

Caso de construir las montañas por el procedimiento de la arpillera enyesada, se empieza también por construir una armadura (fig. 1), que luego se reviste con una arpillera o saco impregnado en papilla de yeso (fig. 2). Después sólo falta modelar la montaña, con sus caminitos, desfiladeros, etc. El yeso puede ser sustituido por la escayola, que permite un trabajo más fino y agradable. Un detalle muy importante es el engastado de rocas y piedras al borde de los caminos y de los ríos, antes de que se endurezca el yeso. Tanto las montañas de papel engomado como las de arpillera enyesada, para poder pintarlas se deben mojar antes con una solución de cola de conejo o goma laca.

Para pintar las montañas no recomendamos pinturas de óleo, sino de las que se llaman de cola, utilizando "tierras", por ser el procedimiento más adecuado. El mejor o peor resultado dependerá de que quien pinte posea, por lo menos, ligeras nociones sobre el empleo y mezcla de los colores.

Fig. 1.

Fig. 2.

TAMBIEN los "Belenes" tienen sus sistemas peculiares de luminotecnia. Uno de los encantos mayores del "Nacimiento" es la luz. Mediante ella es posible conseguir que la parte corpórea del "Belén" adquiera relieve, ambiente y perspectiva, cosas indispensables si el conjunto ha de ofrecernos la sensación de realidad.

Para simular la luna, el procedimiento más sencillo es el de hacer un corte en el celaje, que luego se cubre con un papel traslúcido. Esto también se consigue por otro procedimiento. Al pintar el telón del celaje en un papel blanco, se deja sin pintar un redondel o medio, según que se quiera la luna llena o en cuarto, dibujado previamente. Después de pintado el resto se echan unas gotas de aceite sobre el redondel blanco, de modo que al impregnarse lo haga traslúcido. Una vez montado el celaje e iluminado por detrás, la luna tendrá suave y matizada luz.

Para la iluminación interior de los edificios basta con colocar la casa, que estará sin fondo, sobre una base a su vez hueca y dentro de la cual podemos colocar una lámpara. Esto es para las construcciones muy diminutas, que no permiten colocar una luz en su interior (fig. 3).

Las estrellas pueden conseguirse con el sencillo procedimiento de practicar unos agujeritos en el celaje, y también poniendo al par de éste unos cabellos, para que resulten invisibles, de los cuales se sostienen pequeñas lentejuelas, que oscilando a la menor corriente de aire simulan el parpadeo de los luceros.

Y queda, por último, la simulación de esas hogueras que nunca han de faltar en el "Nacimiento", a las cuales se calientan unos ateridos pastores. Estas pequeñas hogueras se imitan perfectamente haciendo reflejar la luz de una bombilla oculta sobre un montoncito de palos resinosos, es decir, impregnados previamente con resina disuelta en alcohol. De este modo enrojecen al recibir la luz hasta el punto de parecer incandescentes.

Hay otros procedimientos de simular fuego, pero ya son más complicados y no propios para los que desean construir un sencillo "Belén" para sus pequeños en el propio hogar.

Por el procedimiento de iluminación de las hogueras debe procurarse la de la Santa Cueva o Portal, que lo será con una luz viva, pero tamizada con papeles de seda tenuemente azulados. Así, independiente de la iluminación del resto del paisaje, tendrá como un nimbo de luz celeste, contrastando con la de la Naturaleza.

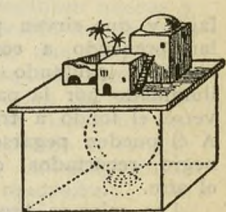


Fig. 3



LOS ARBOLES

LOS boscajes en las laderas de las montañas, tan gratos a la vista, pueden simularse para los "Belenes" con pequeños tallos bien ramificados, que se visten con unos trocitos de musgo sujetos con hilo negro y convenientemente recortados (fig. 4).

Los árboles de los primeros términos exigen mayor detalle, pues aparte de que el espectador los ve de cerca, son los que determinan las justas proporciones de los demás elementos integrantes del paisaje.

El mejor procedimiento para lograr apariencias de verdaderos árboles es tomar algunas raíces y con ellas formar una especie de ramillete, uniéndolas con alambre a un trozo de madera, que después se recubre con escayola. Los restos del alambre pueden servir a su vez de raíces del



Fig. 4.

nuevo árbol, que asimismo se fijarán a un trozo de madera que sirva de base (fig. 5).

Una de las especies que más carácter dan a los "Belenes" son las palmeras. Tanto para caracterizar los desiertos como para determinar un detalle oriental, siempre interesante.

Las mejores imitaciones de palmeras son las de papel.

Basta recortar las hojas de papel fuerte y blanco en la forma que indica la figura 6. Se preparan así hojas de varios tamaños. Luego, para darles más consistencia, se les coloca un nervio de alambre sujeto con papel de goma, y sobre este nervio se curva la hoja de papel, como indica la figura 7. Después

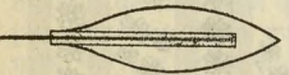


Fig. 6.

hechas así las hojas, se procederá a la confección del tronco, a base de un alambre grueso, vendado con tiras de papel, y al que se irán amarrando las hojas, primero las pequeñas, después las mayores y por último unos hilos de lana o pelos de coco, para simular la pelambrea del nacimiento de las hojas (fig. 8).

Los arbolitos espadados que bordean los ríos pueden construirse fácilmente con palitos bien escogidos, en los que se pegan de trecho en trecho pequeños manojitos de musgo (fig. 9).

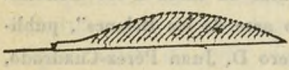


Fig. 8.



Fig. 5.



Fig. 7.



Fig. 9.



LAS CASAS Y LOS CASTILLOS

MUY fácilmente se pueden hacer casitas por el siguiente procedimiento. Se dibujan sobre cartulina las paredes del edificio, a ser posible de acuerdo con las construcciones de tipo palestinese, o sea viviendas sencillas, con puertas muy bajas, pocas ventanas y techos en forma de terraza. Hecho el dibujo (fig. 10) se rayan las líneas por las que ha de doblarse el cartón o cartulina. Después se dobla según la figura 11. Después, para quitar su rigidez al cartón, se le puede dar un baño de escayola, lo que disimula las pegaduras y facilita después la pintura, con la que se puede lograr una apariencia de ladrillo, simulando ligeros desconchones (fig. 12).

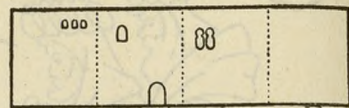


Fig. 10.

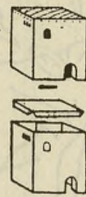


Fig. 11.

Si lo que se pretende hacer es una muralla, un castillo y hasta un pueblo puede seguirse un procedimiento parecido. Se hace, ante todo, un armazón de madera o cartón. Hecho el croquis primero y después el armazón, procederemos a bañarlo con escayola. Para que ésta agarre mejor se cubre el armazón de tiras de tela, alambres cruzados (fig. 13), y entonces se baña con la escayola. Cuando ésta ha alcanzado el grado de solidez necesario, con una espátula o navajita se van modelando las piedras, puertas, ventanas, etc. (fig. 14). Después interviene la pintura para dar mayor realidad a los distintos elementos que se han de simular.

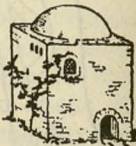


Fig. 12.

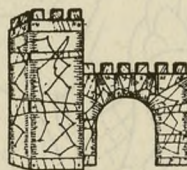


Fig. 13.

Para construir un pueblecito, sobre todo si ha de estar un poco lejos en los segundos o terceros términos, podemos emplear el siguiente procedimiento: Hagamos antes un dibujo del conjunto lo más detallado posible (fig. 15).

Luego estudiemos su descomposición en diversos planos para ser colocados unos tras otros (fig. 16). Hechas las debidas correcciones, se reproducen las diversas piezas en cartón y se recubren con una capa de escayola. Luego se pintan, colocándolas paralelamente a distancia de algunos milímetros entre sí sostenidas por unos listoncitos de madera que las mantengan en equilibrio, como se indica en la figura 16.



Fig. 14.

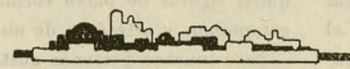


Fig. 15.



Fig. 16.



LOS RIOS Y LOS LAGOS

PARA simular una corriente de agua sin los inconvenientes de utilizarla de verdad en los "Belenes", se forma un lecho de río con arena o escayola, cuidando de simular las irregularidades del cauce con sus diversas profundidades y el suave declive de las orillas. También se han de poner guijas de diversos tamaños, todo ello convenientemente pintado a base de diversos tonos. Luego, a conveniente altura y sostenido por unos taruguitos que se ocultan en la arena y la tierra de las orillas, colocaremos un vidrio cubierto con una ligera capa de barniz copal, que al estar paralelo al fondo simulará perfectamente la superficie de una masa de agua. Por último, alrededor de las piedras que bordean el río, éstas deben dar la sensación de emerger del agua; se pintan unas ligeras ondas con pintura blanca que simulen espuma, y el efecto será perfecto (fig. 17).

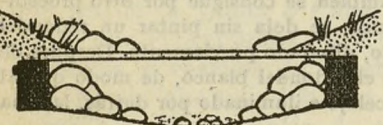


Fig. 17.

Las nieblas o brumas que han de dar la sensación de estar flotando sobre el agua del mar o de algún lago y que sirven para entonar el paisaje, se simulan poniendo a conveniente distancia un tul verde azulado, cuidando de ponerlo muy tirante y bien iluminado por la parte posterior, de modo que pueda verse el fondo a través de sus imperceptibles mallas. A él pueden pegarse unos pajaritos, hechos de papel negro, recortados, que darán la impresión de cruzar el aire.

Los mismos procedimientos pueden seguirse para conseguir la simulación de lagos, remansos y hasta del mar, aunque este último no es muy adecuado, tratándose de "Belenes" que aspiren a un mínimo convencionalismo.

Hay quien, con laminillas de ácido bórico, consigue simular los charcos helados y también la humedad de las rocas, precursora de los manantiales, distribuyendo el mencionado barniz en forma de goterones. Una estrecha tira retorcida de papel celofán servirá para simular el cristalino chorro de las fuentes. El empleo del agua natural no es aconsejable, porque, además de ser muy difícil conseguir verdaderos efectos artísticos, requiere innumerables precauciones, pues, por mucha que se ponga, nunca da sensación de caudal.



EL DESIERTO

TAMBIEN vamos a indicar la manera de construir o simular un desierto. No hay desiertos en Palestina y, por tanto, resulta impropio en un "Belén" que se considere bíblico, pero puede tolerarse como parte muy característica del paisaje oriental.

Sobre una superficie lisa se disponen, no muy distantes unos de otros, algunos objetos salientes, pero sin aristas vivas, tales como piedras redondas de diferentes tamaños, conglomerados de papel, taruguitos de madera (fig. 18), y sobre ellos se extiende una capa de algodón hidrófilo, que al adaptarse a las desigualdades de la superficie dará la sensación de un terreno lleno de montículos. Luego, con un colador, se espolvorea arena fina hasta cubrir totalmente el algodón. Para destacar los montículos con diferente color pueden emplearse tierras pulverizadas de distintos tonos. Pequeños grupos de palmeras recortadas con habilidad y algunos grupos de rocas en los primeros términos y el celaje logrado con una acertada iluminación, completarán la maravilla del efecto.

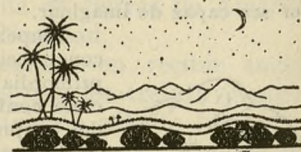


Fig. 18.

Para que el lejano horizonte del desierto, formado de una sucesión de dunas de arena, simuladas como dejamos dicho, tenga toda la poesía evocadora del auténtico desierto, es muy importante construir detrás un celaje apropiado que proyecte sobre el simulado arenal una pálida luz de luna.

Este paisaje de desierto debe terminar al pie de altas montañas que aparecen pintadas en un telón de fondo. Se tendrá muy en cuenta el color con que han de pintarse estas montañas. Primero, tonos claros: gris, por ejemplo, la parte alta, y a medida que van descendiendo, tonos más oscuros, matizados con verdes de diversos tonos. En el momento de aplicar los colores, suelen tener éstos un tono muy fuerte; pero debe tenerse en cuenta que al secarse baja notablemente, y es en este momento cuando han de hacerse los retoques, reforzando o atenuando los tonos.

Un procedimiento muy práctico para asegurarse de que el tono logrado resultará definitivo, consiste en dar un brochazo sobre un ladrillo bien seco, ya que, desaparecida el agua, quedará a los pocos segundos la tonalidad definitiva.

LA SANTA GRUTA

Uno de los elementos que más contribuye al encanto de un "Nacimiento" bien construido es la luz. Mediante ella se logra que la parte principal del "Belén", o sea la Santa Gruta, adquiera relieve en el conjunto y dé sensación de realidad. Ya sea que el "Nacimiento" se simule de día o se quiera lograr un efecto nocturno, conviene que el primer término aparezca envuelto en una suave penumbra, rota tan sólo por la luz de la gruta o el portal donde se representa la sublime escena. Así, esta parte esencial del "Belén" cobrará la debida importancia visual, mereciendo, en primer lugar, la atención del espectador. La Santa Gruta ha de ser el punto hacia donde se dirijan las figuras y debe ocupar un lugar destacado en el conjunto. Sea cueva o portal, puede hacerse de corcho, papel engomado, yeso u otra materia, siguiendo alguno de los procedimientos ya descritos.

ARTICULO



PARA ARMAR



UN BELEN



por VICTOR DE LA SERNA

EL tema del Nacimiento de Cristo y el tema de la Inmaculada Concepción han sido unos excitantes continuos del ingenio popular español y, consecuentemente, del ingenio popular criollo, de una manera especial en los dos Virreinos clásicos.

Todas las Artes participan en esta excitación del ingenio y de la piedad: la Pintura, la Música, la Escultura, la Poesía y hasta, en cierto modo, la reina de las Artes: la Arquitectura, ya que con el «Castillo de Herodes» (que jamás tuvo castillo) todos hemos hecho más o menos nuestras primeras armas de constructores. ¿Quién no ha inventado el puente, y la escalera, y el arco, y la cúpula, y la bóveda, con motivo del Nacimiento de Cristo?

No podríamos asegurar que el Nacimiento, el «belén», sea una creación española. Más bien parece italiana, y nuestros hermanos latinos han contribuido a la belleza de este adorable hallazgo de la piedad cristiana con la gracia que caracteriza su genio artístico. Acaso el haber sido Nápoles provincia de la misma corona y reino del mismo imperio que nosotros, hizo que en aquella ciudad floreciera el arte de los imagineros belenistas más que en otra alguna del Mediterráneo, juntamente con Murcia, Barcelona y Palma. Un gran escultor español, Salzillo, hubiera pasado al catálogo de los grandes artistas de su época solamente con haber tallado sus «Nacimientos». Existen—pues—en el más puro espacio latino, en el círculo vital de la latinidad, el medio natal del «belén» y, por tanto, el medio de desarrollo más propicio al arte «belenista», sobre el cual podrían escribirse tratados voluminosos.

En los baluceos de la poesía castellana, cuando todavía los clérigos (el equivalente a los intelectuales de ahora) despreciaban el uso de la lengua vulgar, a la que consideraban un producto rústico e iletrado, aparecen las primeras coplas en elogio a la maternidad de María y a la Belleza del Hijo de Dios hecho niño. A partir de este momento y hasta nuestros días, es decir, entre Berceo y Gerardo Diego, jamás la áspera y autoritaria lengua de Castilla ha adoptado formas más dulces, más graciosas y tiernas, más susurrantes y delicadas que en la poesía pas-cual de la Natividad. A veces parece otra lengua: de tal manera se le redondean las aristas y se le mellan los fierros de sus consonantes brutales, hechas para la guerra y para la maniobra en la mar. Poetas cultos y poetas rurales, académicos o analfabetos, se humanizan y se someten a mandamiento cuando se trata de hacer un villancico o una loa. Y esto de tal manera, que hasta la dulcísima lengua portuguesa se rinde a su agreste vecina y los poetas lusitanos del Siglo de Oro—Camoens el primero—adoptan a menudo la lengua castellana para su poesía pastoril, entre la que florece el villancico como una margarita silvestre.

En torno al tema del Nacimiento, y desde hace más de mil años, se viene creando toda una cultura, que pudiéramos llamar la cultura belenista, riquísima en matices y de una gracia y de una viveza propia de espíritus muy evolucionados y cultivados. Esa cultura es principalmente de raíz latina. Las razas nórdicas, más lentas, más pesadas y mucho más atrasadas que la nuestra en cuanto a su capacidad de percepción de las exquisiteces del espíritu, penetran con su habitual lentitud en las bellezas del «belenismo», pero cuando las encuentran prorrumpen en gritos de júbilo, como quien hace un descubrimiento.

Existen Asociaciones de belenistas, verdaderas academias donde se estudian las versiones del «belenismo» en todas las ramas del arte y donde se fomenta con premios y concursos la erección de «Nacimientos».

Pues bien: todo ese tesoro de cultura y de mayoría de edad histórica es despreciado con un aire de estulticia y de petulancia por el snobismo de ciertas clases que prefieren «parecer» anglosajonas a «ser» del linaje de Dante, de Cervantes, de Marconi y de Cajal. Y creen que «viste» mucho llevar a casa un pino picado (a veces muy difícil de hallar en tierras donde el pino mediterráneo de copa redonda reina como monarca de los cerros rosados) para ponerle a los chaveas more-nuchos y ágiles, como buenos hijos de tierras varoniles, un «árbol de Noel», al que las criadas llaman indefectiblemente «árbol de Noé», porque es natural que así sea: una indita o una mesticia de América o una moza manchega o asturiana, ¿qué diablos sabe quién era Noel? La señora de la casa, inconforme con su González o su García, con su hermoso pelo negro y ondulado y con su tez de azucena (cosas todas que envidia en el fondo la sajona de la casa de al lado) ha estimado, sin embargo, que es muy distinguido (en Méjico emplean la graciosa palabra «popof») olvidarse del noble origen hispánico del linaje para simular afición a costumbres que empiezan por no saber cómo se ejercen. Y del mismo modo que la impagable jícara de chocolate ha sido sustituida por el té, el Nacimiento, el «belén» producto de una viejísima cultura maestra del mundo, amenaza ser sustituido por el «árbol de Noel». Por el camino de la cursilería y aprovechándola como arma, el protestantismo penetra, ya que no en la fe maciza de nuestros pueblos, sí en las costumbres de nuestros hogares, precedido del árbol de Noel, para ver si de este modo nos olvidamos de festejar en los días pascuales el Gran Acontecimiento de nuestra Redención.

Fuerzas semejantes, más o menos oscuras y secretas, pero terriblemente actuantes contra el espíritu latino, al que aborrecen por su superioridad mental y por su agilidad, su gracia, su belleza y su altivez, son las que empujan a los buenos burgueses, pazguatos de dos hemisferios a recibir al año nuevo no cantando frente al Nacimiento, por cuyas cumbres de cartón nevado con ácido bórico asoman ya los tres Reyes Magos, sino dando saltitos ridículos de mono bien vestido desglutiendo unas uvas insípidas como los pavos degluten nueces y con un gorrito de papel de flecos que simula a la perfección las plumas del trasabuelo indito o del celta brujo. Porque nada hay que más haga reír ni frotarse las manos tanto al judiázo de la esquina como ver a los «gentiles» entregados a cualquier clase de expresión de inferioridad o de brutismo. Ni nada que más haga aguantar la risa a un anglosajón que ver a un morenito de cualquier latitud haciendo el «lord». Exactamente como nos hace reír a nosotros la gringa bailando el jarabe o la solterona inglesa ataviada con mantilla de madroños.

Constituye un fenómeno de estolidez realmente agobiante por su magnitud ver a un mundo dueño de una tradición bellísima que envidia el resto de la humanidad arrojar esa tradición por la ventana en obsequio del vecino poderoso que ha podido comprarlo todo con su dinero. Todo..., menos un villancico.

El día en que una pieza de seda natural tejida por artesanos del lago de Como, sea relegado por nosotros para dar paso a la vistosa y vanal pieza de nylon; el día que una pieza de porcelana sea relegada para colocar en su lugar una pieza de plexiglass, ese día empezarán los anglosajones a encontrar que es bello un topolino y que un «belén» es mucho más noble que el árbol de Noel y que es mucho más hermoso recibir al año alabando a Dios que dando saltos con un gorro de plumas. Y entonces, ¿qué van a hacer nuestros cursis? ¿Dar marcha atrás para recuperar como propio lo que entonces se les ofrecerá otra vez como ajeno? Triste para los hombres de nuestro linaje el día en que tengan que hacer un esfuerzo para parecerse a sí mismos...

El BELÉN de Salzillo



ESULTOR, hijo de escultor, Francisco Salzillo nace en Murcia en 1707, y su arte continúa la tradición española—castellana y andaluza—de la imaginaria religiosa de tallas en madera policromada. Pronto superó a su padre, tanto en la habilidad técnica como en la expresividad y sentimiento, un tanto melodramático, de sus esculturas religiosas y sus pasos procesionales, entre los que se hicieron famosos «La oración del huerto», «La Verónica», «La cena» y otros. También figuran entre las obras más famosas de Francisco Salzillo su magnífico «Belén», en el que cada una de las numerosas figuras que lo componen constituye por sí misma una escultura original, llena de carácter y expresión, y el conjunto es, sin duda, la mejor representación popular y religiosa del misterio del Nacimiento en Belén.





Este es el estado del pesebre donde el Niño Jesús fué colocado al nacer. Un franciscano de la Custodia de Tierra Santa enciende las lámparas de plata que sustituyen hoy a las antorchas de los pastores.



El escenario de Belén ha cambiado poco en los últimos cincuenta años. Esta es la entrada por el camino de Nazareth, por la que María y José llegaron a la ciudad.



Este es el estado del pesebre donde el Niño Jesús fué colocado al nacer. Un franciscano de la Custodia de Tierra Santa enciende las lámparas de plata que sustituyen hoy a las antorchas de los pastores.



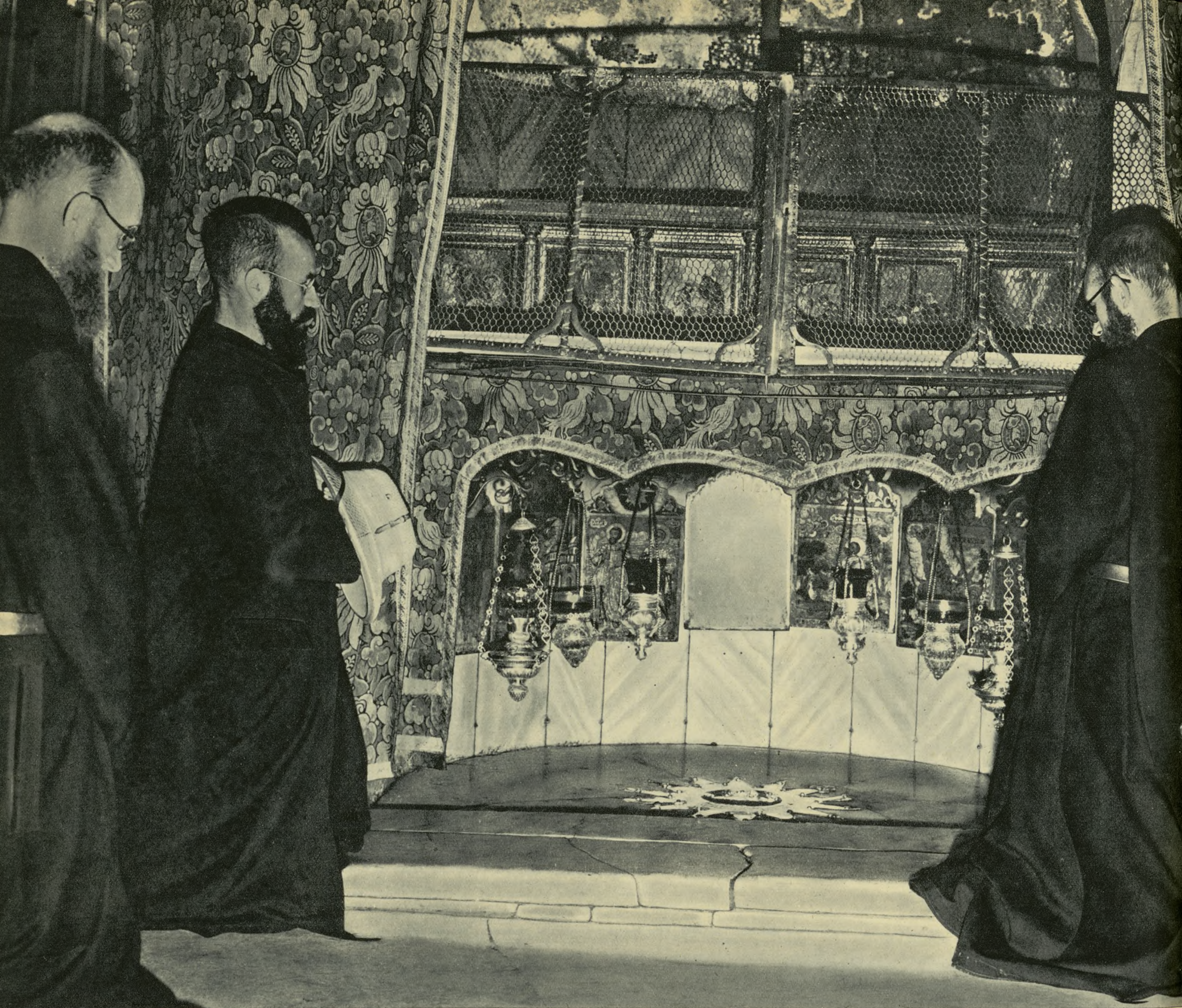
Desde el camino de Nazareth, bíblica calzada, hoy convertida en carretera de asfalto, se contempla esta bella panorámica de la antigua ciudad de Belén, que mereció la gracia de ser la cuna de Dios.

El espectáculo de las calles de Belén es prácticamente el mismo para el viajero del siglo XX que para José y María cuando llegaron a la ciudad.

Los trajes que en la actualidad usan los habitantes de Belén y sus costumbres son iguales a los de hace veinte siglos.

24 de diciembre de 1948. Esta fué la procesión al pesebre el pasado año, bajo la vigilancia de un carro acorazado de la Legión Árabe.





Una estrella señala el lugar donde Cristo nació hace mil novecientos cuarenta y nueve años. Millares de cristianos acuden de todo el mundo a la gruta de Belén y arrancan, como reliquias, trozos del muro.



Belén, 1949. Dos israelitas, que por su atuendo podrían muy bien pertenecer a los tiempos bíblicos, charlan bajo la cartelera de un cine, que exhibe las fotografías de una película estrenada en Belén.



El contraste de lo antiguo y de lo nuevo, en Belén, es nuevamente ilustrado por este árabe occidentalizado, que aparece junto a unas mujeres cuyos trajes han cambiado poco en diecinueve siglos y medio.

Navidad en New York

POR
CARLOS SENTIS

SUMERGIDAS por las docenas de pisos de los rascacielos, las Navidades en el Manhattan estuvieron a punto de naufragar lamentablemente. Pero digámoslo en seguida: no ha sido así; las Navidades en Nueva York se han salvado. Se han salvado por un pelo, pero se han salvado.

En un principio las familias, los pueblos que de Europa se expatriaban para arraigar en el Nuevo Mundo continuaron fieles a las celebraciones religiosas y cristianas. No fué hasta la llegada del maquinismo, el industrialismo y el «colosalismo» de Nueva York o de Chicago cuando las Navidades americanas estuvieron a punto de convertirse en otra cosa, como tantas otras características europeas se han metamorfoseado al trasplantarse a América.

El comercio neoyorquino se apoderó—¡se ha apoderado!—de tal manera de las Navidades, que ha estado a punto de convertirlas en una jugada de Bolsa. La moderna propaganda, el «puede-lo-todo» de la vida norteamericana, aferró con su dura mano las Navidades para convertirlas en pretexto para hacer comprar a las gentes verdaderas montañas de cachivaches y hacérselos regalar unos a otros. Con bastante anterioridad a las Navidades, los periódicos y revistas se inundan de anuncios. ¿Anuncios de qué? Anuncios de todo; hasta anuncios de anuncios. Los Santa Claus empiezan a tocar campanillas en las puertas de los grandes almacenes. Auténticos torrentes de gente penetran en ellos. Sólo alguna vez me dejé llevar por el torrente y siempre sufrí la misma impresión de quedar dominado, entregado a la merced de una fuerza de la naturaleza. Si se entra una tarde del mes de diciembre en «Macy's» o en «Gimbel's», los dos rivales y supergrandes almacenes de Nueva York, no se puede salir cuando se quiere ni se puede ir donde se pretende. Un hombre «lanzado» a la corriente humana que serpentea por los pisos de «Macy's» o de «Gimbel's» hace la misma figura del ser humano llevado por las dominantes aguas de un río cuando pasan por un cañón o cuando saltan por unos rápidos. He dicho «llevado». Así es. Y aún más: ¡llevado en volandas!

Where there's Coca-Cola there's Hospitality



"IT'S SANTA CLAUS!"

A SHORT CHRISTMAS STORY by H. E. Curtis

LAST Christmas Eve, I was driving to church to play Santa Claus for the children, my car filled with gaily wrapped packages. Since I was late, I was tempted to step on the gas. But it was snowing and the road was slippery, so I decided not to take a chance.

"At the split second I turned the corner toward the church, a boy on a sled darted out of the driveway. Putting on my brakes, I screeched sharply, but my car hit the sled.

"In a panic I jumped out of the car and saw the overturned sled. Then I could hardly believe my eyes. There was the boy—standing up and apparently unharmed.

"It was a miracle! Suppose I hadn't been driving so slowly? I couldn't help throwing my arms around the child. Seeing my costume, he cried out, 'Why, it's Santa Claus!'

"No, I'm not Santa Claus," I replied, 'but I've just had the finest Christmas present in the world.'

"At the sound of my voice, the youngster looked up at me in amazement. 'Daddy,' he shouted.

"Whenever you get behind the wheel of your car, remember that it pays to drive carefully. Always expect the unexpected. The life you save may be your own.



* We work to keep you safe... by helping you avoid accidents in your home and on the highway... by planning protection on your home and car to safeguard you from crippling financial loss... by prompt payment of fair claims.



Admiral Triple Thrill

Complete Entertainment All in One Luxurious Console \$549.50

From Admiral... comes this triple thrill in complete home entertainment. MAGIC MIRROR TELEVISION brings you steady, mirror-clear pictures on a big 10" direct-view screen... the clearest pictures of them all. Super-powered by 29 tubes (including rectifiers) to assure dependable performance even in outlying areas. Complete channel coverage. Here, too, is a powerful 30-AM RADIO including the finest features in state-of-the-art engineering as well as the sensational new L.P. (long play) microgroove records. Imagine 15 minutes of music... equivalent to a standard 30-second album... all from a single 12" record. Truly a triple thrill... all combined in a breathtakingly beautiful cabinet only 18 inches wide! See it! Hear it! Today!

Admiral "Triple Thrill" in Television, AM-FM Radio, and 12" Microgroove Records. 7-28-50, 151

AMERICA'S SMART SET **Admiral**

Merry Christmas for every Smoker

Camel Cigarettes

Camels are so mild... and so full-flavored... they'll give real smoking pleasure to every smoker on your Christmas list. The smart, gay Christmas cartoon has a gift card built right in—for your personal greeting.

Prince Albert Smoking Tobacco

The colorful, Christmas-packaged one-pound tin of Prince Albert is just the gift for pipe smokers and those who roll their own cigarettes. Long known as the National Joy Smoke, P.A. is America's largest-selling smoking tobacco.

... and all through the house

(These Heavenly Carpets by LEES)

The most beautiful things in life should be the things you live with every day. Fine carpets—for instance—handmade, richly dyed and richly loomed by Lees from imported wool. A wide choice of colors, patterns and textures in a complete price range. The carpet shown is Persianic.

LEE'S CARPETS

LEE'S CARPETS

... it wouldn't be Christmas without-Whitman's CHOCOLATES

Merry Christmas

The SAMPLES Four Toppings and Candy in One Box

The FAIRHILL Rich and Creamy Popular Assortment

The ANTIQUE Historic Confectionery to the Satisfy

La densidad y presión de la multitud semoviente llega a tal punto, que los pies, en virtud del «apretón», se levantan del suelo y así se avanza como momia egipcia transportada en lenta procesión. Los «Macy's» organizan una calbata de tales proporciones, que se ha convertido ya en una auténtica atracción anual del Manhattan. Y el «Gimbel's» no se queda atrás...

Por todos estos motivos, a principios de diciembre, el extranjero (particularmente si es europeo o latino) relativamente recién llegado a Nueva York cree poder adivinar que los «Christmas Days» van a ser algo que tendrá que ver más con el «Macy's» o el «Gimbel's» que con el pesebre de Belén o con la salvación de los hombres. Eso creía yo en las primeras semanas de diciembre que pasé en Nueva York. Pero después vinieron los auténticos días de Navidad y me sorprendió otra visión. Visión que confirmé en unas segundas Navidades.

Vi, conforme se acercaba el luminoso día 25, cómo Nueva York entero hacía un titánico esfuerzo para arrancarse, día a día, hora a hora, el comercialismo e inocular poesía al negro asfalto y a los grises muros de los rascacielos. Un día, muy pronto en diciembre, llega el árbol de Navidad que trae anualmente al Canadá Nelson Rockefeller. El árbol de Navidad, de neto origen alemán, jamás ha obtenido tanto prestigio como en Nueva York. Cualquier árbol entre tanto inexpresivo edificio gris adquiere un valor de cosa simbólica, casi mítica. Se necesita para transportar el árbol de Rockefeller un camión especial. En el cuadro—rodeado de rascacielos—del «Rockefeller Center» las grúas levantan, bajo los ojos de millares de espectadores, el gigantesco árbol, que, a las pocas horas, provisto de globos luminosos y multicolores, hace alcanzar a su copa la altura de ocho o diez pisos. Por entre las ramas del enorme árbol de Rockefeller no sólo hay globos luminosos, sino altavoces que desgranar, en el atardecer y durante la noche, sus musiquillas de-Navidad.

El árbol de Rockefeller es el más alto. Pero no es el único que se levanta por calles y plazas. Al metálico Wall Street le «nace» un gran árbol en la mitad de la calzada. En los «barrancos» que forman las calles rodeadas por tan enormes y altos edificios resuenan las campanas, las canciones y villancicos que multiplican o proliferan los altavoces muy a menudo, graciosamente disimulados.

El Municipio neoyorquino no ha querido quedar atrás en este esfuerzo particular de «arbolar» y decorar el Manhattan. Recientemente, el alcalde «repobló» de árboles el jardincillo central—un poco más ancho que el recientemente inaugurado en la madrileña calle de Alcalá—de la Park Avenue, en mi modesta opinión la más completa y magnífica calle del Manhattan. Iluminada por los globos o faroles rojos, blancos y azules, distribuidos entre el ramaje de los árboles que se levantan en el centro de la Park Avenue, la perspectiva que se divisa desde cualquier ventana de un alto rascacielos es absolutamente inolvidable.

Fué en 1947 cuando se inauguró la extensión de tres millas de árboles de Navidad a lo largo de la Park Avenue. En estos últimos años, después de la guerra, la fiebre creadora de árboles luminosos y sonoros ha aumentado incesantemente. ¡Arboles por todos los lados! En las terrazas de los grandes almacenes, en las ventanas y balcones y, no digamos ya, en el interior de todas las casas. La familia Roosevelt, por cierto, se ha aprovechado enormemente de este auge, vendiendo pequeños árboles de una plantación especializada que posee en su finca de Hyde Park. Los encargados de la venta de árboles son los hijos. En los últimos años ganaron un dólar por árbol. Pero el comercio de la familia Roosevelt, como el mismo de «Macy's», no logra tampoco disminuir el halo de poesía que logra dominar al Manhattan en los días navideños.

Llegados esos días de Navidad, cesa la febril actividad humana de los días anteriores, y, gracias a que entonces nieva casi todos los años, la ciudad logra desasirse del prosaísmo.

Porque el secreto último de que la Navidad no se haya desnaturalizado en Nueva York, y sin lo cual el esfuerzo de árboles, música y campanas sería casi inútil, es la cantidad de nieve que disimula las aristas y borra o suaviza los grises. La ciudad, en realidad, antítesis de los paisajes de los Belenes, posee, por arte y magia de la nieve, la misma calidad enternecedora que se consiguen en éstos salpicando de harina los techos de las casas de cartón. A veces, como ocurrió en el año 1947, la nieve no se limita a «salpicar». En ese año fui testigo de la mayor nevada que se ha registrado en un siglo. En muchos sitios, los coches quedaron materialmente enterrados en la nieve, y sobre la ciudad cayó un inmenso manto blanco que acabó de idealizar el paisaje.

El espíritu religioso no hace más que aprovecharse de esta atmósfera de poesía de que muy recientemente se ha dotado Nueva York, como hemos visto, tanto por iniciativa oficial como particular. El cardenal Spellman, desde su catedral de San Patricio, en plena Quinta Avenida, ha luchado para que en las Navidades neoyorquinas lo comercial no barra totalmente lo religioso. Siempre me acordaré de que en pleno Times Square vi a un desgraciado ser que vendía por la calle una revista titulada *El ateo*. Lo voceaba así: «Comprad *El ateo* y ahorraréis dinero para Navidad.» Es decir, cuando alguien quería atacar el espíritu religioso de las Navidades, se apoyaba, como los mercaderes del templo, también en el dinero. Recuerdo que me quedé contemplándolo un rato y no pude verlo vender un solo ejemplar. El transeúnte le daba una mirada con aire inconfortable, como cuando se mira una mosca revoloteando alrededor del plato, y seguía su presuroso y nervioso caminar.

¿Son melancólicas las Navidades en Nueva York? Yo creo que no. Creo que la melancolía la lleva dentro quien pasa en corral ajeno las Navidades. Desde mi ventana veía las del Rockefeller Center, casi todas apagadas, reflejando los colores de los árboles de Navidad. La espesa capa de nieve ayudaba, por su parte, a hacer más audible el tañer de las campanas... Todo era algo irreal, pero algo triste. Siempre, en las ciudades extranjeras, hasta en París, me han parecido muy melancólicas las Navidades. ¡Las Navidades septentrionales y sajonas son, además, tan distintas a las nuestras! ¡Nunca puedo imaginarme a Santa Claus de otra manera que como portero de los grandes almacenes. Su traje de pieles y su campana me parecen vulgares disfraces. Santa Claus es un personaje sin prestigio para mi memoria. Yo en quien creo es en los Reyes Magos de Oriente...



El motivo neoyorquino del árbol de Noel, levantado en plena calle, tomado como portada de una gran revista norteamericana.

El motivo se repite como escena imprescindible, ya tradicional, dentro de muchos hogares, reducido el árbol a medidas domésticas.



UN BANCO DE CREDITO LOCAL EN BOLIVIA

Bajo este mismo título, el diario «La Razón», de La Paz, ha publicado el 19 de octubre último el siguiente artículo, firmado por Casto Rojas:

«Al anotar las características singulares del Banco de Crédito Local de España, pensamos que pudiera implantarse en Bolivia una institución similar adecuada a las condiciones especiales de nuestro país.

«Con muy buen acuerdo, siguiendo las normas de una política de fomento, el Estado protege y promueve el desarrollo de la economía nacional mediante la creación de bancos de crédito especializado con fines agrícolas, mineros e industriales.

«Pero, además de los mineros, agricultores, industriales y comerciantes que tienen sus bancos propios y utilizan con amplitud y provecho los recursos del crédito, existe una inmensa masa humana concentrada en ciudades, capitales de provincia, municipios y aldeas, que viven una vida trabajosa, rutinaria y a veces miserable, sin las más elementales comodidades urbanas que hacen grato y decoroso el vivir. Fuera de La Paz y de una u otra ciudad del interior, el resto del país ofrece un cuadro desolador.

«Es que nuestras mismas capitales de departamento y municipalidades capitalinas, que manejan recursos anuales relativamente cuantiosos, no los tienen en cantidad suficiente para la atención de las innumerables necesidades, cada día crecientes, de la administración departamental y municipal. Por lo tanto, no están en condiciones de construir obras públicas de cierta importancia y se ven obligadas a pequeños trabajos de reparación o mantenimiento, que las más de las veces son despilfarros sin provecho para el bien público.

«Y aun cuando no fueran escasos los recursos ordinarios disponibles en cada presupuesto anual, no sería cuerdo emplearlos en trabajos de largo aliento que demandan sumas cuantiosas y cuyo empleo no podría hacerse sin causar grave perjuicio a los servicios ordinarios de la administración pública. Es en tales casos que es forzoso recurrir al crédito extraordinario, transfiriendo a las generaciones futuras el pago de obras que han de redundar en su beneficio.

«La única entidad bancaria a la cual pudieran acudir las prefecturas y municipalidades para realizar obras de vialidad, aguas potables, alcantarillas, electricidad, etc., etc., es el Banco Central; pero como esta institución se halla sobrecargada de empréstitos fiscales y ya no tiene capacidad de atender nuevas demandas de crédito sin echar más agua a la inflación que ya adquiere los caracteres de un tonel sin fondo por el cual apenas ya pasa un líquido chirle, no hay prácticamente la posibilidad de que las más justas exigencias de mejoramiento de los vecindarios puedan ser satisfechas en la más modesta escala.

«Si esto ocurre en las capitales de departamento, en las provincias y secciones municipales sucede cosa peor. En la mayoría de los casos los recursos municipales se malgastan estérilmente en servicios de una burocracia voraz e inútil, se destinan partidas pequeñas o nominales para obras públicas, los edificios fiscales se caen por falta de reparación, no hay edificios escolares, falta agua potable, todo es triste y desolado.

«Hay por suerte municipalidades ejemplares, progresistas y bien administradas, que cuentan con recursos importantes, pero se ven también imposibilitadas de salir de la rutina común, porque carecen de medios adecuados para realizar proyectos de cierta importancia en bien de la comuna.

«Con los recursos ordinarios disponibles podría flotarse más de un empréstito destinado a obras públicas de largo aliento que reclama el progreso como necesidad imperiosa; pero no hay crédito para esos servicios por más que sean saneados y cuantiosos los fondos municipales, porque el Banco Central no atiende a las provincias, y los bancos de comercio y fomento no prestan sino a las actividades del gremio de su respectiva especialidad. En tanto que agricultores, mineros, industriales y comerciantes pueden utilizar a manos llenas los beneficios del crédito bancario, nuestras poblaciones urbanas no lo pueden hacer, viéndose obligadas a vivir una vida miserable, que ninguna compensación grata ofrece al provinciano some-

tido al yugo de la rutina ancestral. Sin embargo, un hombre vale más que un fardo de lana y merece mayor cuidado y protección que un saco de barrilla.

«Tenemos que reaccionar contra este triste abandono de nuestras poblaciones provinciales, como lo hizo España hace un cuarto de siglo con los prósperos resultados que se conocen.

«Un Banco Local se impone, calcado en el prototipo español, con características adecuadas a nuestro medio y a nuestras necesidades.

«Hay en Bolivia nueve prefecturas y nueve municipalidades capitalinas. Son noventa las juntas municipales de provincia y ochenta y cinco las secciones municipales. En total son 293 corporaciones entre prefecturas y ayuntamientos. Si agregamos siete universidades, alcanza a 300 las corporaciones de derecho público que manejan cuantiosos presupuestos anuales.

«Según el Presupuesto Nacional del año en curso, los ingresos departamentales suman bolivianos 172.500.000,—. Calculando en 180 millones los presupuestos municipales, departamentales y provinciales y de las universidades, hay una masa financiera de más de 350 millones de pesos anuales que puede servir de base y campo de acción para la organización de un Banco de Crédito Local.

«Hagamos algunas conjeturas.

«No se necesita mucho capital para un banco de esta naturaleza que tiene que operar con valores en circulación garantizados con saneadas rentas públicas. Bastarían unos cincuenta millones de capital, pagaderos por las corporaciones en una mitad y el resto por el Banco Central, Bancos Comerciales, la Corporación de Fomento y las Cajas sociales que atesoran cuantiosos recursos.

«En cuanto a sus operaciones, supongamos que la institución tuviera facultad de negociar empréstitos hasta una proporción del 25 por 100 de los recursos anuales de las corporaciones, o sean 62 y medio millones de servicio anual de interés y amortización, los empréstitos pasarían de 780 millones, que irían en constante aumento a medida del desarrollo creciente de la capacidad económica de los centros urbanos, fomentada por las inversiones productivas de los mismos empréstitos. Aguas, electricidad, alcantarillas, mercados de abastos, caminos vecinales, etc., etc., no sólo son factores de comodidad y mejoramiento de las condiciones productivas del capital humano, sino elementos de producción directa en forma de tasas y contribuciones que reproducen ampliamente el interés y el capital de las inversiones.

«Los empréstitos se emitirían en cédulas del 6 por 100 de interés y 2 por 100 de amortización. El problema, de cuya difícil solución nos damos cuenta, consistiría en crear mercado para la absorción de los nuevos valores. En parte podría resolverse implantando la obligación de adquirir las Cédulas en una equitativa proporción por las llamadas fuerzas vivas del país, especialmente el comercio, las industrias, los bancos comerciales, las mismas corporaciones departamentales, provinciales y municipales, que tendrían la obligación de mantener un fondo de reserva en Cédulas.

«Fianzas de aduana, caución de puestos públicos, depósitos de garantía de obras públicas y servicios, etc., absorberían una buena parte de las emisiones.

«Rodeadas las Cédulas de privilegios especiales y de garantías saneadas bajo la protección del Estado y del Banco Central, la nueva institución de crédito sería un gran paso hacia el desarrollo de una vida de progreso y bienestar mediante la función creadora del crédito racionalmente implantado y manejado con el empleo técnico del factor tiempo.

«Los recursos financieros actuales que manipulan las corporaciones departamentales, provinciales y municipales, se despilfarran sin provecho ni beneficio tangible para la colectividad. Son como las corrientes de agua que fluyen espontáneamente de la cordillera y se insumen y pierden en campos estériles por falta de una captación racional que las convierta en estanques de fuerza y de fecundidad creadora de riquezas.

«Creemos que Bolivia tiene ya suficiente capacidad para emprender obras trascendentales realizando una política económica y financiera de altas directivas, de acuerdo con el movimiento renovador que caracteriza al mundo actual. Que hay dificultades en la empresa, claro está que las hay; pero las dificultades se han hecho para que los hombres las venzan».





LINEAS AEREAS HOLLANDESES

Handwritten text on a yellow tag, including a small airplane icon and illegible characters.